Obras

DE

José M.ª Izquierdo

TOMO III

Edición costeada
por subvención del Excmo. Ayuntamiento, del Ateneo
y por suscripción pública

...POR LA PARÁBOLA DE LA VIDA



SEVILLA
Tip. Zarzuela, Álvarez Quintero 72
1923

IN MEMORIAM

(18 de Noviembre de 1914)

«¡Oh hermano mío, puesto que me has precedido, prepárame un lugar en esa morada común que es desde ahora lo que más deseo! Y así como en esta vida todo fué común entre nosotros, así también ignoremos en el cielo la ley de las particiones. No hagas esperar mucho tiempo, te lo ruego, a quien siente tan viva necesidad de reunirse a ti. Espera al que va acercándose; ayuda a quien se da prisa; y si te parece que todavía tardo demasiado, hazme llegar. ¡Oh hermano mío! ¿Qué consuelo me queda, sino esta esperanza de reunirme a ti en breve? Sí, me consuelo esperando que la separación que media entre nosotros a causa de tu partida, no será de larga duración, y que alcanzarás la gracia de llevar a ti más pronto al que te llora tan vivamente.»

(San Ambrosio. De excesu fratri suis.)

PROEMIAL

En vez de prólogo quiero poner al frente de este libro el postrer artículo que escribió un hermano mío, a quien llamó el Señor cuando empezaba su peregrinación por este valle de lágrimas.

«En la palabra de un hermano existe una vida y una oportunidad que en vano buscaríamos muchas veces en los libros ni en el pensamiento.»

(Silvio Pellico).

«Algunas veces tropiezo con páginas escritas, bajo mi dictado, por un niño idolatrado que la *muerte* separó de mí...»

(José M.ª de Maistre).

La voz lejana...

Los jardines para la infancia

Una honda y seria preocupación por la infancia—por la infancia desvalida y por la infancia mal educada—se va sintiendo en Sevilla. Pruebas recientes de ese continuo interés son la moción que se ha presentado en el Cabildo municipal recientemente acerca de los niños abandonados y vagabundos, y el festival que en honor de los niños celebraron los «amigos del Arte».

◆

Aquel trágico solitario, soñador del superhombre, el filósofo poeta de Sils María, tuvo una frase conmovedoramente humana, frase que puede caracterizar y servir de lema a este siglo que Ellen Key ha llamado el *siglo de los niños*.

«Amad la patria de vuestros hijos *(Das Kinderland)* y que ese amor sea nuestra nobleza: ¡tierra inexplorada en lejanos mares! ¡Quiero que en su busca despleguéis vuestras velas!»

Esta frase—flor de caridad nacida en la fiera selva del orgullo dionisíaco—revela cómo en nuestra época están latentes las enseñanzas y predicaciones de Cristo, aun en

los espíritus menos cristianos; y cómo nadie puede sustraerse al inefable encanto de las palabras del Divino Maestro:

«Dejad que los niños se acerquen a Mí.»

La música interior de la frase nietzchana, la idea que en ella vibra, presta una nueva armonía a esa máxima, que desgastó la rutina, y que hoy oímos como algo inexpresivo y sin ritmo: «el niño de hoy es el hombre de mañana».

Si es verdad que «el niño de hoy es el hombre de mañana», y si no queremos que nuestros niños lleguen a expresar algún día el abatimiento del viejo pintado por Millet en el cuadro que inspiró al poeta americano Markhan su famosa poesía «a la criatura que no llora y no espera, al alma dormida que ignora la existencia de estrellas y flores»; debemos cuidar que «los hombres de mañana sepan el mágico poder y gocen del santo placer del juego».

El más alto fin que se podrían proponer la caridad particular y la beneficencia pública sería el de procurar que los niños vivieran jugando, y que jugando aprendieran a vivir.

Vivir jugando quiere decir vivir con alegría, vivir ilusionado; y la fe y la alegría sólo son posibles cuando hay salud en los cuerpos e inocencia en las almas. Debemos procurar que nunca le falte a los niños estas dos condiciones de vida.

Pero el jugar no consiste en un pasar el tiempo inútil y esterilizador, en una corruptora y perturbadora ociosidad. El juego, como toda expansión, como todo esparcimiento, supone ese encauzamiento de las energías, ese hacer metódico y ordenado, ese aprovechado empleo de la vida que es el trabajo. La vagancia, por el contrario, es la confusión y la negación de toda actividad y de todo descanso.

Para que el juego de los niños sea lo que debe ser, debemos evitar la vagancia infantil. «La vagancia infantil se nutre de la infancia desvalida y abandonada; y aboca en la infancia explotada y delincuente».

Esto nos traza la pauta a que debemos ajustarnos en un programa de política paidológica.

Para que los niños huyan de la vagancia debemos hacerles grato el trabajo y el estudio: que ni el trabajo les fatigue, ni el estudio les hastíe; que éste y aquél sean como un juego; y que el lugar donde aprendan y vivan sea como un jardín... *Jardines de la infancia.*

Angel Izquierdo y Martínez.

DIVAGANDO...

Divagando... por la parábola de la vida, aquel romero—visionario y vagueador—que ya divagó *por la Ciudad de la Gracia* ha escrito este libro.

Divagando... por la era del pathos, por el mundo de la representación y *por el de la voluntad, por el país de maya,* y de nuevo *por la Ciudad de la Gracia,* ha sufrido y ha soñado y ha sentido... pero no ha sabido artizar la parábola (la alegoría ejemplar) de la vida....

«La parábola hace soñar; no muestra, deja entrever. La parábola es a la verdad lo que la aurora al sol: suave preparación.»

POR LA ERA DEL PATHOS

Preludios

Prenociones, premociones, presunciones...

(1906-1908)

He aquí las etapas recorridas en esta edad que dicen del "pavo": I. Por los cerros de Ubeda; II. Cerca de las Batuecas; III. Completamente en Babia.

I.—DE LA VIDA A LA VISIÓN

Perspectivas

Errante y sin norte vagaba por la tierra un alma triste y pensativa, suspirando en vano por un mundo de bellezas infinitas y de perpetuo amor, padeciendo la nostalgia de una patria nunca hollada y el doloroso tormento de un ideal jamás conseguido. Era el alma de un Hamlet redivivo, de un nuevo Segismundo..., sin principado: sin la principesca voluntad de éste, ni la principalía intelectual de aquél. Era el alma de un pobre hombre sentimental y soñador.

Soñar..., sentir..., sufrir acaso... Era su vida... un sueño; una pura sensación... Un sueño sentido y consentido: un soñado y ensoñado sentimiento... Era la esencia de su existencia una flor de ilusión...

Las concepciones fantásticas de esta mente inquieta surgían y germinaban, cual la fumarola de un volcán, sobre el inextinguible foco de un apasionado corazón. Pero un día adverso, la quimera quedó flotando en el vacío, a merced de todos los vientos...

Adusto y altivo, con la orgullosa esquivez de los tímidos, de los delicados, de los que ni murmuran ni envidian; pródigo y expansivo en los afectos, pero

parco en la frase y recatado en el gesto, como conviene a los que aman en silencio y sufren a solas; este pobre hombre, sentimental y soñador, lejos de aplicarse a lo cotidiano, cuando el encanto se deshizo, y la realidad le despertó y llamó a capítulo, tornó a entornar los ojos, como si quisiera ver de lejos lo que había entrevisto...

Desde aquel día, el visionario se fué apartando de la sociedad, de los hombres, y siguiendo la escondida senda, que muchos emprendieron y pocos terminaron, huyó de la urbe al agro, y de allí hacia el océano...

Era la urbe una ciudad morisca y eucarística, relicario de la tradición, del arte filigrana; riente y graciosa, esplendía en medio de las indefinidas e indefinibles perspectivas de su cielo inmaculado y de su nítida atmósfera, embalsamada con el aroma de los azahares y acariciada por el gran río de los árabes... Pero el impuro prosaísmo aportado por una civilización de acarreo, metalizada y ficticia, negadora del verdadero progreso, empañó la fama legendaria de sus maravillas. Y en su ambiente enrarecido, saturado de egoísmos y ensombrecido por la hipocresía, nuestro visionario perdió la virtud del cuerpo y la paz del alma, la salud y la fe...

Fué entonces el campo una promesa y una esperanza... Rodeando a un pueblecito andaluz, alegre y claro, la feraz campiña—verjel de la naturaleza, del ánimo recreo—se extendía hasta tocar el cielo, semejando un verde mar, que por el llano, el monte y la floresta ondulaba sus diversos matices—desde el grisáceo verdor de añosa oliva al verdegay de las cepas voluptuosas, y desde el verde amatista de los pinares al verdeoro de las huertas—; verde mar que, como el otro en las arenas de la playa, moría besando la rubia tierra de las cortijadas; tierra llana y tranquila, tierra calma, que, allá en la línea del horizonte, se per-

día en la sabana sin fin, inmensa y dilatada, de las marismas... Pero el *et in Arcadia ego,* tornóse bien pronto en el *Arcadia fuit.* Los detritus de un seuda cultura esporádicamente esparcidos, no despojaron a los rústicos de su rudeza, y les privaron, en cambio, de su ingenuidad... El campo quedó siendo para el visionario una verde esperanza...

De la urbe y del agro, el visionario se partió al ponto... Por el rápido talud del desencanto y del descontento había descendido de las albas y rosadas cimas, en donde lo mantuviera un cándido optimismo, al mar impetuoso y bravío de las pasiones. Y con el ánimo cansado y el alma dolorida, fué a buscar su salvación en las aguas purificadoras del océano: del océano de la Atlántida y del Atlante.

A orillas del mar en donde muere el río de nuestra vida, halló el visionario un puerto de bonanza y un viejo castillo que fué para su espíritu santo retiro, torre de marfil, interior morada.

Próximo a la desembocadura del Guadalquivir—donde la corriente se torna oleaje—se halla situado entre pinares y navazos un pueblo con título y honores de ciudad. Ciudad—famosa por el oro de sus vinos y convertida por la moda en estación estival—que se ha ido desenvolviendo, desde la humilde barriada de pescadores hasta la fatídica barra, en torno de la plácida playa donde el mar se remansa para recibir el gran río de Andalucía.

Lejos del puerto y del pueblo, divisábase, atalayando el remoto horizonte, casi esfumándose entre la tierra, el mar y el cielo, cual faro sin luz, cual vigía de lo incógnito, un castillo en ruínas... El batir de los vientos y los embates del mar, y sobre todo los envites del tiempo, abatieron el orgullo de sus torres, la reciedumbre de sus muros, la soberbia de sus bóvedas y minaron la ciega consistencia de su base; dejándonos en su caótico presente tristes recuerdos de

algo que un día, erguido y señorial, se levantó domeñando los hombres y las cosas... Alzábanse estos mudos testigos del pasado sobre el acantilado que remata el hemiciclo de la playa aplacerada...

En el seno de estas ruínas reinaba el solemne silencio, la calma augusta que tanto anhelaba y que buscó en vano en el torbellino inquieto de la vida ciudadana y en el mentido reposo de las vacaciones pueblerinas.

Era hacia allí—por donde el austro sopla—hacia donde se dirigía el visionario todas las tardes, cuando vagaba lenta, pausadamente, por la orilla del mar. Y allí fué donde una noche tuvo la visión de lo que aparecía y de lo que era y de lo que debía ser la vida.

Cuando el hombre enmudece ante lo infinito, cuando la lengua calla y el mundanal ruído se apaga, la idea cobra plasticidad, relieve el sentimiento, el alma más libre vuela y más alta se remonta la ilusión.

Fulguraban los últimos rayos solares; irisaciones áureas, purpurinas, violadas, tiñeron con matices suaves el melancólico atardecer de la costa... Sin saber cómo ni de dónde, surgió una aparición indecisa, taciturna, incolora la veste, pálidas las mejillas, el rostro ovalado, los ojos claros, penetrantes y fríos, los labios contraídos por la mueca perenne de una extraña sonrisa. Con voz entre meliflua y sarcástica, así habló con el visionario:

—Aleja de tu alma ese ñoño e infantil optimismo que te embaraza y embarga.—Por desgracia, hace tiempo que, con mis creencias, perdí la esperanza...

—¡Cómo, por desgracia! Acaso ¿no ha sido tu ingenua confianza la causa de todas tus desdichas? ¿Qué fortuna has conseguido procediendo de buena fe? ¿No sabes que los hombres a fuerza de pensar mal, se han hecho mal pensados; y entre los malos pensamientos, qué valen las buenas voluntades? Don-

de no hay suerte, huelgan las buenas intenciones. ¿De qué te ha servido el soñar un mundo mejor?—De nada.

—En medio de la universal metamorfosis habrás observado que nada se metempsicosea en la historia humana...—Es verdad.

—Es inútil, por tanto, esperar que los bellos sueños se realicen. No te afanes, pues, por nada ni por nadie. Nadie cumple hasta el fin; y nadie sabe nada de nada. Todo puede ser... verdad y mentira, porque nada lo es... Como dijo el poeta: «todo es según el color del cristal con que se mira».—¿Y la virtud?

—Recuerda la frase del estoico: «Virtud, eres un vano nombre».—¿Y la felicidad?

—La felicidad es como la frivolidad. De ella dijo el genio de la escena, que tenía nombre de mujer.—Entonces, ¿en qué voy a creer, de qué he de esperar?

—Entonces... *sústine,* si puedes..., y *abstine,* que es lo mejor. En la duda, abstente siempre. Duda y aguarda...—Y ¿a quién amar?

—Ni ames ni odies, sé cortés. No aspires a héroe, ni a sabio, ni a santo. Conténtate con ser discreto e higiénico. No rías a carcajadas, ni a lágrimas vivas llores. Sonríe. Nunca los extremos rompan tu equilibrio; ni los placeres te arrebaten, ni las mortificaciones te consuman. Goza por entero la dicha que se te presente sin tú buscarla; gózala a solas, sin dar participación a nadie; pero gózala con medida. Si la vida es un sueño, ni sueñes más de lo que vivas, ni vivas más de lo que sueñes. Cual mero espectador, contémplala pasar, impasible...

La aparición desapareció. Y allá en el espacio, la luna fantástica, lirial y delicuescente, proyectaba sobre la atmósfera límpida y diáfana, vagos fantasmas «de niebla y luz», que titilaban como las estrellas del cielo y rielaban como las ondas del mar.

Una suave y leve brisa se ha levantado y riza las

tenues nubecillas blancas que poco antes diríase que eran flotantes rayos de luna. Al soplo de aquélla, éstas juegan a besarse y a disiparse. El juego se repite una vez, y otra y muchas, hasta que una brusca ráfaga de un gélido viento deshace la contradanza. Al giro de las nubecillas, sucede la marcha forzada, el galope amenazador de funestos nubarrones. Cárdenos y plúmbeos, se empujan y arremolinan, robando a la luna su claro fulgor. En vez de las medias tintas crepusculares y de la claridad lunática—plata y azul—ya no hay sino violentos contrastes de claro-obscuro.

Contra los cantiles del castillo, las olas rugientes estallan, a impulsos de enfurecido huracán. Y en las alturas, las nubes candentes, saturadas de contraria energía, chocan unas con otras, y al desgarrarse, una siniestra luz ilumina al mundo agitado y un eco formidable retumba en todos los ámbitos; y de espanto y congoja se llena el pobre corazón... En la sombra, el castillo es un algo informe, confuso, una sombra más; pero más inquietante que todas. Y ante el mar, el alma se imagina ser una nave, próxima a zozobrar; un buque fantasma que, encantado por el canto de la sirena, perdió su rumbo y fué a perderse en el abismo que ocultaba un deslumbrador espejismo...

Un relámpago más intenso rasgó las nebulosas sombras, y cabalgando en el violento zig-zag del rayo, descendió un fantasma, titánica la figura, satánica la voz. Y al visionario, aterrado y mudo, habló de esta manera:

—¡Huye de la mentida ilusión! ¡Apártate de los locos desvaríos de la Quimera, abortos de mente juvenil! La vida es lucha cruel y terrible: si quieres vencer, sé fuerte, trabaja, agítate en perpetua contienda, que tu destino es la guerra sin fin. En la existencia no hay más que maldad. El pesimismo arroje la compasión de tu alma. No te humilles, ni a nadie envidies; orgullo y soberbia sean tu sostén. Sea la venganza para ti, como para los dioses, el placer más preciado.

Cuando el fantasma se desvaneció, la tempestad cesaba. En el mar y en las almas la calma renacía. La tierra y el cielo, la naturaleza entera, se vestía del alba para saludar el orto del sol.

Risueña, serena y alegre, la aurora surgía derramando rosas en un campo violeta y malva... Nunca como entonces el despertar de la naturaleza había impresionado tanto ni conmovido tan honda y tiernamente al visionario... Era el cielo de un celeste celestial; terso, resplandeciente en medio de sus tonos de exquisita finura. Era el aire de sutil transparencia, y en su diafanidad las sombras danzaban tenues y ligeras, los seres se aureolaban con un perfil de luces claras y puras, las almas irradiaban. Era el mar como el lago tranquilo de un reino de hadas. Era el sol aurirrosado... Y ante este bautismo de luz, de alegría y de vida que el mundo recibía, el visionario, embargado de profunda emoción religiosa, se prosternó ante el Dios que con tanta maravilla y magnificencia se revelaba.

Misteriosa, recatadamente, al son de una divina melodía, descendió de un iris del cielo, o de la espuma del mar ascendió, una visión radiante y hermosa.

De rubia guedeja, de ojos azules, castamente desnuda..., era como la imagen de la mujer ideal que amamos en nuestros sueños. Y con palabras que tenían las inflexiones de arrullos maternales; con palabras de un idioma angélico, habló al corazón del visionario:

—La dicha y la paz sean contigo.—¿Quién eres que de paz y de dicha me hablas? A una felicidad imposible aspiré: y en la tierra no hallé más que miserias y lágrimas.

—En busca de lo imposible no camines. La vida del hombre en la tierra, tiene una sublime expresión...—¿Cuál es?

—El dolor.—El pesimismo, sí, ya lo sé; anhelo y

desaliento, mañana que se convierte en ayer, sin detenerse en el hoy.

—Sí, es verdad; pero hay un dolor que es hermoso, y más que hermoso, sublime. No es el de la desgracia, ni el del llanto desesperado: es el de algo más grande, el de la plenitud del sentimiento, es la tierna melancolía; en él hay algo de dolor, el conocimiento de la verdad de la vida; hay algo de alegría, la emoción estética de la belleza; mucho tiene de poesía y mucho también de religioso.—Eso no es nuevo para mí. Yo he querido embellecer la realidad, he querido formar una nueva sociedad humana...

—No, no fragües mundos quiméricos, sociedades utópicas; los mundos sólo se crean por Dios. No busques la dicha en una sociedad convencional y odiosa, en la paz bucólica, que han fingido poetas cortesanos, sino en la paz de tu conciencia. La felicidad no se encuentra en los deliquios del cerebro, sino en el amor del corazón.—Entonces, ¿nada valen de la civilización los progresos y de la ciencia los principios?

—Las fórmulas abstractas de la ciencia son meras petrificaciones, si no se hacen tangibles, reales, si el arte no las hace entrar en la vida real, que todos vivimos y observamos. Sin el sentimiento, la idea es luz que alumbra pero no conforta.—¿Y los dogmas de la religión?

—Los dogmas son rígidos, fríos, letra muerta, sin fe que los vivifique y sin caridad que los anime. Y la emoción bella tiene mucho, muchísimo de fe. Para creer y saber es menester amar, y el amor es bello y embellece. Ama la vida, y la vida que es generosa, te amará. Ama la naturaleza, y podrás estudiarla, y así serás sabio. Ama a los hombres, y podrás conocerlos, y así los perdonarás, y serás caritativo y justo. Ama a Dios, y así podrás sentir el éxtasis del artista y contemplar las bellezas del universo. La belleza es de la fe, el aliento supremo que al cielo nos eleva; es de la

vida consoladora esperanza; ės libertad, que al hombre del polvo humano redime.

Y el visionario hacia el mar su cuerpo inclina, como si su alma presintiera una música lejana, de notas luminosas, que se escaparan de sus profundidades en acordes desconocidos, notas soñadas por un genio bienhechor, clamores de una humanidad nueva y buena; armonías sublimes interpretadas por sanos corazones, que ascendieran en ondas vibrantes y sonoras al espacio infinito.

II.—DEL ESTUDIO A LA DIVAGACIÓN

ESQUICIOS

Silenter

¡Callad!... Las notas agudas, metálicas de un reloj —campanadas que en aquella noche tenían no sé qué extraño temblor—han hallado un eco en los sordos mazazos de la matraca—tristes como los golpes de un ataúd—. Huele a azahar y a incienso... Y sobre un mar de plata hay una procesión de dorados fuegos fatuos... ¿Habéis adivinado? ¿Sabéis en qué país vivimos y en qué estación del año nos encontramos?

¡Callad, que la procesión va a pasar!... El río grande de nuestra historia ha detenido su curso; y, en el reflujo de sus aguas, las ondas de la pleamar remontan la corriente. El río permanece estático en su cauce; como si prosternado se abrazase al puente que lo cruza... La luna ha reunido sus rayos más tenues, más delicados, los ha tamizado en níveo y melancólico cendal; y los derrama en una tibia y difusa, soñadora y vaga claridad... ¿Por qué el río se detiene? ¿Por qué la luna poetiza el ambiente?

¡Callad, que está pasando la procesión!... ¡Dejad que pase la cruz alzada y velada, y los tristes ciriales y los graves nazarenos-cofrades, que saben ser penitentes con garbo y con majeza! Dejad que desfilen los ornamentos, los emblemas, las insignias... Hay en todo ello cierto sabor de paganismo; reminiscencias de la pompa oriental... ¿Significará acaso este doble rosario el paso penitencial de las vanidades humanas?

¡Callad, que pasa el Misterio sublime!... El río gime, los humanos lloran, y la luna nimba a los hombres, subraya las cosas y riela en el río. Las mudanzas del tiempo parece que cesan, y que entre ellas se abre un resquicio por donde se percibe la inmutabilidad de lo eterno. Los contornos de las criaturas se desvanecen, no se sabe si por humillarse para dar paso a Dios o por dilatarse para estrecharse con El; lo limitado, lo relativo, lo finito, se reduce a la nada ante las excelsitudes de lo absoluto...

¡Callad, que el Milagro inefable nos ha traspasado!... ¿No percibís el latir de acongojados corazones? ¿No véis el brillar de tembladoras lágrimas, que surcan los rostros? ¿No oís el gemir vibrador de la saeta, que en acariciador y ondulante espiral sube hasta el cielo?

¡Callad, que todo pasa!... Mas algo—que es todo—queda... Un tronco que erguido se alza hacia infinitas alturas, y dos brazos que amorosos se extienden, también hacia horizontes infinitos. Algo que asciende, y algo que abraza... ¡Símbolo divino!

¡Callad, eruditos investigadores y teólogos pedantes! Vuestros fríos y secos razonamientos saben a impiedad... Respetemos el misterio del amor y el milagro de la fe, si deseamos que en las almas vivan las maravillas de la esperanza.

Sic transit

Quiero contar los ensueños de un alma enamorada... De un corazón desterrado quiero llorar los anhelos.

Bajo el titilar de las estrellas, dos corazones se estremecen de amor... Acompañando al rasguear de una guitarra se esparcen por el ambiente fragancias de magnolia y dondiego, de nardo y jazmín... En una estrofa plañidera—en una *soleá*—que interrumpe lo augusto del silencio, vibra el alma sevillana la danza de su voluptuosa morbidez... Y la reja de una calle morisca, más que celar los cuerpos funde los deseos, en la calma apasionada de una noche de amor...

De un alma enamorada quiero cantar los ensueños...

Bajo las irisaciones fantásticas de una mágica iluminaria, los corazones laten a impulsos de la alegría del abril. Es el rumor armonioso de la fiesta—cantares y risas, pregones y bailes, cohetes y músicas—como una eclosión del alma andaluza. En el crescendo se percibe de vez en vez el trémolo de una nota... Y en medio de la total simpatía y del renacer primaveral, una pareja anda desparejada, y los corazones parecen sentir el frío de la muerte... *Ella*—la *gracia*—lucía lejos, muy lejos, la flor de sus encantos; y *él*—el solitario y desterrado--giraba en torno de su sombra...

De un corazón desterrado quiero llorar sus nostalgias...

Noverim me, noverim te

Los hombres que cultivan la paradoja, suelen tener ocurrencias peregrinas...

Las piruetas de su espíritu comunican a sus obras cierta viveza y lozanía de agua corriente y fluidera.

En el torbellino de las refracciones y proyecciones, brotan los fuegos artificiales, que forman los caprichosos cambiantes del ingenio. Y de la dislocación que en la lógica producen los juegos malabares del pensamiento surgen verdades verdaderas, verdades como puños, sólo que vistas a través de un cristal de fantástico color.

Pues de una bella paradoja os quiero hablar.

¿Qué es lo vulgar; y lo selecto, qué es? ¿Es lo vulgar lo modesto, lo humilde? ¿Es lo selecto lo altivo? Lo vulgar es lo ordinario, lo prosaico. Lo selecto es lo escogido, lo que tiene elegancia y belleza. No son tales modalidades resultado del lugar que ocupamos en el mundo; son obra del sentido que damos a la vida. La vida es por el alma, y no por el cuerpo; y el sentido interno de las cosas es el espíritu que las anima. Y si hay una prosa que es poesía, y poesía honda, también hay una poesía que es prosa, y prosa vil.

¿No es verdad que de las paradojas surgen ocurrencias peregrinas?

El arte es algo desinteresado y noble. Hace oficio de profeta y de apóstol. Es un consolador de miserias, y un nuncio de venturas. No puede encarcelarse la poesía en versos rimbombantes ni en estrofas tísicas. La belleza alienta y vive en todo el universo. Es el incienso que las criaturas elevan a Dios; y la bendición que de Dios desciende a las criaturas. El que tiene alma de artista hallará poesía en todo; y si es hombre de buena voluntad, amará en todo. Y cual el seráfico y místico hermano de todas las criaturas, del hermano sol, de la hermana luna, de la hermana hormiga, de la hermana ceniza, entonará una bella canción de amor.

¡Cuán grande y cuán divina es esta Religión de belleza y de amor! Con Orfeo domeña a las fieras,

con Cristo redime a los hombres. Religión mirífica y redentora que desciende sacerdotalmente hasta los tugurios, para llevar a todos el pan de los amores. Con esta comunión son confortados los limpios de corazón, y por ella se abren las puertas del Paraíso a los que saben sentir y amar. Gracias a ella, el rocío divino de las armonías es recibido lo mismo por los que se humillan, que por los venerados; lo mismo por los que trabajan, que por los que son la eflorescencia. Y si la flor es bella, bella es la savia viviente, y el humilde trabajo de las ramas, raíces y troncos.

En verdad que los hombres que cultivan la paradoja, suelen tener ocurrencias peregrinas.

Los pedantes y los fatuos, que desdeñan la poesía del hogar y la belleza de la vida laborante, son como los impotentes, que necesitan estimulantes para sus goces. Sus gustos se hallan estragados. Tienen el vicioso encanallamiento de los placeres y la degeneración de los refinamientos. La plétora y energía de la salud les ocasiona desazones y les quema la sangre. No saben comprender que sin la poesía del trabajo, de la resignación y del sacrificio, la poesía de los juegos encantados del arte no existiría.

De una vida unánime y tranquila emerge una dichosa y equilibrada sanidad.

¡Plácida vida campesina, moderada vida burguesa, tan injuriadas por quien no sabe viviros: yo encuentro en vuestro regazo el descansado sosiego, tantas veces apetecido en mi ruta aventurera, en mi quijotesca cabalgada hacia el ideal!

Y, aquí, en secreto, os repito que acabo de hablar de una bella paradoja.

Tedium vitæ

Me censuran mi tristeza los hombres que poseen el sentido mas no el sentimiento de la vida. Me dicen

los tales:—Es impropio de tu edad el estar melancólico.

Y yo digo:—La melancolía no es propia de nada, ni de nadie; puede ser común a toda la vida del hombre.

—Los jóvenes debéis estar alegres...

—Así, los jóvenes *deben*. Todo *debe;* nada *es*. ¡Qué empeño en ajustarlo todo al patrón! ¡Debemos ponernos tristes cuando lo dice el almanaque! ¡Todo medido! ¡Todo con su etiqueta! ¡Es claro, si no se lleva el marchamo de fábrica, cómo nos vamos a conocer!

—Si ahora estáis tristes, ¿cómo estaréis cuando lleguen los desengaños?

—Pero, señor; ¿cuándo empiezan las desilusiones? ¿Es que los sufrimientos se despachan en el mercado del mundo cuando llegamos a los treinta o a los cuarenta? ¡Vulgares de toda vulgaridad! ¿Vienen los desengaños cuando se va consolidando la experiencia, o viene ésta después que aquéllos han desterrado las ilusiones? ¿Se seca la hoja cuando del árbol se cae?

Aegri somnia vana

Llaman loco, raro, al que extralimita los moldes corrientes. «Sale fuera de lo ordinario—dicen—, es un chiflado, un anormal; no es natural lo que hace.»

Y yo pregunto: ¿qué es más natural, una selva y un bosque lozanos, bravíos, una pradera lujuriosa, un río libre, cuyas aguas se abren cauce y no corren por cauce determinado, o un jardincito con su estufita, con sus linderitos de flores y callecitas de arbolitos? En mi teoría, todo es natural; porque todo es uno y lo mismo. Pero los otros llaman *natural* lo que da la naturaleza libre y espontáneamente, sin mano del hombre; y, por eso, pecan de inconsecuentes si tachan de anormales, de antinaturales, de extravagantes, a los

espontáneos, a los sinceros, a los libres. ¡Oh caracteres cruzados de callecitas y linderitos! Por vosotros—y por nosotros—murió Jesús. Y también por vosotros padecieron y perecieron Sócrates, Colón, Galileo.

Y aunque no fuera lo más natural lo que no tiene artificio (y artificioso es lo vulgar que deprime, lo ordinario que castra, lo prosaico que mata), ¿por qué la turba de gregarios habrá de perseguir con el ridículo y condenar con el ostracismo al raro y al loco?

Dum spiro, spero

¿De quién es el triunfo? Ocupar con anterioridad *(preocupar)* un puesto en el mundo de las contingencias, es desconfianza impía de la vida, es ambición satánica contra natura. ¡Dejad que la naturaleza viva su vida libre y misteriosa! Es madre: aunque nuestra soberbia la tache a veces de madrastra.

¡Desocupad posiciones que no os pertenecen y que usurpáis a vuestros hermanos los humanos, que os acompañan y os siguen!

Ocupaos con excelsitud y desinterés en elaborar una existencia plena, amante y sincera.

Tened el alma serena y procurad un cuerpo sano; que en conciencia tranquila todo viene por añadidura.

Amad con buena voluntad; y el Espíritu se revelará en vosotros y dará el triunfo a quien esté *desocupado de precauciones.*

III.—DE UNA EXTRAÑA ROMERÍA

SILUETAS

Los formales

Añoremos un poco, que las añoranzas explicarán las andanzas.

Por dos amplios ventanales entra retozona y desvergonzada una luz meridiana: tan sinvergüenza y juguetona como las cabezas infantiles sobre las cuales se esparce el polvillo áureo de los rayos solares. En medio del aula, un chiquillo de rodillas, por haber hecho reir; en las gradas, otros chiquillos que quisieran estarlo también por haber realizado tal heroicidad, y en el sillón, un buen viejo que está llorando, por dentro, por haber castigado la risa de un niño.

Y en el alma del viejo, hay un monólogo, susurrado con lágrimas:

—¿Por qué, Dios mío, hemos de hacer a los niños serios y formales como tarugos? ¡Pobrecillo!... Hoy le dejaré salir antes... Voy a ver si tengo un caramelo...

Una luz opaca, de día nublado, entra tímida también por dos ventanas, pero tan mezquinas (como de edificio público) que más parecen tragaluces.

En la cátedra, un petulante, ni viejo ni joven, que reprende airado, y quizás por dentro se burla de todo; en los bancos, otros petulantes, pero jóvenes, que quieren imitarle; y en un rincón, un muchacho, con corazón de chiquillo, que ha cometido el grave delito de reir franca e ingenuamente en una sonora carcajada.

Y en el aula se perciben una voz estentórea, un

gesto alterado y unos manotazos, que quieren decir poco más o menos:

—Pero, ¡señores!,.. ¿cuándo aprenderán los que cursan sus estudios en los centros superiores de enseñanza, a tener la debida circunspección y la seriedad requerida? Hoy tiene usted cinco faltas de orden.

Y ahora, ved lo que son las cosas.

Entre el sol en borrachera de luz o en grises veladuras veréis siempre, y en todas partes, un rostro triste, que a lo más sonríe con plegadura de labios, anunciadora de un intenso reir volteriano. Es un cadáver más que anda por el mundo como tantos otros, a quienes falta el aliento vital, la alegría del vivir. Es un esclavo más, que se halla sujeto, como otros muchos, al despotismo de las convenciones sociales. Y es que cuando la gravedad no es producto espontáneo de los acontecimientos y cuando la seriedad se la propone uno o se la imponen otros, el hombre queda truncado. No hay de él sino puras apariencias, meras formas. Toda su vida es en serio, y está como acartonado. El espíritu ha desaparecido de allí; ha muerto de frío y tiritando: le faltaba el calor natural. Por eso el hombre formal y serio es el sér de menos fondo, el más superficial. No tiene medula; es vacuo.

Pero... ved lo que son las cosas.

Ahora que es un cadáver, puede triunfar en el mundo y en la vida. Ahora, los señores graves, sesudos, sólidos (macizos como sillares berroqueños), dirán a sus hijas casaderas: «ahí tenéis a un joven formal, serio, aprovechadito»... Ahora, los señores rígidos, estirados, yertos, los hombres de negocios y los hombres de leyes, se dirán entre sí: «he ahí un joven arreglado, metódico, dotado de formalidad y seriedad». Pues... es verdad. No había reparado en tanto... Efectivamente, tiene la seriedad de un sepulcro y la formalidad de una estatua.

Mas... ahora sí que veréis lo que son las cosas.

Lo malo era que el niño que todos llevamos dentro le hacía dar, de vez en vez, piruetas que alarmaban a los graves, a los sesudos, a los marmóreos y amazacotados señores. Y un día se repitió el milagro de Lázaro; y el chiquillo revivió. Saltó a piola sobre los señores formales, hizo de la seriedad un peón bailador y mandó la gravedad a hacer pajaritas de papel.

Los extravagantes

Es particular. El mundo hace vagar a los hombres, y luego los llama extravagantes.

Un espíritu unilateral, sin dobleces, empezó la vía de la existencia. Eran sus ideas y sentimientos tan acordes y unimismados con sus hechos, que su vida pareció una armonía. Era una vívida armonía, porque era músico y poeta... Pero un día un bello ensueño le hizo entornar los párpados y mirar lontano. No se contentó con sentir y con ver: presintió y previó. Forjó ensueños: y ese fué su gran crimen. La Quimera está condenada a perpetuo ostracismo de la tierra.

Es particular...

Las gentes oyeron música, y en torno del músico se agruparon. Iban a oir sus trovas y sus melodías. Los niños, entre todos, eran los más divertidos por ellas. Eran acordes de notas infantiles. Y las trovas, trovas de amor, placían a las bellas. Ni los versos ni la música se entendía; pero agradaban, porque tenían las recónditas armonías de las incoherencias...

Y cuando los hombres, apegados al fango, observaron que la vida que empieza y la vida que ama acudían a ofrecer sus juegos y sus gracias al poético

cantor, empezaron por envidiarlo y terminaron por odiarlo.

Es particular...

El círculo que en torno de él se formara, empezó a desordenarse. Chispas de envidia y de odio prendieron en unas cosas que se llaman corazones. En la orquesta mundana, los contrabajos preludiaron el sarcasmo, los flautines murmuraron burlas y los clarines sonaron a muerte. Y empezaron a caer las pedradas. Los niños y los ancianos huyeron, las mujeres lloraron: una sola ni se alejó, ni derramó lágrimas: hizo coro al escarnio...

El dolor exasperó al poeta: las pasiones se mezclaron con los sufrimientos, y engendraron la venganza. Pero era débil y quedó vencido. La ira de los débiles y de los pacíficos, si al principio extraña, después causa ludibrio. Un alma del ideal y del amor es impotente para guerrear en la tierra y por la tierra. Por eso se dejó crucificar en la cruz del ridículo.

Es particular...

Quedó solo y huyó del mundo. Se desterró de aquella sociedad de filisteos y se encastilló en torre marfileña. Y allí pudo soñar. La ilusión se le entregó: y le ofreció sus senos. Respiró con ansias brisas extraterrenas: y con sus vapores se embriagó. Cada vez se alejaba más de la sociedad y del mundo. Las gentes que pasaban y miraban aquel solitario, quisieron ver lo que él veía: y como no vieron nada, le llamaron visionario.

Es particular...

Un día, cuando el visionario había terminado su gran visión, quiso lucirla esplendente sobre la humanidad. Abandonó su torre y emprendió de nuevo la vía de la existencia. Pero sus pies no estaban acostumbrados a pisar fango. Alas para volar le habían

dado sus ansias; y creyó que los demás hombres volaban también. Y creyó mal, porque los hombres seguían andando. Como no podía caminar por las sendas vulgares, no le quedó sino el vagar fuera, el vagar siempre por la vía extraordinaria.

Es particular. El mundo hace vagar a los hombres, y luego los llama *extravagantes*.

Los superhombres

Soñemos, alma, soñemos: que de las ensoñaciones nacen las esperanzas.

—¿Por qué ley paradojal, tú, buceador del mañana, tienes hieles para el pueblo?

—¿Y en qué hechos os fundáis vosotros, mis censores, para hablar de mis frases de acíbar? ¿Cuándo visteis destilar hiel a mi corazón y verter acíbar a mi boca? ¿Cuándo del pueblo su ingenuidad infantil y su mujeril vanidad desdeñé, si mis dos grandes amores fueron y son la gracia y la hermosura?

—¿No huíste, tú, el de los bellos lemas, no huíste siempre de las fiestas populares?

—De la bullanga huí, que no de la alegría.

—¿No te apartaste, tú, el gran demócrata, no te apartaste siempre con repugnancia de las multitudes?

—¡Ah!... ¡ya!... ¡ya apareció aquello!... Sí... Está bien... Es verdad... Tenéis razón: perdonad. Olvidaba que vosotros, los populacheros, los patrioteros, los mojigateros, llamáis pueblo a ese estado social, fragmentario e inordenado, formado por aluvión y fermento. Incapaces de concebir y de amar nobles y bellos ideales, llamáis religión a un intransigente y vacuo fanatismo; patria, a cuatro notas destempladas y a dos colores chillones de un trapo; pueblo, a la turba soez, inmunda y bestial, que lleva la befa en los labios y un repugnante maridaje de inquina y de lascivia en el corazón. Gustáis sólo de lo externo, y lo interno escapa a vuestra miopía.

—¿No te llamas el *Aristón*, el *Prœlatos*, el *Excelsus?*

—Yo no me llamo así, ni de ningún modo. Yo no necesito llamarme. Es a mí al que llaman extraño, desequilibrado. Es a la humanidad toda a la que yo llamo para que se eleve hacia un más allá, a un *sursum* radiante y esplendoroso.

—¿No te encastillaste en la torre de tu orgullo?

—Me acogí a ella como a un refugio. Vagaba sin norte, ni rumbo; *sin hogar y sin lazos;* y la policía de la tierra no gusta de vagabundos. Y me encerré en ella como en celda hospitalaria.

—¿No tienes la vanidad del *poseur* y la soberbia del superhombre?

—¿A qué llamáis *pose?* ¿A qué soberbia? ¿Es aquélla la posición que ocupamos o queremos ocupar en el mundo, o es simplemente una postura afectada? ¿Es la segunda, egoística presunción, amasijo inflado por la iracundia y el *snobismo,* o es la elación ideal de un alma grande, que aspira a una excelsitud sublime? Y aunque así no fuera, ¿somos dueños de la existencia para repartirnos los puestos a nuestro capricho, o tenemos que contentarnos con la posición que nos hacen adoptar los vaivenes y rotaciones del diario existir? ¿Y qué de particular tiene que nuestra pequeñez sufra el vértigo cuando muy alto sube? Pero aun así y todo, reconozcamos que en esta ocasión os falta la razón. No sabéis cuáles son mis sueños, o si los supisteis, los habéis olvidado; porque no quiero inferiros la ofensa de que, aun sabiéndolos, los hayáis interpretado torcidamente... Aspiración que desdeña honores ficticios, no puede ser tachada de vanidad... Emulación que impulsa a una vida superior y noble, no puede ser motejada de soberbia... Y si al que tal piensa y hace llamáis *superhombre,* en verdad os digo que con todo orgullo quisiera serlo, si no lo fuera ya; porque es señal de que los que

apellidáis *hombres* son simples *exhombres,* y lo que llamáis humano, es peor que la mera animalidad.

Y ahora que la lluvia ha purificado la atmósfera y puede ya lucir el sol, admiremos el arco iris del ensueño. Soñemos, pues: que de las ensoñaciones nacen las esperanzas, y las esperanzas son el vivir de la vida... Yo quiero que la humanidad no sea un conglomerado, ni una pluralidad: sino una armonía de fuerzas, de voluntades personales. Yo deseo que el pueblo no sea turba, sino árbol de luz. Yo anhelo que en cada hombre haya un hombre. Un hombre que sepa sentir y amar, comprender y perdonar: para que sea misericordioso con el pasado y creador para el porvenir. Un hombre que se dé cuenta de su misión en la vida; para que sea inviolable y libre en su esfera; paciente y justiciero con los demás. Un hombre que *realizante* y consciente de aquello y de esto, olvide con desprendimiento su personalidad, en lo que tiene de mísera y baja, y se anonade ante el todo grandioso, ofreciendo con toda el alma su vida al Espíritu.

Y he aquí que los mojigatos, los patrioteros y los populacheros, fueron desfilando mustios y cabizbajos, mientras que el singular, el desequilibrado, el extraño, dirigió a las lejanías sus ojos linceños, y su escrutadora mirada de zahorí divisó un símbolo. Era un bosque de altivos, de erguidos pinos, que, libremente, alzaban al cielo sus troncos, cual un triunfo de espadas heroicas, y, fraternalmente, recibían en la cabellera de sus copas de esperanzas la justiciera y amorosa caricia del sol... Y pensó que aquel bosque podía acaso ser, por arte de mágico encantamiento, una futura humanidad...

Los tristes

Los tristes de que os hablo no son los de alma angustiada, los que sufren congojas y afrentas y padecen persecuciones de la injusticia. Son los tristes que lloran con lágrimas ruideras; los plañideros y quejumbrosos, los que en todo ponen un tono de salmodia. No lloran porque están tristes; parecen que están tristes porque lloran. Lloran por... lo que queda... Según la hipótesis de un famoso psicólogo, «las manifestaciones sensibles no son resultados de la emoción, sino su causa y parte esencial». Y al contemplar los sofistas del dolor estamos inclinados a creer que tiene razón quien así piensa.

A los tales tristes—como al pesimista que pintó el poeta—«les va en la vida bien, y hablan mal de ella»; pero a diferencia del «buen pesimista en teoría», los *agonías* no poseen siquiera la lógica y el valor de sus convicciones especulativas. La concepción que se forman del mundo, varía según el éxito de sus empeños; y no tienen otra profesión de vida que la que les dicta su capricho. Ellos no dicen que sean pesimistas, sino que están tristes. Esta afirmación: «soy optimista, pero padezco», sería hermosa si no... la sombrease la mácula de una segunda intención. ¿Comprendéis lo que se quiere decir con esto? «Yo busco el bien del mundo, y en el mundo sólo hallo dolor. Tengo, pues, derecho a la compasión.»

Así como muchos románticos desprecian con sutil hipocresía las humildes realidades de la existencia, para luego aprovecharse de ella más a mansalva, así estos agonías suelen lamentarse de las adversidades, para mejor abrirse camino a fuerza de hacerse los interesantes con un sentimentalismo empalagoso y pueril. Todo su afán es llorar para despertar la conmiseración; para rodearse y regodearse; para que las gentes formen círculo en torno suyo, mientras que

ellos, como si se dejasen llevar lánguidamente, van escalando los sitiales preferentes.

Recogí el pañuelo de uno de ellos, en el que tantas lágrimas había visto derramar. Quise conservarlo, como recuerdo fiel de un tan grande dolor. Un día quise examinarlo y experimenté uno de mis mayores desengaños. No tenía el amargor salado de las lágrimas: tenía un sabor diastásico...

¿Comprendéis? ¡Eran las lágrimas que se untan los chiquillos cuando quieren hacer ver que lloran! ¡Era el llanto del cocodrilo!

He aquí ahora tres escenas... que aquel paño de lágrimas trajo a mi memoria:

I.—«Aún no he podido cumplir el encargo que ustedes me dieron. Las noches me las paso en vela, repasando; y por la tarde, a la salida de clase, en vez de ir de paseo, duermo un rato. Así es, que no tengo tiempo para nada. Tengo una gran pena, y no hago más que llorar. A pesar de haber estudiado mucho y divertídome poco, durante el curso, temo muchísimo no sacar buena nota. Los profesores no se han fijado en mí; ellos no atienden más que a las recomendaciones. Ya sabéis que sólo me han preguntado una vez, cada uno: y que he tenido tan mala suerte, que o me ha tocado la lección más difícil, o he tenido que dar la conferencia el día en que, por estar más cansado, menos había podido prepararla. Además, varios de mis compañeros no hacen más que dar la coba; y no sé por qué me figuro que hayan hablado mal de mí.»

. . . .

—¡Pobrecillo! ¡Tan trabajador y tan bueno; y tan envidiado! ¿Y por qué será? ¡Cuando él no se mete con nadie, y a nadie hace mal! Podría enfermar de tanto estudiar. ¡Y alejado de nosotras, este año!... ¡Pobrecillo!...

Una señora gruesa, alta, respirando bondad—vis-

te el luto de viuda—, tiene una carta entre las manos y lágrimas en los ojos; es la madre del ausente. Tres jóvenes, activas y sumisas, bondadosas también, escuchan: son las hermanas. Otra señora, gruesa también, pero baja, comenta amistosamente: es una visita. Y una voz varonil, la única del grupo, se alza zumbona: «Mi hermano lo que tiene son muchos mimos y poca costumbre de trabajar.» Y cinco rostros femeninos le dirigen un ceño airado.

(Los exámenes se verificaron y el estudiante obtuvo tres premios.)

II.—Los frutos del plátano se doblan sobre la baranda de la marquesina. En la sombra de la noche destácanse las copas de los limoneros y del magnolio. Un rumor de fiesta—rumor de músicas y de charlas—se difunde por el jardín, desde las entreabiertas ventanas.

—No te aflijas, Gabriel. Serénate: ten calma y reflexiona.

—No puedo, no puedo, Aurora. ¡Es tan grande mi pena!

—Anda, hombre. No estés más aquí. Es un sitio y una hora que predisponen a la tristeza. Es la ocasión en que nacen los malos pensamientos. Abandónalos. Vuelve al salón.

—Allí mi corazón sufre. Ya que he venido al baile, por las obligaciones sociales, déjame en la oscuridad de este rincón. Quiero llorar a solas mi desencanto.

—Quizá no sea tanto, Gabriel; mejor dicho, eso no será nada.

—Sí, Aurora; eso y mucho más.

—De ser tal como lo dices, en verdad que serías digno de compasión. Pero...

—Pero, ¿qué?

—Nada. Se me figura que has visto lo que no hay. Gloria es buenísima; tiene un corazón de oro. Por fuerza la murmuración ha hecho presa en ella.

—Murmuración y calumnia creí yo, al principio, que eran. Mas después he sabido...

Un sollozo ahoga la voz. Dos manos protectoras, casi maternales, de mujer nacida para consolar, se posaron en los hombros del joven; y los ojos de ella miran pensativos, interrogadores, los ojos llorosos de él.

(Al año se casaban, enamorados y felices, Gloria y Gabriel.)

III.—Lugar de retruécanos y de charadas, de humo y de pereza. Un hombre, de ojos mustios y sanos colores, cuenta sus intimidades en un grupo de esas personas indiferentes, extrañas las unas a las otras, conocidas de vista y de oídas, que se reúnen en la sala murmuradora y opaca de un casino. La conversación parece mantenida entre el monólogo de las cuitas y las miradas atentas, corteses, compasivas (?)...; y, sin embargo, ¡oh diablo cojuelo!, en los labios cerrados, cerrados por la urbanidad entre gentes no amigas, parece aletear un murmullo, un susurro de ironía.

—Yo no puedo caminar por la tierra: mis pies se llagan en los espinos de la realidad. Busco la verdad y la justicia: anhelo formar una sociedad ideal, y la humanidad, ingrata, se burla de mis ilusiones.

(La humanidad, que es muy humana, y a veces muy humanitaria, y que no quiere ser tachada de desagradecida, si ríe compasiva de los ilusos, sabe elevar a las cumbres inmortales a sus bienhechores.)

—He padecido mucho, mucho me han hecho sufrir los hombres. Mis superiores me postergaron, mis compañeros me han odiado, y mis amigos me abandonan. ¡Siempre la envidia! La envidia que se retuerce y que carcome; la envidia, que no me deja subir a la más altas cumbres.

(Sube solo, si eres capaz; y si no, púdrete ahí, por los siglos de los siglos; que harto han hecho los

pobres humanos con elevarte a un sitio donde no mereces estar.)

—El sueño de toda mi vida—el ingresar en la Real Academia—, voy a verlo destruído por causa de la intriga sorda y rastrera.

(Un gemido sale del pecho; otros gemidos (?), quizá suspiros de satisfacción, le hacen coro; y una persona sincera, sin cortesía en el rostro, pero con nobleza en el corazón, interrumpe el aparente monólogo: «Guárdate bien, que ya conocemos tus tretas. Hace tiempo descubrimos tu juego».)

(A los pocos meses, el hombre de ojos mustios y sanos colores entraba en la Academia, merced a la protección de sus amigos, compañeros y superiores.)

El hombre, al salir del Paraíso, oyó la voz de Dios que dijo: «Comerás el pan con el sudor de tu frente» y no «con las lágrimas de tus ojos.» Y el salmista gemía: «Tomo el alimento mezclado con cenizas, y la bebida mezclada (no alcanzada) con mis lágrimas».

Los hombres escucharon en la Montaña: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados»; y no «porque ellos serán recompensados». Y el salmista cantaba: «Porque comerás los trabajos de tus manos, bienaventurado serás, y te irá bien.»

Y, sin embargo, hombres hay tan duros de corazón y tan poco temerosos de Dios, que pretenden obtener su pan no labrado con sus manos, sino pidiendo con sus lágrimas; y lloran no para ser compadecidos, sino para ser admirados. Saben aquella máxima: «el primer paso hacia la felicidad es el convencimiento de que hay que sufrir mucho»; y se creen en la obligación de ponerse tristes, como limosna concedida a los hombres, para que dejen de importunarles.

He aquí por qué su tristeza es teatral e impúdica. Solicitan caricias y consuelos, y ofrecen, en cambio, lo más virginal del sentimiento. De ellos se ha escrito: «dan al mundo el espectáculo vergonzoso y gra-

tuíto de la prostitución de sus lágrimas.» En la comedia humana, ellos son los *poseurs* del dolor, los jeremías. Y el cuentista piensa amargamente: «únicamente los niños mimados y caprichosos han tenido tiempo y comodidad para permitirse el lujo de hablar mal de la vida.»

Los adaptables

En el arte, como en la naturaleza, no sólo el amor y la sangre—sangre fundida y amor propagado—generan familias. La comunidad de prácticas y la afinidad de ideas—intereses creados e intereses creadores—son vínculos también de los linajes. Y por la misma senda marchan los simpáticos, los oportunos, los adaptables. Pertenecen todos a una misma familia. Son hermanos de jornada.

Los oportunos, empero, no han gozado los derechos del primogénito, ni las simpatías del Benjamín. Sólo merced a su propio esfuerzo de adecuación pudieron acoplarse en el concierto humano y, amoldándose a las convenciones sociales, lograron sentarse en el festín de la vida.

Y después que se adaptaron al mundo, censuraron a los inadaptables. Es natural.

Una sinfonía de sonrisas suena en el salón. Son unas sonrisas frívolas, ceremoniosas, inexpresivas. Una joven de pelo corto, a lo ruso, y sin talle, teclea; de pie y a su lado, un jovencito, cabellos en bandos y encorselado, pasa las hojas de música; los dos mienten con sus labios fríos una sonrisa. Presidiendo un grupo de muchachos, una muchachita, linda gatita de Angora, los brazos atrás, las piernas cruzadas, mueve el piececito colgante, mientras oye, sonriente, el coro de aduladores. En el centro de un círculo de señoritas, un gomoso de voz acaramelada, con sus chismes y chistes, las hace sonreir. Por varios lados, al-

gunas parejas de labios que secretean y sonríen. Las personas de edad madura se reúnen por sexos; unos hablan de negocios y de política: otras, de modas y chismes: total, igual; todos murmuran y en todos la maledicencia promueve sonrisas picarescas, punzantes. Sólo en los viejos se rompe esa como división del trabajo social y se produce una aproximación entre ellos y ellas; pero sin monopolios, con mancomunidad en los recuerdos y en las sonrisas. Arriba suenan, apagadas por las distancias, alborotadoras carcajadas infantiles. Son los niños de la casa, encerrados para que no molesten a las visitas.

Y en todas partes, complaciendo a todos y sonriendo siempre, se encuentra un joven pequeño, cetrino, de viveza ratonil y de cuidadora pulcritud, que sabe divertir con sus palabras oportunas y agradables, captarse las simpatías con sus modales exquisitos y atildados, y conseguir el dominio de todas aquellas sonrisas frías, corteses, impregnadas de finura refinada.

¡Oh poder de la urbanidad! De un matiz pálido y verdinegro, con hábiles retoques, procura obtener un tinte sonrosado.

Una observación. La bilis, como todo, puede producir buenos efectos, cuando no los produce malos. De todos modos, es un gran poder.

Una pregunta. ¿Por qué los cuerpos pequeños y enjutos suelen tener la viveza ratonil? De cualquier manera, en la vida siempre conviene cierta viveza.

Y otra observación. Para moverse desembarazadamente en la tierra, precisa tener pocos ideales—es un lastre que pesa—y mucha locuacidad—es óleo que suaviza asperezas—. En efecto: para existir entre gentes hace falta muy poca fantasía, y mucho sentido común y mucha voluntad; además, es menester no adentrarse, sino exteriorizarse, ser muy comunicativos.

La urbanidad es una gran pintora. Sobre un carácter adusto, dibuja una faz amable.

Ahora, fijaos: En una persona hay pocos ideales, el cuerpo es pequeño, el humor bilioso: ¿qué resulta? Un carácter inquieto y activo, envidioso y murmurador. Pero hay una gran voluntad de gozar, y el sentido común enseña que con tales medios no se llega a la victoria: ¿qué hacer? Para la corrección del espíritu falta nobleza y desinterés; para modificar el medio no hay paciencia, y entretanto la ambición repite incesantemente: «quiero gozar». Simulemos la adecuación. Finjamos someternos al mundo; el mundo, sugestionado, será atraído por la afinidad aparencial, se nos acercará; y en contacto con nosotros recibirá, por exosmosis, nuestro modo de ser y de existir, nuestra influencia. Ved, pues, el gran poder de la urbanidad: de un corazón cetrino hace un carácter sonriente.

Es natural.

La naturaleza es un gran arquitecto. Todos los seres construyen su hogar, y aquellos que viven reunidos forman verdaderas ciudades. Un bullir continuo de muchedumbre atareada y codiciosa, circula por las líneas negras, delgadísimas, de un hormiguero. En un trigal cercano, una cigarra canta... «En la quiebra de las peñas y en lo hueco de los árboles» se oye el zumbido del enjambre obrero de la colmena. De flor en flor revolotea una mariposa... A orillas del agua, industriosos roedores sorprenden con las magnificencias de sus construcciones. Además hay otros hogares: nidos, pocilgas, madrigueras. Y los hombres saben construir jaulas, rediles y cuadras. Pero la labor de zapa de los topos es sencillamente admirable. Pues, ¿y la astucia de las raposas?

¡Cuán provechosas enseñanzas ofrece la naturaleza a las personas discretas y solícitas! Atended:

...Auras de revolución soplan. El enjambre huma-

no se congrega en un salón largo, bajo de techo, para celebrar un mitin. Ideas anárquicas incendian las teas de los discursos. Un joven pequeño, de viveza ratonil, vierte en palabras punzantes toda su bilis antisocial. Acaso sonría por dentro...

De sabio es mudar de opinión; y mientras mayor es el salto, tanto más sabio será quien lo dé. ¿Para qué términos medios? Eso vendrá después. No hay mejor camino para el poder que el de la oposición. No hay hombre más solicitado que el temido. Cuando se carece de genio para volar, el ingenio hormiguea y ratonea. Había que rebuscar en los infolios y consultar en los incunables. Los infolios e incunables se hallan en los archivos; los archivos mejores están en los conventos: para entrar en los conventos hay que ser dóciles, clericales. Pues hagámonos reaccionarios. Sonriamos por fuera, aunque reventemos por dentro.

Las personas prácticas, utilitarias, que siguen el ejemplo de la naturaleza, procuran construirse o adquirir ya construído su hogar correspondiente en la ciudad humana, ¡oh casas burguesas! Las chicharras cantan, las mariposas vuelan. ¡Música y baile! Muy bonito, sí: pero poco práctico; no hay base, no hay arraigo: y en la tierra hay que ser terrícolas.

Los tiempos modernos son de burguesía. La burguesía es el famoso pisto liberal-conservador. ¿Pasteleo? Sí. Pues pasteleo. Así es como se engorda y se vive en un hogar tranquilo y confortable. Los radicalismos alteran la digestión y son cursis. Los que no se someten a la ley y a las prácticas sociales, *anatema sit*.

Es natural. Los hombres se adaptan al mundo y luego censuran a los inadaptables.

Esta es la historia de una paradoja lógica. El ingenuo, imitando a la naturaleza, logra modificarla con la urbanidad. De un carácter cetrino ha brotado una

sonrisa, un cuerpo pequeño ha subido muy alto en el orden social. ¿Cuál es la clave del misterio? La voluntad de vivir; el deseo de triunfar. Y como no han tenido los derechos del primogénito ni las simpatías del Benjamín, sólo mediante su labor propia lograron adaptarse al mundo. *Y una vez adaptados, para que no les disputasen los laureles de la victoria, ni los goces de la posición, desterraron a los inadaptables.*

Es natural...

Los dogmáticos

Hoy me siento filósofo, y como tal, quiero hacer mi presentación.

Yo soy un pobre filósofo, algo escéptico y muy tolerante, que sonríe compasivamente ante las humanas contradicciones. Pero, como todo filósofo, tengo mis puntas y ribetes de misántropo y créome en el deber de trinar un poquitín contra la sociedad. Pues no faltaba más...

La sociedad es fautora de grandeza y de pequeñeces (¿qué tal les parece?); las tertulias, las oficinas, los tratamientos... la murmuración, la hipocresía, la vanidad... Sobre todo la vanidad. Un filósofo no puede menos de exclamar con el sabio: *¡Vanitas!...*

Vanidad, farsa, comedia. «El mundo comedia es...» En ella todos queremos representar algún papel; unos como actores, otros como espectadores; todos deseamos que nos vean o que nos oigan. Media vida nos consume la representación; la otra media se nos va... en prepararnos para la primera. Y todo, ¿por qué? Por la vanidad, que es la que levanta el tinglado donde brilla lo que se aparenta, y no lo que se es o lo que se tiene. (¡Oh, Schopenhauer!)

Pero seamos amables y distingamos. Si todos pensamos en un público, unos lo buscan y otros lo temen. Y ¿qué es un público? Una muchedumbre. Y la muchedumbre (sea la espuma o la hez de varias

energías individuales, flote o se deposite) siempre es una masa carente de profundidad.

Los buscadores de público (narcisistas y cesaristas) tienen que hacerse superficiales, como las muchedumbres. Su criterio estriba en atraérselas por el halago y por la ostentación.

Ellos se dicen: Las multitudes impulsan, levantan y derriban. Contemos con ellas. ¿Cómo? Cuidando con esmero el exterior de las maneras; sabiendo guardar las formas, conservando las apariencias. Ellos no han predicado esto; lo han practicado. Es claro: las recetas suelen conservarse en secreto: por medio de jeroglíficos o con tinta simpática.

Y al hacerse superficiales, olvidaron su propio e interno mundo, sofocaron lo sincero de su personalidad, se hicieron hipócritas. Y su criterio los llevó a fingir su etos, su patos, su logos...

Y ya que habéis visto el desfilar de los simuladores de la *conducta* (los farsantes de la rectitud y de la seriedad, los *formales)* y los del carácter (los prestidigitadores de la moral y de la política, los magos de salón, los *adaptables)* y los del *sentimiento* (los histriones del dolor, los que lloran por lo que queda, los *tristes),* contemplad ahora la procesión de los simuladores del pensamiento (los que fingen la *verdad,* los comediantes de la lógica, los *dogmáticos)*...

Seamos benévolos con la mascarada y compadezcamos a los juglares.

Yo soy un pobre filósofo que os dice:

—Recordad esta frase de mi buen amigo Enmanuel Kant: «La lectura de Hume me despertó del *sueño dogmático.*»

Vosotros sabéis quién *fué* Hume, vosotros sabéis quién *es* Kant, vosotros podéis comprender estas palabras: «El metafísico que se aferra tercamente a su sistema, sin cuidarse de ninguna novedad, ni de ninguna crítica, puede clasificarse entre los *ignorantes dogmáticos.*»

Concepción absolutista, sistemática, inflexible... parecen tener los propagadores de ideas y los realizadores de hechos. Pero no son dogmáticos, no. Aún no se ha enfriado la ilusión; aún no se ha necesitado un dogma para fijar las creencias, una escolástica para fundamentarlas. El idear y el hacer es en ellos una misma cosa. Aman y creen: y la caridad y la fe realizan el milagroso acorde de la representación y de la voluntad. Son profetas y apóstoles, mártires y héroes. Admiremos...

Concepción absolutista, sistemática, inflexible... parecen recibir los seguidores de doctrina y los legionarios de empresas. No son dogmáticos, como no son críticos; porque no tienen concepción *suya.* No saben distinguir el imperativo y la eficiencia. Ignoran y obedecen; y la mecánica irreflexión salva el abismo entre el pensar y el ejecutar. Son discípulos y fieles, obreros y soldados. Toleremos...

Concepción absolutista, sistemática, inflexible... utilizan los definidores de credos, y los mantenedores del orden. Los dogmáticos. Unos porque no tienen talento, o no tienen malicia; otros porque no poseen ambas cosas, o, por lo menos, sutil *gramática parda.* Aquéllos piensan y dicen dogmáticamente, porque desean llenar de algún modo el vacío de su ignorancia o porque sienten necesidad de un esquema para regirse en el incesante vaivén de la vida. Estos conciben y exponen infalible, doctoralmente, porque para medrar en el mundo, quieren unimismar y univivir lo que ha dimidiado su hipócrita vanidad y su oportunismo prudencial. Unos y otros, aquéllos y éstos, son doctores y escolásticos, jueces y gobernantes. Sonriamos...

Sonriamos... al verlos pasar.

Y pasan jóvenes y viejos, altos y bajos, sanguíneos y linfáticos: y todos son graves, solemnes, parleros.

Esa presunción que los domina, esa arrogancia de

que alardean, ese rostro mirlado que afectan, no proviene sino de la satisfacción que produce el pleno dominio de la verdad, que, como el éxtasis, desvanece y... endiosa.

Escuchad el tono magistral y profundo con que exponen ideas abstrusas, asuntos baladíes; y prestad incondicional acatamiento a las vulgaridades ramplonas, a las vaciedades y perogrulladas que digan. No les pidáis pruebas: son artículos de fe, son dogmas. Creedlos sin discutir: son infalibles. No os separéis de sus credos: son los *únicos:* fuera de ellos no hay salvación. Sonriamos...

Sonriamos... al oirlos declamar.

Y declaman en la cátedra, en el púlpito, en el foro, en los escaños, en las conversaciones, en los monólogos. Y su verbo recorre toda la gama oratoria, desde el atronador apóstrofe tribunicio a la sencilla epístrofe amical.

Una forma travestida, deja percibir muchas veces la inanidad del fondo: un fachendoso enlabio, puede ocultar la inopia del pensamiento y el pandear del corazón.

Hay quien da el espectáculo de su estulticia y quien el de su ambición; pero todos, cuál más, cuál menos, el de su vanidad. Sonriamos...

Sonriamos... al verlos representar.

Y hay representaciones que hacen sonreir a los hombres, no por graciosas, sí por ridículas.

¡Si yo me atreviera!... Pero yo no sé si podré, y, caso que pudiera, si debiera hacerlo. Yo soy un pobre filósofo que siente mucho respeto por esos señores tan graves, tan solemnes, tan parleros. Si yo me atreviera..., les haría algunas sencillas advertencias y les daría algunos humildes consejos.

Yo les diría, por ejemplo: El hombre es cosa muy pequeñita, muy relativa, muy limitada. El mundo es redondo y da vueltas; el Espíritu, infinito e inmortal;

la vida, inagotable... Por eso, cuando queremos recoger lo infinito de la realidad—en una fórmula que nos parece *absoluta, sistemática e inflexible*—, lo reducimos, lo minoramos, lo acartonamos, lo petrificamos en un esquema sin vida. Por eso cuando queremos estatuir un dogma único, igual para todos, resulta un símbolo menudo y falaz; porque ni todos podemos percibir y sentir lo mismo, ni metodizar de idéntica manera nuestras representaciones. Por eso cuando queremos imponer nuestra concepción a la práctica de nuestra existencia o a la de los demás; incurrimos en frecuentes inconsecuencias. Schopenhauer lo ha dicho: «Todo lo que es falso y absurdo se revela al cabo, porque, llegado a su pleno desarrollo, ostenta, como una eflorescencia, una contradicción...» Yo continuaría diciendo: Después de todo, a mí no me extrañan tales inconsecuencias; son muy humanas, muy naturales: nos empeñamos en forjar una concepción *apriorística, rígida e inmutable,* y cuando queremos aplicarla a lo que de suyo es espontáneo, multiforme y elástico, necesariamente ha de resultar inadecuada por falsa y artificiosa.

Lo único que me choca un poquitín es ese afán por parecer consecuentes a todo trance, ese prurito por ocultarlas, por simularlas. ¿No comprendéis que algún espíritu malicioso podría recelar de ese *predicar* una doctrina (imposible en la práctica) y de ese *no realizarla,* pero queriendo aparentar que se realiza efectivamente; y no comprendéis que todos esos *tiquis-miquis* podrían parecer como una mera farsa, como una pura comedia?

¡Oh poder de la vanidad!

¡Si yo me atreviera! Yo diría a esos señores... Pero yo no me atrevo a hacer estas sencillas advertencias, a dar estos humildes consejos. Yo soy un pobre filósofo que pasa inadvertido para esos *consejeros* natos, y que tienen por derecho propio el *don de consejo* y todos los dones del Espíritu Santo...

La procesión de los dogmáticos ha pasado. Ya podemos respirar y sonreir. Sonriamos.

Yo soy un pobre filósofo que os dice:

«Aquí termina el desfile de siluetas de algunos simuladores.»

Los *formales,* los *tristes,* los *dogmáticos* buscan un público para estar serios, para llorar, para hacer discursos. Acuden a los paseos, a los teatros, a los cafés, a las reuniones, a las asambleas, a las cátedras, para mostrar su rostro grave, su faz compungida, sus gestos oratorios.

Engañados ellos mismos, quieren engañar a los demás; y como son pobres de vida interna, solicitan al mundo interior la limosna del respeto, del consuelo, del aplauso, como aureolas de su escénico posar...

Si yo no fuera un pobre filósofo, ahora tendría ocasión de gritar: ¡Maldita vanidad! Pero yo no puedo gritar así. Yo soy un pobre filósofo tolerante y compasivo, que se contenta con musitar: «Pícara vanidad...»

El explicador de cuadros

Antiguo es su linaje, dilatado su entronque...

Es un pueblo elevado a ciudad por obra y gracia de sus pasados méritos, para esplendor de su vanidad y mengua de su bolsillo. Aledaño a la carretera—hoy convertida en paseo por el milagro de unos árboles, de unos bancos y de unos focos—y en ese desahogo que como promesa de campiña tienen casi todos los poblados del llano, donde de tiempo en tiempo la alegría de una feria levanta barracas y traza rediles, se alzaba un tinglado reluciente y chillón—pues así como hay colores que chillan, así hay sonidos que deslumbran—. Un timbre, un órgano, unos carteles anuncian... Entremos.

En la sala, gustos chabacanos, burgueses, profanos al espíritu del arte moderno—que criticaron sin comprender—, han exagerado, sin embargo, lo que aquél podía tener de extravagante: tal la línea desequilibrada, los tonos sin matices y sin sombras... Coquetismo cursi rebosa las almas y polífona greguería fluye de bocas paradisleras... Hay proyecciones y audiciones, y la gente que las presencia, a su vez, da exhibiciones.

Si la primitiva rusticidad cubría con toscos arreos un sencillo e infantil mecanismo, el refinamiento moderno, al ir complicando las fuerzas, va dando simplicidad a las formas. Han desaparecido los misteriosos fondos negros, las grotescas cabezas parlantes..., y sobre un lienzo blanco se dibujan y de una bocina reluciente surgen las evocaciones de la maga moderna... Espejo que reflecta y caracol que recoge las infinitas vibraciones de la energía incomprendida que llena los mundos.

Y mientras el local se llena y el público se coloca, recordemos...

En la incipiencia el cinematógrafo y el fonógrafo necesitaron amparo y hogar, y fueron intermedio de espectáculos y fiestas. De procedencia diversa, la vida los fué separando cada vez más...; y en tanto aquél lograba casa propia y, a fuer de agradecido, brindaba hospitalidad a la antigua comedia, el segundo, acogido en cafés y casinos, amenizaba tertulias y, más tarde, pasaba a ser reclamo en aguaduchos y neverías... Mas en ellos la decadencia se inició muy pronto. Tenían un defecto de origen para ser reflejo sincero e impresión completa de la realidad humana; faltábale la voz al uno y la vista al otro; y en la soltería de entrambos se desarrollaron manías seniles. Fué aquél reproducción de lo rebuscado, de lo grotesco, de lo melodramático; y dió éste con su voz rozante, estridente, chillona, la sensación de la parlería

cascada de los decrépitos... Tal vez la artificiosidad y la vetustez no sean suyas, tal vez lo sean de la sociedad que reproducen. ¡Quién sabe! Quizá el *grafos* del *fono* y del *cinema* sea un gran humorista, y ría... Alguien ha pensado en armonizar la luz y el sonido; pero mientras no lleguemos al hoy de ese mañana, no se deben mostrar los ensayos—eso para los laboratorios—, que nada hay más desilusionante que un teatro por dentro...

Y he aquí cómo la antigua comedia vuelve a enseñorearse, en su nuevo hogar, merced a obras exquisitas de ingenios del Arte; y cómo en teatros de la burguesía y del vulgo (dos nombres distintos y una sola cosa verdadera), alguien tiene que explicar lo que muchos no pueden entender...

La obscuridad se hace, los deseos imponen silencio, y el vaho de la sugestión empaña las almas. Un haz luminoso rasga las tinieblas, y las energías, conservadas latentes, se transforman y entran en movimiento. Y mientras la luz triunfa del misterio y lo que pasó renace a la vida, consideremos...

Cuando los griegos acudían al teatro, no para pasar el tiempo, sino para revelar el espíritu colectivo (el *Ethos)*, para colaborar con el poeta (Esquilo, Sófocles...), no necesitaban intérpretes que desentrañaran el símbolo de Prometeo, de Edipo. Pero llegados al refinamiento, el lujo los hizo distraídos, y Eurípides tuvo que valerse de un introductor para exponer lo que la acción, por sí sola, debía desarrollar. Y aquel pueblo muere, y con él desaparece su espíritu de la historia (¿y de la tierra?), que ni Juliano ni el mismo Leonardo pudieron resucitar; y con él desaparece aquella compenetración entre el artista y el público, que siglos más tarde, y con diversos motivos, Ruskin, Wagner y Tolstoy pretenden restaurar...

Cuando los siglos medios, lo abstracto del asunto

(la vida y la muerte, el cuerpo y el espíritu, lo redondo y lo cuadrado...) o lo imperfecto del mecanismo (un hombre vestido de verde era la yerba; otro con piedras, el muro...), la ingenuidad del público requería que un Prólogo le dijese: «esto es un jardín», «ahora es de noche», «estamos en Florencia», «*la comedia e finita*»... Los progresos modernos hicieron innecesario tales recursos. Pero nuestra burguesía necesita que durante su digestión alguien le explique lo que no quiere aprender o lo que no comprende por no tomarse el trabajo de atender...

Y durante el intervalo existente entre el rumor que produce el haz luminoso al apagarse y el runrun prolongado que, cual un eco emergente de las profundidades o de las lejanías, viene a nosotros preludiando el concierto de voces pasadas; y en tanto la claridad se esparce y hay una eclosión en las almas y un murmullo en los labios, epiloguemos...

No censuro la curiosidad (reconocimiento ingenuo de nuestra ignorancia, principio de sabiduría), ni el preguntar cuando no se sepa (¿recordáis aquello de: «si tan sabios sois, por qué preguntáis tanto?»), sino todo lo contrario; y por una de esas raras paradojas, aquellos que no investigaron o no atendieron cuando debían, son los que a destiempo suelen *pedir explicaciones*. Detesto todas las *explicaderas* (catálogos, argumentos, aclaraciones en cuestiones de honor...) y todos los *explicadores (ciceroni,* guías e inventarios vivientes...). «Antes mártir que confesor», tal es mi lema; y es mi divisa: «*qui potest capere capiat.*»

Uno de mis mayores encantos ante un cuadro, ante una estatua, ante un monumento del arte o paisaje de la naturaleza, es prestarles las sonoridades de mi alma, hacerles hablar (el *Moisés*, no necesitó el conjuro de Miguel Angel), llenarles con las armonías por mí vividas o soñadas. Pláceme igualmente, cuan-

do escucho una sinfonía, ir coloreándola, plasmándola, dándole corporeidad con las intuiciones y las remembraciones de mi fantasía. Y ese encanto y ese placer desaparecen cuando una voz pedantesca explica el asunto de esas *películas* que desenvuelven fugazmente dramitas comprimidos y cursis o escenas de magia folletinesca, o ese correr de personas y romper de cosas que tanto entusiasman a nuestra flamante burguesía de filisteos...

La evocación de la luz y del sonido ha cesado. La reunión se dispersa. Y alguien ritornela:

Antiguo es su linaje, dilatado su entronque.

El anunciador de panaceas

Desde el pregoneo callejeante y vocinglero, hasta los solemnes vaticinios del profeta y del augur, grande y rica y multiforme es la gama de los que avisan e informan a las gentes, de los heraldos y pregoneros, de los que ofrecen el oro y... la oralina.

No ha pasado por mi mente el presentar a los señores anunciantes de cuarta, tercera, segunda o primera plana de un periódico (¡oh artículos industriales!), ni a los de carteles o prospectos más o menos chafarrinescos. Se trata de comerciantes, de mercaderes... de gente, en fin, que intenta dar salida a sus productos; y yo creo en el lema que ostenta una agencia de propaganda: «quien no anuncia no vende».

Los que del público y para el público viven (cómicos, revisteros, literatos, etc.), están en su derecho; tienen que dar publicidad a sus obras. Los profetas jeremíacos—declamadores de présagos adversos—me dan mucha pena; tanta que, a veces, yo no sé si llorar o reir. Los forjadores de utopias me parecen unos grandes fantaseadores, unos ingenuos soñadores, llenos de candidez y de infantilidad. Los astrólogos, nigromantes... andan muy de capa o de hopalanda

caída: respetemos su desgracia. Y los astrónomos miran muy alto para que podamos meternos con ellos...

Yo sólo quiero hablar de los que prometen reformas políticas... sin creer en ellas. Yo no sé por qué cuando escribo *político* algo que retoza en mi caletre hace que mi mano trace *farsante, mercachifle.* Yo protesto indignado: ¿qué tienen que ver los que representan comedias y se lucran en negocios, con los que representan al Estado y administran desinteresadamente la cosa pública? Y, sin embargo, algo que retoza en mi caletre...

Con vuestra benevolencia quiero abrir un paréntesis. No sé cuándo lo cerraré.

Muchos han censurado esta mi manía de los paréntesis, de las citas. «Este hombre no sabe escribir más que entre rayas».—¿Inexperiencia en la técnica literaria? ¿Impotencia en la concepción?... ¿Impaciencia en el desarrollo?—Son los paréntesis—intermundos de la representación, intercadencias de la voluntad—el suspirar de un alma difusa que todo lo ve unimismado, que enlaza aun las cosas más extrañas y no acierta a concretar nada en ese empaste suave y engarce afiligranado del universo... Sirven las comillas para acotar el plantel donde floreció una idea que reconocemos como ajena (en rigor, toda idea que expresamos toma algo de nosotros) y, a veces también, para plasmar los pensamientos de un alma divagadora (la erudición, más que ayuda del pensar, suele ser auxilio del decir...).

Decía que, con vuestra benevolencia, quería abrir un paréntesis. Helo aquí.

Cuando yo comenzaba mi vida estudiantil—a caza de la nota y del título con el reclamo de la ciencia oficial—me gustaba hojear y ojear, en los primeros días de curso, los programas de las asignaturas («cuadros sinópticos que en forma sintética y artística presentan de un modo sistemático y acabado las diver-

sas ramas del árbol de la Ciencia»). Con los años vinieron los desengaños; y fuí aprendiendo que el hojear y ojear programas, a principio como a fin de curso, era andarse por las ramas; y fuí formando la siguiente observación:

Un buen programa o es una obra independiente, o es producto de un genio sintético, o está hecho por una persona que no conoce lo que es enseñar o desconoce por completo la asignatura; es así que en el actual sistema de estudios el programa no puede tener aquel carácter; y que los genios se cuentan por siglos; *ergo* los que hacen programas sintéticos, artísticos, sistemáticos y completos no se han cobijado jamás bajo el árbol de la Ciencia.

¿Es posible señalar de antemano todas las ideas que pueden surgir en el desenvolvimiento de una teoría, en la investigación de un hecho, en la observación de un fenómeno? ¿No sería mejor formar dos programas: uno como *índice* de deseos y otro como resumen de hechos...?

Gústale al hombre formar programas, confeccionar presupuestos, echar cálculos y hacer previsiones, y la vida, poco amiga de encadenamientos apriorísticos, parece complacerse en romper todas esas anticipaciones de sus designios. La sistematización en todos los órdenes de la teoría (en la práctica no puede darse) es como un descanso; si la convertimos en definitiva... ¿no es verdad que un descanso definitivo es sinónimo de muerte? Una promesa congelada—maniatizada—vienen a ser los emblemas, los honores, las notas brillantes, los tratamientos, las condecoraciones; en suma, todos esos prejuicios, todas esas preocupaciones que los hombres hemos impuesto y opuesto a la vida natural, libre y espontánea.

¿No ha dicho el gran sabio de la práctica—el pueblo—que «quien espera, desespera»? ¿Por ventura, no es todo lo que se espera con ansias una bella rea-

lidad segada en flor? ¿Acaso no son las confianzas y las familiaridades, la violación del misterio virgen?

¿No habéis observado cómo tras una denominación pomposa suele ocultarse un cúmulo de necedades, y cómo aquella frase del novelista «un buen título es la mitad del éxito de una obra», ha podido ser la inspiradora de toda esa plaga de producciones escénicas, que, por si no acertaban con el primero, llevan dos y tres nombres, y de toda esa *literatura mercurial,* cuyos libros tienen una inscripción, un rótulo, un subtítulo, un lema, un *ex libris,* una segunda portada, un vestíbulo, luego varias hojas en blanco, y luego... nada?

Es natural. Todo se va en fachada...: y por dentro la vacuidad, con polvo y telarañas...

El nuncio de venturas despierta o aviva en nosotros la llama del ideal, que en todas las almas alienta; y nuestra fantasía va sensibilizándola, prestándole consistencia, *cristalizándola* (según la bella expresión de Stendhal, tantas veces repetida) hasta formar una ilusión...

Los provisores de bienandanzas—heraldos de paraísos artificiales—para cautivar a las gentes necesitan tener el mágico prestigio de un verbo elocuente, hipniátrico y sonoro. Y con su parlería, atrayente y embriagadora, la ilusión se va haciendo cada vez más bella, más ultraterrena, más lontana de la realidad presente, y, por tanto, de toda realidad... («El presente es hijo del pasado y está preñado del porvenir»). Y cuando queremos realizar aquella ilusión, he aquí que la realidad misteriosa, inexcrutable, surge como algo divino e ineludible. ¡Silencio!... La tragedia, eterna desilusionante y descorazonadora, implacable y fatal, vuelve a desgarrar el ensueño...

Me entusiasman sobremanera los grandes oradores; pero sólo los considero como literatos, como artistas de la palabra, del gesto y el ademán. Y no me

digan que pueden tener otra modalidad (filósofos, historiadores, políticos...), aunque realmente la posean; porque el orador, en función de tal, no puedo concebirlo sino como orador y nada más.

Yo no censuro eso que llaman «verbosidad española». Lo que me disgusta es que se mezclen cosas tan distintas como la oratoria y la política. ¿No opináis que para *hacer*, sobre todo para hacer recta y prontamente en la cosa pública, se necesita *hablar* poco y *prometer* menos?

Un hombre que diga «pienso hacer tal cosa», y tal como lo piensa lo dice y tal como lo dice lo quiere, aunque lo que piense sea una locura, y lo que diga una majadería y lo que haga una equivocación, es objeto de todas mis simpatías; más: se lleva todas mis admiraciones. Pero un hombre que exclame: «he de hacer tal cosa, por encima de todo», y no cree en lo que dice, aunque lo verifique (que no lo verificará, o, a lo sumo, en provecho propio o por azar), ese... Seamos humanitarios, que, al fin y al cabo, humanos somos.

Prometed, en buen hora. Mas si reveláis vuestros sueños al pueblo y le ofrecéis una tierra de promisión, debéis cumplir vuestros compromisos, porque si no realizáis aquéllos y no le lleváis a ésta, tened entendido que hasta el maná cansa cuando se va por el desierto...

Los pronosticadores de la dicha serían unos grandes artistas si no fueran tan industriales, tan mercaderes, si se contentaran con cantar al futuro. Se empeñan, sin embargo, en hacer de ese futuro un presente, y ya sabéis lo que es la actualidad: nada entre dos platos. ¿Por qué no se ha de dejar la ilusión como tal ilusión? ¿Por qué deseamos traducirla a la realidad? Y, ¿qué es la realidad?

Las esperanzas, los optimismos, las ilusiones... pueden pasar como puro diletantismo intelectual,

como recreación de la mente, hasta como impulso *(idea-fuerza),* como algo que se *postula* por la razón, como un *pensado;* pero no debemos darle una realidad ontológica, trascendental, como cosa en sí *(das Ding an sich),* si no queremos sufrir un desengaño. Es esta lección de experiencia, y por fría, por dolorosa que parezca, yo creo que es saludable y vigorizante. Y no es por esceptisismo o pesimismo, sino por serena y cristiana bondad; porque implica soberbia impía el querer usurpar atributos que sólo son de Dios, que es el que dispone sobre y a pesar de lo que el hombre puede proponerse.

No está el ideal en región paradisíaca de vida por venir o pos-terrena, ni hay que buscarlo en algo extra o suprahumano. Reside en el hombre mismo, en aquella su parte más íntima, en su alma; y es tan delicado, que el menor contacto del mundo puede profanarlo. Por eso no debemos mostrarlo a la pública curiosidad como una obra de arte o de industria, sino custodiarlo en el santuario de nuestra alma, como un fuego sagrado. Por eso he dicho en otro lugar: «no *realicemos el ideal* (no lo arrastremos por la vida, exponiéndolo a soplos terrenales), sino *idealicemos lo real* (infundiéndolo en nuestra vida, para que ésta se vaya ennobleciendo y sublimando)».

Aquí cierro el paréntesis, que con vuestra benevolencia abrí. Perdón. Y con todo el debido respeto me dispongo a tratar de los *anunciadores de panaceas... políticas.* Pero algo que retoza en mi caletre...

POR EL MUNDO DE LA REPRESENTACIÓN

Interludios

Introspecciones, interpretaciones...

(1908-1910)

Los polos en que estriba este mundo de las apariencias son el "Yo" y el "No Yo." Y con las expansiones del uno, y con las exposiciones que el uno hace del otro, se han formado: I. Los "articulos inarticulados". II. Los "esquicios desquiciados".

I.—DEL ESPECTADOR

Las ingenuidades que a nadie convencen

¡Como si uno fuera un periodista!

Con todo el desprecio que se suele poner al nombrar al profesional de una profesión... no profesada, alguien—que debe hablar *ex cathedra*—llamó a este romero: periodista.

Y este divagador, para darse por enterado, o por su costumbre de cascabelear las palabras para saber a qué suenan las ideas que dentro llevan, repitió como un eco—que matizara la repetición con distintas inflexiones—: ¿periodista?, ¡periodista!

...—Periodista quiere decir divagador.—Bien, eso ya lo sabíamos. Hombre que anda alrededor del camino.—¿Merodeando?—¿Mariposeando?—Debe ser esto porque este ambular es cosa del alma...

La actualidad y la objetividad

¿Por qué no escribir cosas interesantes, amenas, palpitantes?

(Una pregunta que en segunda persona del singular, le dirigen muchas personas a este divagador y que él ha puesto en infinitivo para que sea menos indicativo.)

Sencillamente, porque no sabe.

Tranquilizada su conciencia con esta confesión, y para no escuchar la reprimenda—«pues, haberlo aprendido»—ni la penitencia—«pues, hijo, si no sabes, aprende»—, pregunta a su vez: ¿por qué no se le han de permitir algunas pequeñas paradojas, por el simple gusto de emborronar unas cuantas cuartillas?

Si no fuera por ciertos razonables sofismas que solemos repetir y por las discretas tonterías que cometemos de cuando en cuando, este mundo sería un tanto aburrido... o sobradamente trágico. Una suave ironía—gimnástica intelectual que entretiene la *souplesee* del espíritu y le impide cristalizar en fórmulas rígidas—basta para poner un poco de divertimiento en la monotonía de esta mascarada. Y una *cariñosa,* frívola, trivial murmuración, desvaneciendo los perfiles rudos, suavizando los ásperos contornos, contribuye a evitar los gestos trágicos, las posturas heroicas, los gritos melodramáticos.

Con tal de no darles un valor trascendente, que nos engañe a nosotros mismos y engañe a los otros, ¿por qué no conseguir estos juegos del ingenio, en que se diluyen tantas cosas románticas del corazón?

En esta *tessitura* del burla-burlando no es difícil deslizar sutilmente algo hondamente sentido y sinceramente dicho, que pueda pasar como pasan las bromas, y hasta ser recibido como algo de buen tono.

Y como la paradoja es un silogismo—carambola del juício—en que por olvido o por humor, por hallarnos distraídos o querer distraer, hemos dejado de tocar un punto; si alguna vez, cansados de mentir con la verdad, deseamos razonarla, con probar, mediante un hábil retroceso, la premisa improbada, habremos salido del paso; y aun pudiera suceder que nos encontrásemos con alguna reunión de términos, como cualquier sesudo personaje o estudiante chambón.

La gracia es eso: una gracia; y quien no la tiene no puede hacer gracia. Si no hemos recibido ese don celestial—y sevillano—en vano procuraremos ser gratos o hacer cosas agradables: nunca lograremos inspirar simpatía ni prodigar amenidad. En esto están conformes todos los autores, y no hay falacia ni paralogismo que valga. La divergencia se presenta al tratarse del interés y de la oportunidad; sobre todo del interés y de la oportunidad literarios, teniendo en cuenta que no todo lo literario es arte bello, o, por lo menos, arte puro, y que no todo lo que se escribe es literario, aunque así se llame por abreviar. Me parece que no se puede ser menos pretencioso.

Hace algunos meses todavía podría enfocar estas cuestiones con alguna *sans façon:* hoy, aunque quisiera, no podría. En aquel entonces hubiera formulado un cuestionario a este tenor: ¿Qué es más interesante, vivir o contar lo visto; realizar o soñar; luchar o contemplar; ganar el tiempo o pasarlo; el hecho o su análisis; la acción o el pensamiento; la realidad o el comentario? ¿Qué es más actual, lo cotidiano o lo temporal; lo habitual o lo extemporáneo; lo que pasa o lo que permanece; el presente o lo pretérito y lo futuro; lo que se reanuda periódicamente o lo que, siendo eterno, nunca se repite?

Esto de interrogar viste muy bien—perdonad este idiotismo del lenguaje, pues yo no sé de nadie que se haya preservado del frío con una interrogación;

¡si fuera con una sugestión! ya sería otra cosa—, es una *pose* muy artística, muy bonita y... muy cómoda, pues así nadie se equivoca. Y aunque se ha dicho: «plantear bien una cuestión es resolverla», como he observado que muchos problemas, al parecer muy bien meditados, no han sido resueltos—y no lo hubieran sido jamás si el tiempo, piadoso a fuer de implacable, no los hubiera disuelto, o la espada, generosa y libertadora, no los hubiera desatado—prefiero tener pájaro en mano...—aunque esto parezca muy positivista a los que sueñan haciendo la digestión en un sillón académico o en una poltrona ministerial—... y luego, por no saber qué hacer con el pájaro o con otra causa, lo dejare volar.

También por aquel tiempo hubiera ganado fácil reputación de *consumido* intelectual con algunas *boutades* que no son sino majaderías y ganas de despampanar y de fastidiar al prójimo. Y hasta intentara demostrar con abundante copia de datos y nimia y circunstanciada estadística, que lo subjetivo es más objetivo que lo que así se llama; o que la realidad es cosa deleznable y sólo tienen valor efectivo nuestras elucubraciones; o que en un telegrama, por lo que tiene de *hinchazón* política, es más individual que un artículo firmado—y en esto quizás no anduviera muy descaminado—; o qué... sé yo lo que hubiera intentado.

Y todo esto sazonado con muchos neologismos, y retorcimientos del lenguaje, y frases truncadas y puntos suspensivos.

(Llevo escritas siete cuartillas, y como contra siete vicios hay siete virtudes, he pensado terminar aquí la primera parte de mi divagación, olvidando que nunca segundas partes fueron buenas, y mucho menos cuando las primeras ya eran malas.)

Esto, lo otro y lo de más allá.

Esto, lo otro y lo de más allá... Podrá parecer el titular periodístico de una serie de informaciones. También podría ser el tema, el lema o el emblema de una elucubración más o menos filosófica. Así sería *esto,* la vida; *lo otro,* la muerte; y *lo de más allá,* lo que viene después de la muerte, la otra vida, la vida que no muere.

Pero esto, lo otro y lo de más allá, es, aunque no lo parezca, la continuación de unos *epílogos,* que no se terminaron, que quedaron interrumpidos porque la vida no es epílogo, sino un renovado prólogo, un preludio y a lo sumo un intermedio. Esto, lo otro y lo de más allá, es todo uno y lo mismo, como decíamos....

Quiero decir que cada loco sigue con su tema, y que nosotros seguimos dando vueltas alrededor... de aquel tema que dejamos sin motivos...

Categorías y postulados

Un periódico a la moderna, que se precie de ser el eco fiel de la opinión pública y recoger todas las vibraciones del vivir cotidiano, no puede desdeñar ninguna de las elucubraciones de aquélla, por metafísicas que sean, ni el más sutil aspecto de la compleja realidad, y mucho menos ese que constituye la suprema realidad de las ideas. ¿Una teoría no es tan real y efectiva, tan *suceso,* como un incendio, un concurso o un *negocio?* ¿Por qué no ha de ser contada y comentada una doctrina, como lo es la reunión del comité de un partido? Todo en este mundo tiene su historia y su filosofía, y ¿una filosofía no ha de tener su historia, no ha de ser noticiada en la gacetilla de un diario?

Cierto que un movimiento intelectual es menos ruidoso que una huelga obrera o una discusión parlamentaria, pero es un *hecho,* que a veces alcanza proporciones de *acontecimiento...,* como la llegada de un ministro. Claro que el modo de dar cuenta de la publicación de un libro o de la verificación de un descubrimiento, no puede ser el mismo que el usado para anunciar una compañía de seguros; pero todo está en el modo, y nada más que en el modo. Y si un poema, un cuadro o unas excavaciones arqueológicas interesan a menor número de personas que una corrida de toros, no es menos evidente, que a dichas personas todo lo que se refiere al espíritu les apasiona más, les interesa con muchísima más intensidad que una jugada de Bolsa a la mayoría de las gentes.

Esto sin contar que del público se tiene un falso concepto aun por aquellos que se dicen sus servidores—editores, empresarios, periodistas y políticos—. Al pueblo podrá no gustarle la forma técnica, sistemática de una doctrina; pero nosotros estamos seguros de que las ideas y las emociones prenden en todos los espíritus... mientras una semicultura no les haya hecho perder su espiritualidad.

He aquí por qué en el periódico que soñamos—*Ahora... Nunc et Semper*—habrá una sección profundamente, elevadamente, sutilmente metafísica. Y en esta sección de «categorías y postulados» publicará de vez en cuando algunas ideas... meditadas según el criterio y método de una teoría.

¡Si uno no es crítico!

Ya lo he dicho varias veces. Que nadie se llame a engaño, pues. Mis notas—éstas, las otras, todas...—son, como mías, intelectuales e íntimas. No les doy, porque no lo tienen, ningún valor trascendental; ni pretendo que interesen, porque las reputo soberanamente inútiles. Pero... Quizás porque no sean «del

momento», ni «impersonales», pueden expresar mejor el ahora y el siempre de un alma sincera.

Para consolarme de algunas antinomias, que me planteó y me hizo sufrir la vida, he ido formando—siguiendo la máxima fichtiana—mi filosofía... Claro, una filosofía muy poco filosófica, como para andar por casa, para tener un pretexto de vivir e ir tirando... Toda esa filosofía gira en torno de dos hechos, que yo supongo bastante generales y que llamaría «leyes», si fuera más perezoso de lo que aparento, a saber: la ley de «las coincidencias» y la ley de «las compensaciones».

Mas he aquí que un chasquear de la lengua—que pudo ser lamento y no llegó a silbo—de aquel mi otro yo, irrumpió este mi metafísico divagar:—Al grano, al grano.

—Tú sabrás que para un buen panteísta, como yo, no hay paja, ni grano. «Todo es uno y lo mismo.»

—Mira, déjate de sofismas. El director del periódico se impacienta y el lector se aburre con estos galimatías...

—Bueno, bueno. Pues yo quería decir que, abroquelándose con aquella filosofía, es muy curioso observar algunas inconsecuencias en que incurren el público y los críticos de los teatros. ¡Benditas contradicciones, porque hacen rabiar a los rectilíneos y encasilladores; pero maldita la gracia que tienen cuando se toman en serio y se quieren pasar de contrabando!

—¿Otra vez? No tienes perdón de Dios, empecatado divagador. Si no puedes concretarte a un punto, ¿para qué pones un título a tus notas?; si no sabes hablar como no uses el verbo en primera persona, ¿a qué escribes para el público?

—Qué quieres: yo soy así.

—Permíteme, entonces, que te considere como un egoísta o, si te place más, como un egotista.

—¿Conque egotista, eh? Vaya, vaya... Una pregunta: ¿Quién te parece más egoísta: quien en la soledad y en el silencio forja su postura y labra su posición y vive sus sueños y sueña su vida, porque le disgusta tener que hablar mal y pensar peor de los demás; o quien, para llegar, sólo se ocupa de los otros y los ocupa en su provecho, y de ellos murmura y los molesta con preguntas importunas o con censuras arbitrarias? ¿Quien sólo habla «en sí» y «por sí mismo»—no «de sí mismo»—impulsado por el relativismo de su pensar *(criticismo)*—que no es el relativismo de su sentimiento *(egoísmo)*—; o quien dogmatiza sobre todo, porque la estrechez de su corazón busca, como compensación, una vaga generalidad para sus representaciones?

Un paréntesis—un paréntesis más, qué le importa a mis lectores—. Yo encuentro una mayor universidad, una más amplia y profunda objetividad—porque son más humanos—en los lirismos de David, de Heine, de Leopardi, de Bécquer... que en casi todos los poemas épicos, con sus octavas reales y todo, los cuales no pasan de ser la historia de algunas individualidades, más o menos heroicas. Yo creo asimismo que realiza mayor labor crítica quien afirma, quien construye una teoría o la practica, que quien se dedica a la cándida tarea de demoler todo lo existente. Por supuesto, que es más fácil ser un Rousseau que un Leibnitz.

Pues, hazte cuenta que si yo hablara, como había intentado, de las inconsecuencias y contradicciones de un público sin ingenuidad y de unos críticos sin crítica, no me hubiera podido limitar a sonreir semejantes paradojas. Y ponerme formal para semejantes bagatelas no es de mi cuerda. Y si me replicas, que para estas digresiones no necesitaba la apoyatura de un epígrafe, yo no sabré qué contestarte, porque di-

ces verdad. Al fin y al cabo, esto se iba a titular Epicrítica de la farándula, y ya sabemos lo que quiere decir farándula: cosa errática, ociante, vahanera...

¡No sabé uno cómo acertar!

Si quisiera dar a este epígrafe la apariencia de una realidad objetiva y actual, no me sería difícil escoger entre los varios hechos—sucesos, acontecimientos...—que a la hora de ahora quedan registrados y comentados o han pasado inadvertidos, uno tan a propósito, que referir el caso con todas sus cosas y soltar semejante exclamación, todo sería uno y lo mismo. De esta manera, lo que yo dijera tendría cierta consistencia, cierto contenido—esa base, ese fondo que han de tener todas las cosas importantes de este mundo—; respondería a un motivo—esa teología que entraña la frase «lo hará con su cuenta y razón» y con la cual hipotecamos todas las humanas intenciones—, y tal vez llegara a despertar algún interés—esa curiosidad con que destrozamos todas las obras, todos los juguetes, que nos regala el destino o nos brinda la vida—. Asimismo, si tal dijera, fácilmente consiguiera renombre de ser hombre de mi tiempo —pensador trascendental, crítico imparcial, expositor impersonal—; ya me propusiera articular lo ideado con lo realizado (comentarista), ya me limitara a informar sobre lo acaecido (cronista, noticiero), ora intentase redactar mis representaciones, ora procurase artizar las acciones de otros. Iten más, prosiguiendo de esta suerte, la dicción de mis escritos quedaría expurgada del egoismo de la primera persona del singular—del orgulloso y soberbio «Yo creo»—y adquiriría la flexibilidad, la modestia del «nosotros opinamos» o la veracidad incontrovertible del «se dice».

En tal supuesto, lo que yo dijera sería un artículo, una crónica, una información...; cualquier cosa, todo menos lo que es: una divagación. Y acaso con un po-

quitín más de actualidad o de objetividad—con no haber deslabonado tan pronto el encadenamiento de las ideaciones—mis divagaciones, dejando la aérea serenidad del ensueño, perderían lo único que yo puedo darles: sinceridad. Por eso prefiero seguir como hasta aquí.

En fin, un día una cuartilla, otro día dos, hoy cuatro, he llegado a escribir, sin exponerme al desencanto de una forzada y esperada «segunda parte», aquellas siete cuartillas de la continuación prometida, que pesaban sobre mi alma como la mano desposada de la leyenda becqueriana. Y, cumplida la promesa, podrá el ánimo, libre y ligero ya, cual una conciencia confesada, recorrer el otro camino de la bifurcación, que siempre supone el «no sabe uno cómo acertará».

No tendría nada de particular que este otro camino lo hubiesen recorrido ya muchos de los que leyeron el enunciado de estas líneas, y quizás lo hayan abandonado al ver que mi anterior digresión no se acordaba con lo que su imaginación les ofrecía. Y es muy posible que, allá en su fuero interno, lamentasen que este no fuera un periódico ilustrado para que el ingenio del caricaturista les regocijase con las siluetas de una romántica damisela, de un cursi empleadillo, de una jamona emperifollada, de un caballerete recoquín, de una oliscadora portera o de un mozo zampatortas que, con los brazos lánguidamente caídos o indecisamente cruzados, las manos entrelazadas o desmadejadas, mustio y alargado el rostro, lánguida la mirada, expresasen el cómico, triste, ridículo e imponente abatimiento de los seres que han tenido que exclamar más de una vez en su vida el «no sabe uno cómo acertar».

Parte, porque llegaría tarde; parte, por la piedad que me merecen todas esas desgracias que hacen reir, todos esos dolores que son objeto de burlas, yo no quiero andar este sendero. Y parado de nuevo ante

la cruz del vial, me contentaré con preguntar. ¿Preguntar? Para qué... Si *antes*, se han de encoger de hombros, o harán que nosotros nos encojamos; si *después*, han de fruncir el ceño o harán que nosotros lo frunzamos. ¿Preguntar? Para qué... Si sé de cierto que mis preguntas no hallarán otra respuesta que la respuesta que el eco les dé.

¡Aunque uno no sea bibliófilo...!

El libro perdido, y hallado... en «el Jueves»

—¿Adivináis el cuento?—Seguramente...—¿No?...
—Pues, escuchad:

Erase un libro... No. Erase un hombre... Erase un hombre que tenía la funesta manía de leer, y de leer libros que él comprara; porque a la nefaria pasión por los libros añadiría el inocente prurito de proteger a los que de los libros viven. Pero como estas costumbres vitandas suelen derivar hacia esa cándida cursilería que se llama «difundir la cultura», el susodicho señor adquiriría bien pronto el feo vicio de prestar los libros que comprara. Y como en este mundo de *vivos, tilingos* y *locos lindos*, el número de los tontos es bastante infinito, aquel buen señor—y ya sabéis cuánta picardía hay en esta sencillita anteposición del adjetivo *bueno—;* aquel buen señor iría desperdigando por ahí la biblioteca que con tanto *amore et labore* lograra reunir.

Hoy, sería uno de esos que piden novelitas que puedan leer señoritas—una amiga suya, su novia, acaso—; porque es lo que ellos dicen: «nuestras novelas tienen demasiada *médula* para ser leídas por muchachas»: y, además, porque es muy distinguido regalar cosas ajenas.

Mañana, en vez del frívolo, veriais al sesudo; y éste os pediría, con cierto aire petulante, un tratado

doctrinal: «para evacuar una consulta, sabes, enseguida te lo devuelvo»; y luego ¡enseguida lo devuelve!

Ayer, tal vez escucháseis aquello de: «hombre, ¿tienes por casualidad (esto de la casualidad es una muletilla para no reconocer nuestra propiedad), los *apuntes* de don Fulano de Tal?, porque, la verdad sea dicha, ya no estoy acostumbrado a tomarlos... Y, apropósito, a ver si encuentras un libro de amena y vaga literatura... ¡Se hace tan pesada la clase de don Fulano de Tal!»

Y hoy como ayer, y mañana como hoy, no pasaría día, o no andaría muy lejos aquel, en que tendriais que decir «adiós» a una de esas cosas foliadas, que los hombres llaman libros, quizás por un vago remedo del «*libera nos Domine*».

Decíamos... (Esta es otra muletilla para hilvanar lo desglosado). Decíamos que el número de los tontos es bastante infinito. Pero el de los *vivos* es una barbaridad de infinito. El *vivale aprovechatis*—como llamaría un Linneo de menor cuantía a esta variedad de la especie... antropológica—tiene caracteres inconfundibles. El *vivale aprovechatis* es un furibundo enemigo de las manos muertas, y por ende un acérrimo partidario de la desamortización. «Una biblioteca es un algo muerto. Una biblioteca llena de libros es una cosa vacía de sentido. Un libro guardado es un libro apolillado. El libro se ha hecho para ser hojeado, ojeado y deshojado. Un libro que pasa de mano en mano... no puede caer en las nuestras. Una biblioteca debe ser una cosa *viva*». El *vivale aprovechatis* no cree en la propiedad... ajena... Aunque suele renegar del colectivismo, no acierta a distinguir con precisión entre lo *tuyo* y lo *mío;* y no es de extrañar que se arme un pequeño lío con ambos conceptos, cuando trata de poner en práctica el principio jurídico de la restitución *in integrum*.

Si un día tuvisteis la debilidad de prestar un libro a uno de estos tales, yo os aconsejo que no se lo reclaméis, aunque os hiciera muchísima falta. Por no ver la cara que os pone—como si el libro fuese suyo, y no vuestro, y vosotros fuéseis unos vivillos—podéis dar cualquier cosa, incluso comprar un nuevo ejemplar, aunque tuviéseis poquísimo dinero. Porque esta es otra. El *vivale* supone que todos son de su condición, y que nadie ha tenido que apoquinar sus pesetejas, para poseer un libro con la conciencia tranquila.

Y si por ventura adquirísteis esa grave enfermedad que se denomina «escribir y publicar libros», el *vivale* os pedirá un volumen, no por el gusto de leerlo, que eso no se ha hecho para él; sino por el hábito de pedir. Pero si él tuviera una tienda de cualquier cosa —y él hace mercadería de todo—; y tuviéseis la humorada de entrar en ella, y preguntáseis:—¿Cuánto vale este par de zapatillas?—...—¿Tres pesetas? Bien. Tome este libro: vale 3'50; conque cóbrese y deme la vuelta—; el *vivale* tendría la desfachatez de llamar a un guardia y de meteros de cabeza en la casilla.

Un jueves, en la feria de este día, el señor de mi cuento, sufriendo empellones, sorteando los aludes de la multitud, pararíase ante un puesto de libros viejos. Con el corazón palpitante, como en un renacer, cogería un libro bastante nuevecito; lo abriría, sin querer abrirlo, como temiendo una desilusión; y en la anteportada, mejor dicho, en lo que de ella restaba, vería aquel trazo largo de la curva rubricante de su *ex libris*. ...Y luego devolvería el libro al montón. Y se marcharía. Y no habría nada... ¿Nada?

...Y cuando fuera para su casa iría pensando en poner a la puerta de su biblioteca un amplio cartelón que dijera, con letras de oro sobre fondo azul:

«Contra el vicio de pedir, la virtud de no dar».

«No se prestan libros».

...Y cuando a su casa tornara, hallaríase allí con un su amigo, que de esta manera le hablaría:—Me parece que has escrito algo sobre el libro de Zutano. —Sí, creo haber escrito algo sobre su último libro de poesías. Es una preciosidad. Verás.—¿Haces el favor de prestármelo?—Pues no faltaba más... Pero...—Pero ¿qué?—Nada, nada... Tómalo.

Las ironías que nada resuelven

Una divagación más

—...Qué importa al mundo.—¿No es verdad?

—Todo el mundo me lo dice; yo también lo considero:—Tu amigo debe de estar... Dice y hace unas cosas...

—Qué quieres. Cada uno es como Dios lo ha hecho; y nadie da lo que no tiene.

—Conformes. Pero es que tú no haces más que soñar. ¿Es posible eso?

—Pues ya lo creo que sí. Y, para que veas, yo quisiera soñar todavía más, soñar mucho, soñar siempre; convertir la vida en un bello sueño, y hacer que todos los que amo y todos los que no conozco participaran y gozaran de él. Todos esos puntos suspensivos que esfuman mis frases, dejándolas flotantes, sin contornos precisos, inacabadas, no son sino escapadas...

—Oye, hazme el favor de dejarte de sofismas. Lo que estás diciendo, como *pose,* es perfectamente *demodé;* y, por lo demás, tú recordarás aquello de: «*ce que l'on conçoit bien, s'enonce clarement*».

—¿Qué pretende demostrarme con eso, que yo concibo confusamente? Pues, suponte que sea así: y, ¿qué?... Bueno, no quiero discutir. Las discusiones son estúpidas, sencillamente estúpidas; nadie convence a nadie; nos convencemos nosotros mismos...

cuando nos queremos convencer. Por otra parte, tú y yo sabemos muy bien aquello del *color del cristal.*

—A propósito de Campoamor. ¿Tú crees en lo que escribes?

—¿Y por qué no? Si no creyera ¿para qué iba a escribir?

—No, nada. Lo decía porque como tú pones siempre un dejo de ironía en todas tus palabras...

—Hombre, te diré, te diré... Que mi espíritu guste de las paradojas locas, de las ironías punzadoras, de los humorismos desconcertantes, de sacrificar unas cuantas lágrimas a un chistecito descoyuntado y de tomar a broma todas las cosas serias y formales—entre ellas la política—de este mundo majadero... no es para negar que allá dentro, muy dentro, tenga un rinconcito. ¿Me entiendes?

—Sí, sí; claro que sí. ¿Y tú esperas que esos sueños se realizarán?... No te lo pregunto a humo de pajas... En secreto, y aquí para *inter nos*—sin que nadie se entere, porque no me gustan las confidencias sentimentales—te confieso que, así como tú, bajo la máscara arlequinesca, ocultas los ensueños y los amores, bajo este mi aspecto huraño, antipático y frío, sé también del ignescer de la pasión y del flamear de las quimeras. Pero yo no espero que se realicen nunca. Eso tienen de bueno—o de malo—mis ensueños: que son desinteresados.

—Antes pensaba lo mismo. Hasta me parece recordar un articulillo en que fustigaba a los *anunciadores de panaceas,* a los políticos de mítines, voceadores de utopias. Esto pasó. Mi pensar actual es otro.

—Pues el mío, no. Si en algo ha variado ha sido a la inversa; y no por antítesis, sino por evolución. Considero como completamente diversos y antagónicos el mundo de la práctica y el de los ideales. En el mundo de la *voluntad* no hacemos más que sufrir; en el de la *representación,* podemos consolarnos.

—Ahora es a mí a quien toca volver la oración por pasiva. Eso que dices será muy bonito, pero ha pasado de moda. Y, sobre todo, detesto cordialmente todas las clasificaciones, todos los encasillamientos, todo lo que sea fraccionar la vida. En vez del «divide y vencerás», propongo el «suma y gozarás».

—No olvides que la vida es lucha, y, como tal, vencimiento y derrota; y que «los sueños, sueños son». Los que prometen poner por obra magnos proyectos resultan unos ilusos o unos embaucadores. En la imposibilidad de vivirlos en toda su pureza, unos se llaman incomprendidos, y otros transigen, se acomodan, se aburguesan.

—¿Es que tú no crees que hay poesía, infinita poesía, en ese lento sacrificio que nos impone la vida cotidiana, cuando la cultivamos amorosa y cuerdamente, para vivirla tranquilamente?

—¿Cómo no he de creer en eso, si yo amo las cosas sencillas, los seres humildes, las «almas anónimas»? Censuro a los tales regeneradores, porque no sueñan de verdad, porque llevan la ilusión en la boca y no en la fantasía y en el corazón. Son los sueños demasiado sublimes para ser articulados, demasiado vagos para poder cristalizar.

—Precisamente por esto es por lo que yo espero que se realicen, que se incorporen a la vida. Esta no admite fórmulas rígidas, concretas, definitivas. Y te advierto que hablando de ella, no debes emplear la voz cristalizar.

—A que va a resultar que, según tú, viene a ser lo mismo vivir que soñar.

—Tú lo has dicho. Nuestras ilusiones podrán ser reales, porque ya lo son y porque deben serlo: tienen la realidad de nuestra mente que las ha recreado, la realidad de toda proyección de nuestro espíritu, de todo espejismo de un mundo mejor. Debemos infuturar siempre, siempre, aunque el porvenir dé otras soluciones a nuestras esperanzas. Si no gozamos de

la vida, es porque no *sabemos* soñar, y si no amamos los sueños, es porque no *sabemos* vivir. No hay idea, por insignificante que parezca, que no pueda transformarse en el ideal de una vida; ni acción, por inútil que sea, que no encierre el germen de una vida ideal.

(En Sevilla, cuando no sabía si marcharme o tenderme... y recordé que hace tiempo había escrito esto.)

Yo no quiero ser literato

«Yo no quiero ser cómico»
«¡Quién no supiera escribir!»

Ante todo, ¿qué es lo literario?, ¿qué es la literatura? Y después de todo, ¿qué nos importa lo que una y otra cosa sean? Fuera esto un libro de texto o un tratado doctrinal, y me faltaría tiempo para dar una definición. Pero una definición no sirve para nada. Es decir, como servir, sí sirve; para lo que no sirve es para aclarar lo que ya sabíamos intuitivamente o para explicar lo que todavía no hemos estudiado. Una definición no puede darnos a conocer la esencia de una cosa, la *cosa en sí,* porque ésta debe quedar fuera de ella, ya que según la regla de la lógica, «lo definido no debe entrar en la definición». Además, ya decía Leonardo de Vinci: «definir es limitar». ¿Y quién se siente capaz de poner puertas a este campo de la fantasía y de la emoción, que es el campo de la *gracia* y del arte? No definamos, pues, la literatura. Tengamos consideración con ella. Al fin, tiene un nombre femenino. La literatura podemos considerarla como un arte, como un artificio, como un oficio, o tomarla a beneficio de inventario. Lo primero y lo tercero—el arte y el oficio—dependen de algo superior o de algo exterior al hombre, que, por nombrarlo de algún modo, denominamos respectivamente: don divino (una *gracia),* y contingencia del destino (para algunos, una desgracia, en el buen sentido de la palabra). Lo segundo—el artificio—...*anathema sit...* «Y sin

falsía, y sin comedia y sin literatura» debemos escribir. Y no digamos nada de quien hace literatura de su vida o de quien cree que vivir es una cosa literaria. Lo último, es decir, tomarla a beneficio de inventario, no es tomarla a guasa, precisamente, aunque lo parezca. Pero la literatura mirada a este viso casi no lo es. En rigor, no lo es. Y gracias a esa flexibilidad de las palabras podemos entendernos y vivir; que si no, habría que pensar en inventar otras más apropiadas; y entre buscar la palabra adecuada y hallar la idea precisa, esta vida sería el cuento de nunca acabar.

La literatura, tal como la estamos tomando, es el escribir por escribir, el hablar por hablar, el cantar por cantar... y hasta el leer por leer. ¿Hay cosa más natural? Y esto mismo, cuando además tiene *gracia,* ¿no es el arte literario más puro, el arte literario por excelencia, el *summum* de la literatura? Pues bien; los señores formales—que, como lo indica su mismo nombre, son los más superficiales—llaman a esto parlería, gregueria, galimatías, cosa deleznable, sin sentido, sin substancia... ¡Habrá que ver la substancia gris que tienen muchos de estos señores! Si no fuera por mi horror a las explicaciones—a recibirlas y a darlas, se entiende; porque yo estoy con el afán de explicármelo todo—, ahora mismo les demostraba como 2 y 2 son 22, que precisamente, lo único que no es pedantería, ni pastelería, ni latería, cosa vacía o faramalla, es el cantar por cantar, el leer por leer, el hablar por hablar y el escribir por escribir. Y cuando sentimos un inmoderado afán por comunicarnos con los demás, y no somos oradores, faranduleros ni mercaderes, y no nos distrae el tresillo ni el billar, y no nos atrevemos a meternos en un aeroplano, ¿qué nos queda sino escribir? Escribir... y a lo más transcribír o describir: porque quien escribe jamás podrá inscribir (en el registro de la propiedad), ni suscribir (una acción mercantil), ni prescribir, ni proscribir...

porque el escribir no da ni propiedad, ni autoridad, ni tranquilidad... ni nada. Escribir... escribirlo todo, hasta lo más frívolo, hasta lo más íntimo. Escribir... para darnos cuenta de lo que pensamos y de lo que sentimos, de lo que nos impresiona y de lo que nos pasa, de lo que nos conmueve y de lo que nos pasó; para desahogar, desentrañar, calmar, consolar, concretar, olvidar, recordar. Es verdad que la palabra vuela, como la vida; pero lo escrito se rompe, se quema, o se... publica. Es lo mismo.

El escribir por escribir es una cosa natural «y sin falsía, y sin comedia y sin literatura». Bien. Pero el escribir por escribir es una cosa sin sentido común. Mas como éste es un sentido sin sentimiento, un sentido muy poco sentido, y además es muy poco universal, muy poco humano, cabe imaginar que el escribir por escribir debe tener algún sentido. Y como no sabemos qué nombre darle, decimos que es un sentido figurado. Un poco contradictorio resulta eso de ser una cosa natural y tener un sentido figurado. Pero, qué le hemos de hacer. Así es el mundo..., o mejor, así lo han hecho los hombres. Sin embargo, no conviene desesperar. Quizá cuando menos lo pensemos podamos, ya que no deshacer el *imbroglio,* al menos, escapar por la tangente... y exclamar: ¡señores, ahí queda eso! Mientras tanto, prosigamos. Escribir por escribir... y para uno mismo, es fácil, relativamente fácil; es hasta una necesidad, cuando el escribir es la única manera de hablar, de expresar lo que ideamos y lo que vivimos.

Y el publicar? ¿Hay derecho para ello? ¿Se puede, se debe publicar todo lo que se quiere, sobre todo cuando quien escribe no es artista y escribe sin artificio, y no lo hace por oficio, y cuando lo escrito no tiene sentido... común? ¿Y cómo podremos saber si lo escrito es publicable, antes de desdoblarnos por la autognosia, y de ser testigos, fiscales y jueces de lo que nosotros producimos como artistas, artífices o

artesanos? ¿Cómo nos convenceremos de si una cosa vale la pena de ser publicada si no se publica? Antes de desdoblarnos para la autopsia, ¿cómo averiguar cuál fué el veneno del arte que mató nuestra libre espontaneidad?

El autor, el público y el crítico... He aquí la trilogía... del proceso dialéctico de la *idea*. ¿Y qué es el público? ¿Y qué es la crítica? *Ignoramus et ignorabimus*.

Hay cosas—¿tan simples o tan laberínticas?—que por más vueltas que les doy, nunca logro descifrar. Muchos años llevo andando por el mundo, postulando, por Dios y en caridad, el sentido—exotérico y esotérico—que deben de tener algunas frasecitas. Cuando se «habla en nombre de la Crítica»—de la Ciencia, de la Moral, de la Justicia..., y otras letras más o menos mayúsculas—y cuando se «quiere contentar al público»—servir al procomún, sacrificarse por la colectividad...—¿qué se quiere significar? No comprendo las abstracciones... sobre todo cuando son capa de egoísmos muy concretos y muy tangibles. Y conste que quien tal confesión hace no es un fiero *nominalista* de la Edad Media o un *realista enragé* de la Moderna, sino un *realista* medieval, que es ser un *idealista* platónico y contemporáneo. Pero me parece un poquillo extraño «hablar en nombre de la Crítica», cuando quien habla es un fulanito muy particular, que por arte de birlibirloque se erige en infalible e insufrible doctor; y no me satisface del todo aquello de «querer contentar al público», cuando todos sabemos qué es lo que se pretende contentar.

El decálogo de los que escriben

Así predicaba un sujeto que no pudo ser verbo y se quedó en predicado:

1.º Lo que no se debe decir... no se debe pensar.

2.º Lo que se debe decir... se debe decir públicamente.

3.º No se debe decir... lo que no se ha pensado. Lo que no se ha pensado... se debe pensar.

4.º No se debe decir... lo que ya está dicho. Lo que ya está dicho... se dejará como dicho.

5.º No se debe decir... lo que no se puede hacer. Lo que se puede hacer... se hace y nada más.

6.º Se debe decir... lo bueno que otros han hecho y lo malo que nosotros hemos hecho.

7.º Se debe decir... lo que no se debe hacer, para que no se haga.

8.º Se puede decir... lo que no se puede hacer.

9.º Lo que se quiera decir... se debe decir bien.

10. Lo que se puede decir... se debe decir brevemente.

Estos diez mandamientos se encierran en los tres siguientes:

1.º La falsa modestia es enemiga de la verdadera sinceridad.

2.º Toda murmuración es vana.

3.º La familiaridad es el simulacro de la confianza.

"El sentido sin sentido"

(Los excéntricos musicales se dan una vueltecita por la pista del sentido).

I

El *sentido* no es sensibilidad, ni sentimiento, ni inteligencia, ni entendimiento, ni voluntad; no es razón, ni sensación... Y hace de todo. ¿Qué es? Esto parece una adivinanza... Una adivinanza que hemos leído en la hoja suelta de un almanaque, tan llena de melancolía como una «hoja del árbol caída»... Dice «la solución, mañana». Pero, ¿cuál mañana será esa?

El *sentido* no piensa; y, sin embargo, entiende, critica, interpreta y discierne. No quiere, ni ama, ni realiza nada: y no obstante, dice cómo se deben ejecutar las cosas. Es como aquel exiguo espíritu, como aquella *animula* de que nos habla D'Annunzio. Y viene a ser en la constitución humana algo así como el ministro de relaciones exteriores; el que parece más universal, y es, por lo mismo, el más formal; el que más se preocupa, y el que menos hace; el más exterior, y el que menos debe extralimitarse; y así se dice que «no tiene sentido» del hombre que «está fuera de sí». Es el alma su reina y señora; son los sentidos sus embajadores. Y él... él debe limitarse a ser lo que es, un ministro responsable. Y así podía ser un «sentido recto», un «buen sentido»; y si es discreto y es activo y contribuye a mantener la paz y buena armonía en las relaciones del hombre, merecería ser llamado «sentido práctico», «sentido real». Pero si con predicaciones *comunistas* halaga a las pasiones, y las lleva a la revolución y origina la anarquía; y luego de demagogo se erige en tiranuelo—como otros muchos—y se hace llamar *Don Sentido Común,* ¿no es motivo suficiente para condenarle a muerte en nombre de la razón ultrajada? Y si por debilidades de los unos y habilidad de los otros, o por comodidad de muchos y maldad de algunos, o por fatalidad de los hechos consumados, no pudiera cumplirse sentencia tan justa, ¿por qué regla de tres, en un régimen que se intitula demagógico y libertino, se habría de coartar la libertad de los que no piensan ni sienten como él? ¿Por qué se les habría de impedir que manifestasen públicamente su descontento e hicieran ostensible su manera de ser en la forma que mejor quisieran, por paradójica o humorística que ésta pareciera? Y si estuvieran observando que la mayoría—la fuerza bruta de la mitad más uno—se figura que las cosas son como a ella le parecen y establece como norma de conducta lo que a ella conviene, y en vez de abrir su

cabeza y su corazón a los ideales más elevados, tratara de imponer los suyos con una brutal intolerancia—la del número—, ¿qué recurso le queda a esa minoría sino emplear contra los sofistas de la verdad y del bien, el método socrático de la ironía?

¡Caramba! ¡Pues no me he puesto serio por una cosa que no tiene sentido! Y no vayáis a creer... Esa minoría tiene tantos defectos o más que aquella mayoría. Pero la cuestión es protestar, que es a lo qne estamos...

Y, sin embargo, ¡si supierais cuántos beneficios han prestado a la humanidad la humorada, la ironía, la paradoja, el chiste, el retruécano, las charadas, los colmos... y demás excéntricos musicales de la compañía internacional coreográfica, funambulesca y malabar del ingenio y del humor! ¡Cuántas guerras se evitarían si los hombres pudieran deshacer en los juegos artificiales del intelecto, todas las energías salvajes que dormitan en su interior de personas cristianas y civilizadas! ¡De qué manera tan sencilla, tan amable, tan aristocrática, tan elegante, tan sonriente, tan griega... y tan sevillana, podrían irse desvaneciendo los odios, y realizándose los sueños, y muriendo las envidias, y naciendo las quimeras y fundiéndose en un abrazo—hermoso como una apoteosis—las tradiciones y las utopias...!

¡Vaya! Otra vez... otra vez me he puesto serio, y lo que es peor, sentimental. ¿Qué mosca..., mejor, qué palomita blanca habré visto revolotear?

En cuanto he oído la sonería de los cascabeles, y el repiquetear de las campanitas, y el tintinear de las copas de cristal, y he visto los vivos colores, y el danzar arlequinesco y las descoyuntadas piruetas de los excéntricos musicales, mi espíritu niño ha empezado a palmotear, a reir, a brincar de alegría...

II

—¡Míralos, míralos cómo saltan y cómo chillan! Nadie diría, al verlos, que tienen corazón, que aman y sufren...

—...

—Y no creas, amiguita; son hombres como los demás. Y lloran como nosotros; como tú y yo lloramos.

—...

—Mira; aquel chiquitín, agudo y retorcido como un retruécano, como un bufón de una edad principesca, es el que cascabelea las palabras, para armonizarlas según el sonar de la idea que dentro llevan.

—...

—Este otro, que está al lado de todos los demás, ataviado de tan estrambótica manera, con un gesto distraído y displicente, que toca el violín, y parece tocar el violón por lo que desafina, no vayáis a creer que desentona. Fíjate, y verás cómo logra acordarse con todos y cómo sin él ninguno podría llevar el compás... ¿Sabes cómo se llama? Baltasar Gracián hizo su elogio... Se llama Paradoja...

—...

—Pasa por alto todas esas comparanzas que están en el medio, como llenando un hueco—adivinanzas, acertijos...—que tienen la petulancia de todo lo rebuscado; y pára atención, sin que él lo note, en aquel que permanece sin chistar, mirando sin mirar... al público, con el gesto señero de un árabe o de un andaluz. Es el de las ocurrencias, el de los piropos, el de las gracias espontáneas, el de la buena sombra, el que tiene ángel y sal y sabe echar flores a las muchachas bonitas, como tú. El de la guasa viva, el de las hipérboles... sin colmos... Exajera un poquito, pero nunca miente, y si miente es como este nuestro sol que di-

lata las cosas y engrandece los seres con la gloria y la aureola de su luz.

—¿Y aquél de ojos tan tristes y de labios que quieren reir; de frente tan ancha y cuerpo tan débil; que siempre está inquieto y nunca se mueve; que toca la flauta, por casualidad, y habla tan bajo que nadie se entera de su pensamiento?

—¿No lo conoces, no lo recuerdas? Es de muy noble alcurnia, de rancio linaje, y el glorioso historial que azuló la sangre de sus venas se ostenta orgulloso en dorado blasón. Si tú no fueras una niña, y una niña tan bonita, si tú fueras uno de esos pedantes que no vienen al circo, porque esto es cosa de chiquillos, yo te citaría los timbres de gloria que atesora, la brillante legión de sus antepasados que han inmortalizado su nombre. Empezaría por Sócrates... y al final te hablaría de un libro moderno: «La morale de l'ironie» de Paulhan. ...Pero... Perdóname... Estaba divagando.

—...

—¡Qué lástima! Ya se van... Hablando, hablando, se nos fué el santo al cielo. Mas no te importe; otro día vendremos, y te los seguiré mostrando.

—...

—Es verdad. Sí. Ya lo he observado. Los excéntricos no gustan a los que tienen sentido. ¡Y yo que creía que aquéllos, y no éstos, tenían el verdadero sentido, el sentido del sentimiento!...

II.—DEL ESPECTÁCULO

(Informaciones)

Ahora quiero aparecer como soy. Admirador de todo cuanto hay de bueno y de bello en este mundo y en los otros, en la naturaleza y en el arte, así en la vida cnmo en los libros.

Nada de murmurar de los hombres y de sus cosas —como suelen hacer los provincianos y los cortesanos; nada de murmurar de las obras de Dios—como han hecho los filósofos que en el mundo han sido.

Ahora quiero recordaros la honda emoción que sentí contemplando algunos cuadros de la vida que artizaron—esto es, que transmutaron en representación y nos ofrecieron en espectáculo—algunos ingenios, por el hechizo de su magia.

De la escena española contemporánea

El cielo de los crepúsculos

¿Sabéis de algo más pleno de íntima, de intensa poesía que un crepúsculo otoñal? ¿Habéis conocido —y amado—una de esas mujeres, atrayentes y misteriosas, cuya belleza comienza a declinar? ¡Oh, augusto Vendimión, el de las supremas justicias, el de las supremas reconciliaciones, fruto bendito de los nazarenos renunciamientos que hicimos al curvar la parábola de nuestra vida!...

«Doña María, la Brava»

Marquina—el poeta de los castos hogares y de las austeras virtudes ciudadanas—, que nos mostró

al Cid en el otoño de su gloria, en el otoño de sus tranquilos afectos y tiernos amores, nos ha conmovido ahora con la trágica y triste visión crepuscular de la Castilla medieval; de aquella—y de esta nuestra—Castilla «que faze los homes y los gasta».

Y en aquella decadencia, como en todas, donde sólo florecen puros los espíritus niños de los poetas y de los pajes (Juan de Mena y Morales), de las mujeres y del pueblo—que son los que, como siempre, anuncian y preparan el porvenir—es el pueblo quien, con el corazón de una rica hembra y el talento de un condestable, triunfa sobre un rey sin realeza y una nobleza sin nobles.

Notad que el poeta—como si se anticipara a la mucha lectura improvisada de los críticos y a la muy poca del público—ha subtitulado su obra «Romancero dramático», para indicarnos el carácter poemático y legendario de su drama. Con ello nos ha querido decir: No busquéis en mi romancero la historia muerta de los eruditos, de los documentos escritos, sino la historia viva, palpitante, que perdura en nuestros corazones y sabe evocar la fantasía de los poetas. Y porque no siempre lo más exacto es lo más verdadero, yo he sacrificado algunos detalles al conjunto y más que de reconstruir mecánicamente he cuidado de rememorar cosas que fueron creando, forjando la Historia con los eternos sentimientos del hombre.

Y en verdad que Marquina ha bordado un drama universal y humano, sobre la trama de lo histórico. Para ello no se ha limitado a dar nombres pasados y reproducir lugares y acciones que narran las crónicas—lo cual sólo sería como un toque de atención para transportar las mentes espectadoras a la época evocada—, sino que ha hecho vivir a sus personajes tal y como debieron vivir en aquel medio ambiente.

El drama—que a veces llega a los linderos de la tragedia—es profundamente humano. Es drama de odios y de amores; de crímenes, de venganzas, de sa-

crificios. La justicia que una madre pide y quiere hacer por la muerte de su hijo; un amor que todo lo arrolla por obtener una imagen de la amada, y otro amor que lo sacrifica todo porque un soplo trágico y fatal le ha hecho ver la vanidad de las cosas humanas, y quiere obtener así, por la expiación, la gloria de su amor.

Todo esto sobre un fondo de violentos claroscuros. Un rey-poeta, cansado de ser rey; y una reina, que para serlo todavía más, intriga contra su encumbrador. Privados y nobles..., como han sido muchas veces los nobles y los privados: conspiradores y aduladores. Juglares y bufones, con Antón de Montoro a la cabeza, que llevan sus burlas y cascabeles hasta lo más sagrado: el dolor y la mnerte. Una corte que sólo piensa en fiestas y en rimas.

Por eso se apartan de ella las almas que no saben doblegarse o que en ella no pueden respirar: Doña María la Brava, con sus pajes, con sus damas: Juan de Mena—el poeta de alma delicada—y Morales, el fiel servidor de don Alvaro. Por eso cuando la corte llega para unas vistas al castillo de la ricahembra, el pueblo advierte por boca de una mujer sencilla, que por muy alto que el rey esté, si justicia no hiciere, rey no será.

El drama surge de una manera originalísima, sin preparación. Y esto que muchos han censurado como un defecto, lo estimo yo como un gran acierto del artista.

El drama termina con un hondo simbolismo. Y el símbolo, como el misterio, no se deben explicar: son inefables.

Eduardo Marquina, el poeta ciudadano de nuestros días, ha tenido el acierto de dramatizar dos momentos crepusculares de la Historia de España. Intuición de poeta ha sido la suya. Hay en los crepúsculos—de una clara y fresca ingenuidad auroral, de

una serena y profunda melancolía vespertina—un atrayente misterio, el misterio inquietador que invita a pensar... sin pensamiento; un invencible encanto, el encanto inefable de lo que aún no es o ya ha sido. Y sobre todo, los crepúsculos que son ocasos, y ocasos de días espléndidos—atardeceres nostálgicos de jornadas de gloria, que ostentan la triste majestad de reyes desterrados—. Y sobre todos, el ocaso de aquel sol que nunca se ponía...

«En Flandes se ha puesto el sol», «Por los pecados del Rey»... es la España de los Austrias la que declina. En «Doña María la Brava», la Castilla de los Trastamaras.

Una curiosa analogía nos ofrecen los reinados de don Juan II y de Felipe IV... Epocas cortesanas y poéticas de validos y privados (don Alvaro de Luna y don Rodrigo Calderón, el Marqués de Santillana y el Conde-Duque de Olivares); de torneos poéticos y justas caballerescas; de «academias», corridas de toros; de trovadores y comediantes; de galanteos y conceptismos; de florecimiento literario y ruina económiba; de esplendor artístico y decadencia política... Tras don Juan II, Enrique IV, el Impotente; tras Felipe IV, Carlos II, el Hechizado; y luego un hondo cambio de dinastía en el reino...

«El centenario»

Tienen los viejos—los viejos que saben sentir la augusteza de su ancianidad—un encanto indecible, misterioso, una como aureola de respeto, de simpatía... Llevan en los repliegues de su alma—surcos que en ellos el tiempo trazara—todas las resonancias, todos los ecos que recogieron en su pretérito vivir, como los caracoles marinos, en sus concavidades, todas las infinitas voces del Océano.

De ahí la extraña fascinación de los recuerdos... A mí me atraen, no por lo que tienen de reliquias, sino

por ser los presentes de otras edades; no por lo que conservan, sino porque me hacen revivir y soñar.

Los viejos, de que os digo, sólo saben hablar; tal es ya su único hacer. Sólo por la palabra viven. Todo en ellos es palabra, y nada más; palabras de resignación y consuelo, de tolerancia, de perdón. El crisol de la vida, con sus tristezas y con sus lágrimas, ha ido depurando, sutilizando, espiritualizando la materialidad de sus acciones; de ellas sólo conservan la interna melodía como una música lejana, como una bella y recóndita canción... La experiencia hízose filosofía; los dolores, armonía; el acto transformóse en verbo.

...Y una «mañana de sol», dos espíritus, en la sol tería de sus inviernos, pudieron amicalmente recordar y departir de un amor errante, viajero, al que tal vez dijeron adiós una mañana, tras una noche de ensueño «a la luz de la luna».

...Y en la fiesta de su «centenario», un padre de abuelos, cual anciano varón de la Biblia, quiso cobijar, con la añosa sombra de su piedad y de su optimismo, a todos los que engendró su amor a la vida y su esperanza en Dios; a todos...; a los que por vivir tenían todavía que luchar y estorbarse; a los que por jóvenes habrían de amar y soñar y peregrinar, y a los que por viejos temían la muerte, a los que quedaron pobres y a los que se hicieron ricos; a los que por desgraciados la sociedad los apartó de sí, y a los que por desengañados o por muy ilusionados se apartaron del mundo; a todos...; aun para los que murieron no faltaron flores en el camposanto; a todos...

¡Oh, adorable y celestial quimera, que llevamos dentro cuantos infuturamos utopias!, ¿qué santo, qué divino milagro te trajo a la tierra? El santo, el divino milagro de las palabras de un viejo, que por haber amado y esperado mucho, vivió mucho; que supo decir a todos palabras de resignación y consuelo, de tolerancia y perdón; que supo ver y hacer que otros

viesen «la lucecita» de la esperanza; que supo escuchar y hacer que otros escuchasen la «voz» del amor, la voz fecundadora del *genio de la especie*—¡quiero vivir!—. Estas frases profundas, trascendentales, de hondo simbolismo, de marcado sabor schopenhauriano, ¿qué os dicen, qué os rememoran?

¡Abuelita tradición—mi buena abuelita—, ya voy comprendiendo cuál era tu sagrada misión en aquellas horas en que nos congregabas—a nosotros, los niños—para contarnos, al calor del hogar, fábulas, consejas, cuentos de encantamientos y de hadas!

En aquellos momentos, momentos de santa Pentecostés, tus palabras—que eran la vida hecha verbo—descendían sobre nuestras imaginaciones infantiles cual lenguas de fuego; e iban despertando en nosotros la llama de las bellas ilusiones, de los grandes ideales, de los deseos heroicos, que habrían de traducir en actos tus palabras de promisión—hacer del verbo, vida—, para renovar y perpetuar así el círculo eternal...

Yo que no aplaudí a los Quintero—como vi hacer a muchos críticos que luego los censuraron—, porque creo que el entusiasmo, como todos los buenos sentimientos, cuando se exterioriza pierde su idealidad y porque prefiero quedar siempre en deuda de gratitud, para no convertirme nunca en acreedor de ella y tener derecho a exigir y a criticar; yo les consagro, con toda humildad, estas líneas que me inspiró el hondo vivir y la serena filosofía de aquel a quien, en «Arenales del Río», todo el mundo llamaba «Papá Juan»...

«La escuela de las princesas»

Nietzche y Tolstoi pasaron, y Kant volvió... Y la vida continuó su ritmo fatal y divino... La euritmia isocrónica de la historia reprodujo el poema de los tres momentos: de la rebeldía, del sacrificio y del deber.

¿Qué simbolizan, si no, en el ciclo benaventiano, las figuras de Imperia y Elena, de Doll e Isabel, de Felicidad y Constanza? ¿Y Leandro y el Príncipe Azul, de qué son emblemas? ¿No es verdad —mis escasos lectores—que la poesia y la filosofía no deben estar tan alejadas de la realidad, ni ser de tan escasa trascendencia en la vida, cuando hay un arte de la vida y una filosofía que por algo se llama trascendental?

El «alma viajera»—peregrina ilusionada de todas las quimeras, la de corazón romántico y mente pagana, la de los bellos lemas y gestos heroicos, la de aventuras de amor y ensueños de arte y libertad— que rumbara en loca cabalgada hacia el ideal del super-hombre, tornóse en el «alma cansada»—de las vidas rotas, fallidas, de las horas sentimentales, nostálgicas y melancólicas de los crepúsculos y de las noches de luna, de los seres neuróticos, desequilibrados, de ilusiones truncadas y voluntades sin resorte —cuando el terral de las tristes realidades deshizo a la caravana, en la mitad de su ruta quijotesca. Y fué entonces cuando «la torre de marfil» revivió el yermo y el cenobio, y cuando de entre los vencidos—que se apartaron a las orillas del camino para ver pasar la mascarada—las almas-nazarenas se ofrecieron en holocausto y las almas-visionarias se pusieron a soñar las auroras de todas las redenciones. Hasta que la fuerza ciega de la naturaleza y la voz consciente del imperativo—culmen de aquélla—impusieron la necesidad y ordenaron el deber de vivir... Y de nuevo nuestra buena hada, la Fantasía, tendió sobre el abismo el puente de plata del amor y nos brindó con el espejismo áureo de un cielo de ensueños... Que así es de buena y de sabia la madre naturaleza; que así es de suave y de próvida la voz del deber. Y con su acoplamiento obran el milagro de transformar las bajas obras en flores de ideal, y los sueños generosos en frutos de bondad.

Lleva todo noble esfuerzo en pos de una idea, la gloria y la aureola en su propio movimiento ascensional. ¿Conservación de la energía?, ¿justicia de las cosas?, ¿ley de compensaciones? La fórmula importa poco: el hecho es ese. No basta el esfuerzo. Hay más. La virtualidad de las ideas. Cuando emerge o adviene a la mente humana una de esas ideas madres, el encanto de su contemplación o lo fecundo de su práctica es tal que sería una impiedad, si no fuera una estulticia, el contener o detener el infinito expandir y vibrar de su vida. ¿Comprendéis ahora el por qué de las trilogías y de los trípticos, de todas las obras seriales; el por qué de las coincidencias y de los cielos? ¿Os explicáis por qué en medio del aparente polimorfismo de las obras de la naturaleza y del arte hay siempre un hilo conductor—un *leit motiv* —que hace de lo vario, uno (uni-verso). ¿Queréis saber cómo la trayectoria de la filosofía—abstracción y explicación de lo vivido—se traduce, se incorpora de nuevo en la vida, por obra y gracia del arte, de la poesía?

Pues estudiad la dramaturgia benaventiana.

En ese mundo aristocrático y cosmopolita de artistas y de príncipes, que tanto ama Benavente, *La noche del sábado* y *La princesa Bebé* representan el momento nietzchiano; *Sacrificios* y *Alma triunfante* anuncian la buena nueva del Cristo moderno; y *La escuela de las princesas* señala el triunfo de la moral del imperativo.

Los intereses creados y su precioso colofón *El príncipe que todo lo aprendió en los libros*—como lo es *La señorita se aburre* de *La princesa sin corazón,* y...—nos descubren el puente de plata del amor y el áureo espejismo de un cielo de ensueños de nuestra buena hada la Fantasía...

El teatro para niños

Mientras el telón se alza...

(A los niños que antes de empezar la función se entretienen en leer este *programa.*)

«Habéis venido aquí para escuchar un cuento»... Mas no frunzáis el ceño todavía, mis buenos amiguitos, porque no soy yo quien ha de contarlo. Si jugásemos a la *piola,* a la *gallinita ciega* o al *morro,* apuradillos os veriais para hacerme perder. Pero en esto de contar, confieso que soy bastante *esaborío.* Nunca he sabido *echar mis cuentas,* ni sé otro cuento que el de *la buena pipa,* que es *el cuento de nunca acabar.*

Y como nunca me arriesgué a embarcarme en el *cascarón de nuez,* en que otros más intrépidos dieron la vuelta al mundo; ni se me ha ocurrido cruzar los aires a grupa de un cóndor, o de otro pajarraco por el estilo, en busca del *alcázar de la dicha;* ni por casualidad me he extraviado en un bosque, para que una buena hada o un maligno enano me condujera al jardín encantado de *la bella darmiente...;* he aquí por qué, aunque quisiera hilvanar una historia, mi relato habría de carecer del interés que da lo olvidado o del prestigio que presta lo soñado.

Sólo una ventaja os llevo, si ventaja puede llamarse al haber sido niño antes que vosotros: y es el haberme enterado de algunas cosas con un poco de anterioridad.

Una de las cosas que más me conmovieron al conocerla, ha sido el cuento que hoy váis a escuchar. Mi papel se reduce, pues, al de esos niños que ya gustaron el encanto de un cuento—por haberlo leído en un libro que le trajeron los Reyes Magos, o por haberlo oído de los labios de la *chacha* o del abuelito—y que, cuando en las tardes de vacaciones for-

man corro con otros en torno del narrador, son los que dicen:—«Callad, veréis qué bonita aventura...», o contestan a la pregunta sacramental:—«¿Qué cuento queréis que os cuente?»—«Aquel del otro día, ¿sabes?...»

El cuento de este día tiene una particularidad; y es que nadie lo lee o lo cuenta, sino que se cuenta él solo; quiero decir, que es representado en la escena por seres de carne y hueso, para dar mayor ilusión de vida o para dar más vida a la ilusión...

En él encontraréis antiguos conocidos vuestros: un rey y una reina, que tienen un hijo, que va por el mundo para aprender la ciencia de la vida; un bufón que hace gracia y tiene hambre, y un preceptor que da sabios consejos... menos cuando se han de menester; un *ogro* que no se come a los hombres, pero los esquilma, y la mujer del ogro, que no tiene nada de *ogresa;* una vieja bruja, que por un rasgo de bondad se convierte en hada bienhechora; y otro rey, pero sin reina, porque enviudó—el rey Chuchurumbé—, que tiene tres hijas, para meterlas en tres botijas.

En este cuento acontece lo que en todos, y como todos acaba. El bien triunfa del mal, después que los niños sufren las pruebas que aquilatan la virtud de su buena voluntad... Dicen que la vida no es como los cuentos. No hagáis caso, niños míos. Un cuento es la vida. La vida es como un cuento que no tiene fin, un cuento cuya conclusión está fuera de la vida. El fin de la vida está en el cielo.

Pero hay en el cuento de esta tarde algo que no pasa en todos los cuentos: el soplo divino de un genio inmortal...

Fijáos bien en *El príncipe que todo lo aprendió en los libros*. Y cuando llegue el día en que leáis el libro que contiene la vida de *Don Quijote de la Mancha*—ese libro pue deben leer todos los hombres, y ningún

español puede olvidar, libro que debéis saber no sólo de memoria, sino con todas las potencias del alma—tal vez os sorprenda el íntimo parentesco que entre ambos existe. El *príncipe Azul* es el hermano menor, que vino al mundo unos siglos después, porque la madre España necesitó descansar, cuando de sus entrañas nació el más que *Ingenioso,* genial, *Hidalgo de la Mancha.*

Ahora quisiera hablaros del autor del cuento que habéis de presenciar y de escuchar, del hombre que lo sacó de su cabeza portentosa y lo escribió con lágrimas y risas y sangre de su corazón. De ese mago que con la varita mágica de su arte, transforma a los humanos en lindas figuritas y hace hablar a los muñecos como si fueran hombres, troca la vida en poesía y la ilusión en realidad; de ese buen genio, cuyo nombre debéis pronunciar con amor y admiración, porque él os quiere mucho, tanto, que por divertiros soñó hacer un *Teatro para los niños...* Pero estoy temiendo que *Don Jacinto Benavente* salga de detrás de la cortina, vestido de *Príncipe Azul,* y malhumorado ponga fin a mi charla, como Don Quijote dió fin con todo el retablo de Maese Pedro, el titiritero...

Niñas y niños, que aún jugáis... y que en los descansos de vuestros juegos leéis los libros de Saturnino Calleja, prestad mucha atención a este cuento de Jacinto Benavente: *El príncipe que todo lo aprendió en los libros...* Y cuando oigáis otros cuentos y estudiés en otros libros, recordad siempre los de ahora con esa gratitud añorante y cariñosa que tenemos por todo lo que nos sirvió de inspiración o de guía... Como recordamos, los que ya no somos niños, aquellos libros—«El Catón», «El Abecedario de la Virtud», «El Juanito»—en que aprendimos a aprender, y que nos enseñaban cosas que nos gustaban mucho, porque no las sabíamos, y que a veces nos hacían

llorar sin saber por qué; y que luego los conservamos sin leer por temor a recordar o por temor a un desencanto, para no sonreirnos de aquellas sublimes tonterías que tanto nos conmovían entonces y que entonces tanto despertaban nuestra curiosidad, o para no llorar las tristes tonterías que ahora cometemos.

Niñas y niños, leed muy bien los buenos libros que os traen los Reyes Magos y las hadas que son reinas; porque ellos serán el puente de plata que tiende la ilusión sobre el mar de la vida...

Flor de lectura y de meditación

«*Jacobè*»

Cuento de Joaquín Ruyra

Un momento... Un momento, no más. Parad en ese vuestro ajetreo cotidiano, que os aturde; olvidad este mundo de las apariencias, que os engaña; y escuchad esas voces, contemplad esas visiones, que os llegan de la región ignota, misterial, presentida en el ensueño y amada en el presentimiento. Una flor de la sinrazón—pura como una víctima propiciatoria—os trae, en el triste y pálido encanto de sus pétalos, el perfume de esa vida lontana, metafísica, irreal.

«*Este daño no viene del natural de uno, esto es dolencia comunicada...*»

Al leer esto, por no sé qué extraña asociación de ideas—¿lógica del contraste?—, acordéme de esa sonrisa, impía... y estulta, que da un tinte de superioridad a tantos *sprits forts,* a tantos seres equilibrados como discurren por la tierra, y expiró en mis labios el elogio y el himno de esa rara e infantil y excelsa poesía que fluye, emana, nimba, aureola, vibra o palpita... y por siempre anima los mitos, las consejas, las supersticiones, los misterios, las leyendas y las tradiciones. Y junto con el *¡oh!* admirativo, expiró tam-

bién el *¡ah!* revelador... Los malos pensamientos que toman cuerpo, los malos deseos que se hacen tangibles... y se personifican y simbolizan por los pueblos en esos espíritus infernales, espíritus de las tinieblas, que se llaman duendes, diablos, demonios, brujos, magos, hechiceros... Y los conjuros y los oráculos y los ritos y los talismanes... Y los ángeles buenos... Toda esa raza, infantil y excelsa poesía de las creencias populares y de los cuentos de hadas, se percibe en aquellas ingenuas palabras de una mujer sencilla, de una madre dolorida, como en el caracol marino, que un día hallara Jacobé, se escuchaban todos los murmullos de ese viejo mar latino.

«*Tú que has estudiado, recordarás el caso de Ifigenia... En la naturaleza pasa lo mismo, lo mismo que en el mito: los inocentes expían las faltas de los culpables...*»

Primero, inconscientemente, por ese afán del retruécano, tan español y tan filosófico, que encubre con la frivolidad de un chiste un hondo pensamiento —la solución de los contrastes—; después, con plena conciencia, con esa alegría y esa paz que da el retorno a una creencia—la solución de las dudas—; escribí: «¿Casualidad?... ¿Casualidad?... ¿Y por qué no?»... Y pensé, que la *moira* (la fatalidad) de la tragedia griega podía muy bien convertirse en el *karma* (la casualidad) de la filosofía india; que la «ley de la herencia» traduce en el lenguaje de la ciencia moderna, las palabras de la sentencia bíblica; y que «esa justicia de las cosas», de que nos hablan los místicos de hoy, reproduce «el reato de la culpa», de que nos hablaban los teólogos de ayer.

Y comprendí el por qué de las explanaciones y de los sacrificios; el por qué nacen lirios en los pantanos; el por qué fué hallada por la locura esta azucena de playa, esta imagen de la ternura que se llama Jacobé...

Entonces, me percaté del espíritu que animaba a las palabras de mi amigo, cuando me decía: «Yo no miro a la vida, como en otros tiempos, con una visión puramente estética; ahora tiene para mí un profundo sentido ético, de suprema justicia... Faltas antiguas y olvidadas, reviven en forma de castigo... No creas, estas humillaciones, este sentirse y saberse pecador, convienen. De otra manera no podría explicarse uno ciertas cosas...» Y cuando con una sonrisa amarga y un egoísmo infantil agregaba: «Mientras los astrónomos indagan por qué está triste, lluviosa y fría esta primavera, yo te diré, en secreto, que vierte lágrimas y viste de luto, porque un idilio ha terminado.»

«*Es preciso infiltrar el bien hasta las más tenues raicillas del alma; de lo contrario... ¡Pero qué insaciable anhelo de expiación palpita en la naturaleza!*»

Y dicho esto, no me queda que decir más.

POR EL MUNDO DE LA VOLUNTAD

Intercadencias

Paradojas, paradigmas...

(1909-1911)

Cansado el "Yo" de vivir fuera de sí, en este mundo de los deseos insaciados, vuelve en sí, torna a ensimismarse... Y entonces, de las memorias y de las meditaciones, de las confidencias y de las consideraciones, surgen:

I "Las cuentas galanas y el cuento de nunca acabar";

II "El cantar de la palinodia y el canto del cisne."

I.—POR LOS SENDEROS DIVERGENTES

Las incoherencias que a nada conducen

Frío

Parece que está de moda. Ahora le ha dado a la gente por decir que hace frío, y hablar del frío y preservarse del frío. A mí todo esto me dejaría frío, si yo supiera lo que el frío es. Debe de ser una moda un poco cara. No sé de dónde viene, ni por dónde, ni cuándo, ni a qué viene. Algunos me han asegurado que nos visita todos los años. Puede ser... Pero, francamente, yo nunca había reparado en ello. Como no sea que llamen frío a que un día, en vez de encontrarnos sobre la percha el sombrero de paja, nos encontremos el hongo y una americana más larga y más pesada, a la que designan con el nombre neutro, común, epiceno o ambiguo de «abrigo»... yo no sé a qué llamarán frío. Y por lo visto debe ser un señor muy imponente, muy estirado, muy formal, cuando para recibirlo convenientemente empiezan por tapar con alfombras o esteras las junturas que entre sí dejan las losetas o los ladrillos, y concluyen por ponerse alrededor de una cosa roja y misteriosa que se lla-

ma fuego. (Esto último sí que no lo comprendo bien, porque muchas personas que tal hacen, no han oído hablar en su vida del «masdeísmo».)

No han faltado, sin embargo, personas amigas o simplemente caritativas que se hayan empeñado en meterme dentro, no sé si de la cabeza o del corazón, una cosa tan alegre y graciosa que, según ellos, hace morir de risa. Los que se la dan de físicos, me han explicado el frío como la ausencia del calor. Y los que tienen pujos de biólogos o de sociólogos, han exclamado y declamado:—El calor es vida.—Y alguien, con pretensiones de erudito o de pedagogo, y con preñeces de pedante, me habrá expuesto el concepto vulgar, etimológico, científico, heteróclito y perínclito de la vida, y cómo lo han entendido los filósofos y literatos de todos los tiempos y lugares. Y hasta es probable que algún metafísico me haya hablado, para remate, de la vida como una cosa viva o que vive, o de algo por el estilo... Y yo, como quien ve... que la gente tirita y no sabe por qué.

Un poeta del intelecto me comparó el frío con la «idea» de Hegel: solitaria y próxima a la nada como un sol poniente, que al desaparecer esparce sus rayos por sobre un mar de hielo. Esto ya lo comprendí mejor. Pero no me conmovió, no me hizo temblar, que era lo que yo quería. No recuerdo quién—un «sentimental, sensible, sensitivo», sin duda—me dijo que el frío era como una puñalada en el corazón... Como una puñalada... y en el corazón... ¡Oh! Sí, sí... Esto sí que lo sentí bien... Como una puñalada en el corazón... Esto lo sentí muy bien. Me hizo estremecer, tiritar... Pero no acerté a expresarlo en palabras.

Una mujer me dijo: ¡Qué frío eres!—Y una noche de enero glacial, en que me vió pasear por su calle a cuerpo gentil, me preguntó:—¿Pero tú no tienes frío?—Y entonces lo comprendí todo. Y deduje: si yo soy frío y no tengo frío, ¡el frío es una cosa que no tiene frío!...

Envío. Entonces, ¿cómo sienten los que tienen frío y no lo son?

Post scriptum. Para que esta divagación no tenga una frialdad más fría que la frialdad de la muerte—la de una vida sin amor—debemos creer, y creer firmemente, que el fuego, todo el fuego, arde oculto en un invisible hogar. ¿Dónde? Eso sólo lo sabe...

Cenicería

He aquí un nombre nuevo, que, como tantos otros—*curseria, sicalipsis...*—, surgió, nadie sabe cómo ni cuándo, de ese fondo común, ondulante y versiforme, que bulle y rebulle bajo el anonimato social. Curiosa paradoja es esta de ser la masa innominada la que más afición muestra a poner mote a las cosas y más necesidad siente de individualizar y distinguir los seres, dándole nombre, apellidándolos. Y no menos curiosa la ironía a que da lugar, en el transcurso de los tiempos, esta difusa y venturera poligénesis de los vocablos expósitos—hijos de todos y de nadie—, cuando algún erudito filólogo rastrea en ellos su sabia y legítima etimología.

Cualquiera innovación o alteración en el lenguaje, la más insignificante broma gramatical, con tal que tenga la gracia de la simpatía—que es hacerse perdonar y aplaudir, reir y comentar—o la suerte de la oportunidad—como una respuesta que se esperaba y es concorde y viene a tiempo—, prenderá fácilmente en el ánimo de las multitudes, y se convertirá de moda tornadiza en el modismo más enraizado. A veces es un ligero metaplasmo, en que incurrió algún ignaro pedantón, o dejó deslizar la ignavia prosódica de ciertas gentes o fraguó el ingenio gustoso del retruécano. Otras veces es una sencilla metáfora, que, al desviar un término de su recto sentido, trasladándolo por la vía *smarrita* hacia los espejismos de lo figurado, produjo, con la vagueación del doble sen-

tido, un equilibrio inestable en el mundo de las intenciones, y proporcionó ancha pista para los volatines del chiste.

En ocasiones, cuando en el ambiente se percibe el zumbar de la guasa, y en las almas retoza la risa burlona, y el momento es propicio a la charla chispera, irrumpe repentina y deslumbradora la ocurrencia, plena de inspiración y genialidad.

Y un día, en la hora tempestiva y en el lugar apropiado, alguien con el acierto de la intuición, dió nombre a lo que vivía «con la vida sin formas de la idea».

Acaso fuera en una de esas horas grises, lentas, *esaborías,* en que no hacemos nada y no sabemos qué hacer, o en que para hacer tiempo lo dejamos pasar, o lo matamos, entre la greguería de las chirigotas y la humareda de los cigarros y la vaharada de los bostezos; horas muertas, tediosas, somnolientas, del vermut y del *chateo,* de la digestión y del café, del aperitivo o de la sobremesa; horas de murria travestida de murmuración; horas del ocio vacío, del juego afanoso, sin recreo y sin alegría, y del vino que no hace olvidar; horas en que estamos cansados de descansar, y queremos distraer la monotonía, y divertir el fastidio, y animar el aburrimiento con el placer comprado y siempre igual; horas terceras del amor mercancía...

Tal vez sería en uno de esos lugares, en donde no vivimos, y, en donde, sin embargo, pasamos casi toda nuestra vida, o lo mejor de ella, sin ganárnosla y gastándola y perdiéndola tontamente con el fútil pretexto de abrir un paréntesis en nuestras tareas y negocios, de cultivar nuestras amistades y relaciones, de enterarnos de lo que pasa por el mundo a través de la hoja volandera de un periódico o del no menos volandero y trasvolado decir de las gentes, y en donde nuestra vida se desliza y transcurre insustancial, inconsistente, con esa frívola inconsciencia de los que tememos encararnos con nuestro destino o de

adentrarnos por las interiores moradas de nuestra alma; lugares plúmbeos que aploman el ánimo, lugares públicos, lugares comunes... hasta cierto punto, porque si no somos totalmente extraños en ellos, hay algo en ellos que no nos es propio; en donde buscamos un recuerdo del calor de la casa, que no acertamos o no quisimos mantener, y una sensación del aire de la calle, que no gustamos de sentir o no nos atrevemos a afrontar; adonde solemos concurrir más que a realizar un acto de presencia a guardar ausencias, tanto para ocultar el fracaso de nuestras ilusiones y los tropiezos y flaquezas de nuestra voluntad, y las secretas penas que angustian y desgarran el corazón, como para consolarnos con el cuento y el comento de los dolores ajenos y ajenas debilidades; puntos de citas y centros de reunión que nos apartan de nosotros mismos y no nos aproximan a los demás; círculos viciosos de nuestras existencias, que llegan a ser, por la incompleta y como truncada o detenida asociación, un remedo parcial, estrecho, exclusivista, uniforme y monocrono de la sociedad, y se tornan en laminadores del carácter, entibiadores de la voluntad, encenizadores de la mente, y, sobre todo, en círculos egoístas, con el egoísmo más egoísta de todos, con el egoísmo de los círculos unisexuados, círculos meremasculinos, de hombres solos y sólo para hombres...

Quizá fuese alguna de esas personas que han llegado a comprender y a sentir la angustiosa vanidad de una vida sin virtudes, y han experimentado y han sufrido la ambigüedad desesperante, la entumecedora opacidad de una existencia sin huellas ni horizontes, sin contornos ni contrastes, sin sacrificios ni bondades, sin renunciamientos ni resignaciones, sin «antes» ni «después», sin lejanías y sin intimidades; personas que por pereza o por cobardía abandonaron el estadio y el estudio del mundo, que ahogaron la risa para que luego no les escaldasen tanto las lágrimas, que no se enamoraron por miedo al desamor, y por mie-

do al desengaño no se ilusionaron, que dejaron de vivir por temor a la vida, y hoy no saben vivir porque ignoran todas esas cosas que dan el contento y son el recreo de la vida; y sufren el tentálico tormento de un potencial *in-potentia* que quedó impotente, y el dislacerante pesar de una ambición frustrada y el airado remordimiento de los que quedaron al borde del camino, vencidos sin luchar, peor que fracasados...

...Questo misero modo
Tengo l'anime triste di coloro
Alce visser senza infamia e senza lodo.

Personas cuyos espíritus refractarios a las vibraciones enérgicas de la escala xántica—escala de las ondas luminosas y ardientes, de una vida sana, intensa, fuerte, fecunda, pletórica—, sólo son transparentes a los rayos de los tonos ciánicos—rayos cerebrales, del intelecto, del ingenio, de la ironía, del análisis, de la crítica, de la cultura exquisita y refinada—, y tan sólo los reflejan en sus matices más suaves, más delicados, más esfumados, más desvaídos... Personas cuyas acciones son como el residuo pulverulento de bellos ensueños fallidos, de nobles ideales truncados, de grandes y altísimas concepcionales desvanecidas por faltarles el supremo resorte de la voluntad... Personas cuya vida entera es como la ceniza de un mundo muerto por falta de amor...

...Y un día, en una de esas horas sin tiempo, y en uno de esos lugares sin hogar, una de esas almas sin vida, al sentir en torno suyo el vacío de tantas almas, grises como la suya, no pudo menos de musitar, con un poco de ironía, y también con un poco de piedad:
—Amigos míos, estamos hechos unos *cenizos*...

He aquí un nombre nuevo, que, como tantos otros... debe ser un mal nombre y una invitación a no merecerlo nunca o a no llevarlo más. He aquí un

nombre como ceniza del Miércoles cuaresmal, como ceniza en la frente...

Y, ahora, una cariñosa súplica, amigos míos:—Pensad que en la tierra hay muchas *Cenicientas,* que están esperando una limosna de amor...

Lo que deberíamos hacer... los tontos

Este epígrafe es algo así como el *alea jacta est.* Y por ende debe tener sus «comentarios». Implica un paso decisivo y verdaderamente singular. Ya decía Catulo: *Suus cuique attributus est error; sed non videmus mánticam, quœ in tergo est;* que es como decir: «vemos la paja en el ojo ajeno, y no la viga en el propio». Procedamos con orden. Primero, hagamos historia; la crítica vendrá después.

Y va de cuento. Erase que se era un señor que entró en una peluquería. Y mientras estaba pensando cómo en este mundo todo se reduce a una serie de espejos combinados, oyó que le decían:—¿Ha leído usted esto que viene en este periódico? Este señor X debe ser un perfecto imbécil. ¿No lo cree usted así?

—¡Hombre!, claro que sí. ¡Quién lo duda! Debe ser un perfectísimo imbécil.

—. . . . .

—. . . . .

—¿Qué me da usted aquí?

—Nada. El pago de los dos servicios: el de cortar y el de tomar el pelo.

—¡...! ¡...!

—Sí, hombre, sí. El señor X soy yo.

—¡...! ¿...? ¡...!...

—No, no se excuse usted. Me da lo mismo.

Caló el chapeo, se miró al espejo, fuése, y no hubo nada. Huelga general de comentarios.

Meditemos. Ser o no ser... imbécil, esta es la cuestión. ¿El nombre hace al hombre? Yo soy X. ¿Y nada más? ¿Y por ser X diré que ya no son mías las cosas

mías? Esto es lo que debemos resolver. Yo soy X... y tal vez imbécil. Sí, y ved aquí el grano bstáculo; porque el considerar qué cosas podremos hacer siendo imbéciles, es razón harto poderosa para detenernos en nuestro divagar.

Echemos nuestras cuentas; porque en este mundo del interés simple y compuesto siempre hay que tener presente el cálculo de las probabilidades... de acertar o de no acertar. Tenemos una cantidad concretada dada—Yo—y tratamos de reducirla a otra equivalente de diferente especie—X—por medio de equivalencias que liguen dichas cantidades. Según la experiencia propia y ajena, estas equivalencias nos dan la siguiente tabla: 296 gs. de ilusiones, 25 de anhelos, 19 de ironías, 5 de teorías paradojales. Aplicando la regla conjunta, y multiplicando este miembro de la equivalencia, y después el otro—10 gs. de anhelos, 5 de ironías y 20 de paradojas—; y dividiendo aquél por éste, resultará: X=7030 ilusiones del *Yo*.

Ahora bien: X=Imbecilidad. Y como dos cosas iguales a una tercera, son iguales entre sí, tendremos:

Yo con todas sus ilusiones=S F (x) d x de imbecilidad. Luego *Yo*=X=a un perfecto imbécil. Que era lo que se quería demostrar.

La urbanidad se ha hecho para edulcorar, para enmelar, para adulciguar, para dorar la píldora. Los diccionarios se fabricaron, entre otras cosas, para escogitar palabras sinónimas y consonantes. La palabra *tonto,* en algunas de sus acepciones, significa *imbécil* —la corta en su sector, que diría un geómetra—. La palabra tonto es menos esquinada que la expresión imbécil... Ergo, *Yo* soy un tonto.

Y un tonto, ¿qué hace? Esta pregunta la contestan la Historia Universal, la Historia Natural, la de la Literatura, la de la Filosofía, etc. Un tonto hace tonterías.

Y un tonto, ¿qué dice? Esto se halla demostrado en la Gramática... parda. Los tontos dicen tonterías.

Hay quien dice que hacen necedades. Pero para saber esto hay que pasar a la Retórica y a la Lógica.

Y un tonto, ¿qué debe hacer? Para responder a esta pregunta se inventaron la Economía, la Política, la Pedagogía y otras ramas científicas. Pero ninguna ha dado en el clavo. Y por eso vengo yo a remacharlo.

Andémonos por las ramas. Esto quiere decir que por ahora rehuímos de dar una batalla campal, y nos entretenemos en repasar la Estrategia y la Meteorología.

En sociedad se pueden pensar y decir tonterías, pero no hacerlas. A la inversa, se pueden hacer locuras, pero no pensarlas ni decirlas.

El *Yo,* como la *Idea,* tiene tres momentos. El *Yo* en sí—de donde los ensimismados—. El *Yo* fuera de sí—de donde los enajenados—. El *Yo* para sí—de donde los «para mí yo».

El *Yo* puede adaptar con respecto al *No Yo,* las siguientes posiciones: 1.ª concéntrica; 2.ª tangencial; 3.ª chocante. Descartemos—que dijo Descartes—las dos primeras posibilidades, porque son de todo punto imposibles, y quedémonos con la tercera. El *Yo* se opone al *No Yo;* el *Yo* se pone por montera al *No Yo*; el *Yo* se expone a ser estrellado por el *No Yo.*

Ahora bien: ¿quiénes son *No Yo?* Todos los que no sean *Yo*. Luego diciendo quiénes son *Yo,* sabremos quiénes son los que no son *Yo.*

Pero el *Yo*=X=tonto... *et stultorum infinitus est numerus,* como dijo el Bobo de Coria.

Ahora bien: este infinito, ¿es de cantidad o de calidad? Yo creo que es de calidad. Porque el *Yo* es tonto, y no se consuela con el mal de muchos. Antes bien, les aflige el mal de muchos, el mal de todos, este dolor universal de los hombres.

Quedamos, pues, en que es un infinito de calidad.

Desde luego, hay unos que no son tontos y quieren parecerlo. Estos son los del «dame pan y dime

tonto». Estos son los listos, los discretos, los vivos, demasiado vivos. Estos no son tontos.

Otros dicen: «¡si yo no hubiera sido tonto!» Estos son los que se quejan: «¡si no se puede ser bueno!» Estos que creen que el ser bueno es ser tonto, o no han sido buenos o están dispuestos a no serlo.

Hay, además, tontos *a nativitati* y tontos *a morte.* (Algunos traducen «de remate»; pero no hagáis caso, no saben lo que dicen.)

Entre unos y otros y otros muchísimos, se hallan los que lo son por *inadæquatio... rei est intellectus.* En esta categoría rebullen los poetas, los filósofos, los quijotes, los peregrinos, los aventureros, los místicos, los músicos, los titiriteros, los artistas, los ilusos, los fantasiosos, los visionarios, los soñadores, los enamorados, los amadores de la luna, los vagabundos, los románticos, los melenudos, los optimistas, los cándidos, los sensibleros, los sensitivos, los cordiales, los de las flores de ídem, los chiflados, los descentrados, los desequilibrados, los locos, los super-locos, los para-noicos, los paranada, los negados, los inútiles, las almas infantiles, las almas anónimas, las almas de cántaro, los etc., etc., etc. Así me llevaría *etceterando* hasta la consumación de los siglos.

Todos los que no sean tontos serán discretos. Todos los que no son *Yo* serán *No Yo.* Pero la ciencia, la experiencia, la conciencia y la prudencia muestran y demuestran que los *Yo* no pueden vivir con los *No Yo.*

¿Qué es, pues, lo que debemos hacer los tontos? Emigrar.

Nada de luchar con los vivos, porque seremos vencidos. Nada de competir con los listos, porque haremos el ridículo. Nada de «burlas con el casero», porque ya Joaquín Belda ha contado lo que puede pasar. Nada de entristecerse, porque los perspicaces practicones nada saben de risas y de lágrimas. Nada

de rebeldías, ni de lamentaciones, ni de revoluciones, ni de diatribas. Nada de nada.

Reconocer humildemente que nos hemos equivocado, que no servimos para nada, que no hacemos más que estorbar. Confesar ingenuamente que extraviamos el camino, y nos colamos donde nadie nos llamaba, en donde no nos está permitido ni llegar ni arribar. Pedir perdón a todos los bien avenidos con este mundo que llaman tierra, y con mucha finura y amabilidad decirles:

—Señores vuestros, quedáos... los unos con los otros, es decir, quedáos con vosotros mismos, ya que todos sois unos..., que nosotros nos vamos con la música a otra parte.

Y preparar diligentemente cada uno sus avisos, y a... ¡aviar! ¡A aviarse a otros mundos de Dios, donde quizás encontréis a este su afectísimo y seguro servidor que... ¿qué?

—¿Y los niños, las mujeres, los pobres, los viejos...?

—¡Ah!, es verdad... mis buenos amigos, volved a la tierra. Volved a ser las víctimas de la vida, para que todos esos seres queridos puedan divertirse, entretenerse, consolarse, recordar...

Esto es *lo que debemos hacer los tontos.* Sacrificarnos por los viejos, por los pobres, por las mujeres, por los niños...

Las efemérides que a nadie interesan

Por temor al ridículo

Ustedes desconocerán el hecho. No tiene nada de extraño. Los periódicos no lo han publicado, ni lo ha propalado el rumor callejeante y vocinglero. Era demasiado actual—por lo eterno—para llegar a ser «el asunto del día», demasiado natural—por lo extraño

—para excitar curiosidad. ¡Un suicidio por amor!... ¡Valiente cursilería!

Nadie lo ha presenciado, nadie ha tenido noticias de él. Yo lo sé por una especie de intuición, por un caso de telepatía. No pensaba hablar del asunto. Se trataba de un amigo, y quería guardar el secreto de su muerte. Además, parecería un cuento... Sin embargo, me decido a escribir para que puedan practicarse las oportunas diligencias... Cuando encontréis en el Guadalquivir un joven, en cuyo rostro parezca que iba a desfruncirse el entrecejo y a apuntar la sonrisa, tened la seguridad de que ese era...

Pues, señor; érase que se era un alma inquieta en un cuerpo todo nervios; y por una de esas ironías del destino, semejante acoplamiento parecía vivir una vida silenciosa y quieta. Y, es claro, la procesión tenía que andar por dentro.

Poco a poco—sin saberse por qué—se fué concentrando en sí mismo, encastillándose cada vez más, hasta que su mundo interno sustituyó por completo al mundo exterior. Con este apartamiento de la realidad debilitóse su confianza en sí mismo, perdió la energía del vivir, porque sólo en el contraste nos sentimos o nos hacemos fuertes.

Primero el ascetismo con su temor de Dios, y después la misantropía con su temor a la sociedad—al *qué dirán,* a las burlas...—hubieron de dejar en su corazón un sedimiento de miedo.

...Y cuando quiso libertarse y pegó un puntapié a todas las preocupaciones sociales, no pudo desprenderse del miedo de quedar en ridículo... ante sí mismo. Como todos los tímidos, era muy orgulloso.

De ahí su indecisión para obrar, para moverse, para comer, para vestirse, para hablar, para hacer el acto más insignificante. Por cualquier cosa se ponía a reflexionar sobre lo que debía hacer... Y como la vida no consiente detenciones, tenía que realizar sus

actos irreflexivamente, después de tanto meditar. Vivía a impulsos de la inconsciencia. Por eso solamente las sensaciones de los sentimientos eran los receptores de sus actos. Se enamoraba de todas las mujeres que veía, y se apasionaba por todas las que trataba. Consideraba que toda mujer era hermosa, por el solo hecho de nacer a la vida... a la vida del amor. Mas como aquellos enamoramientos y apasionamientos unas veces eran sólo del cuerpo y otras sólo del espíritu, dejaba correr las cosas. Y, a orillas del camino, veía pasar la vida... Hasta que un día amó a una mujer, en toda su adorable plenitud de cuerpo y alma.

Vió que ella reía, cuando otras quizás llorasen. Se sintió en ridículo, y...

Y ahora quiero contaros cómo fué su muerte, es decir, cómo debió ser, según la visión que yo tuve.

Salíamos de los *Juegos florales,* y me despedí de él con un «hasta luego». Titubeó un momento, y me contestó: «Ya sabes que el mañana es un luego de hoy». Acostumbrado a sus rarezas, no le hice caso. Me fuí a casa. . . . .

. . . .

Con solemne y aristocrática y sevillana lentitud paseaban los coches por la orilla del río—aquel paseo de coches lleno de gracia seductora, que inspiró a un poeta una bella y célebre frase, y que dentro de varios años será una nota muy típica y muy hermosa de esta hermosa y típica ciudad.

Pausada, tranquilamente, descendió mi amigo al muelle, limpio y sosegado ya. Se aproximó a uno de los espigones. Empezó a desfruncir el entrecejo, y sus labios a sonreir, y... Salió a flote una vez, y otra, y otra. Después, nada...; el río que pasa...

La tarde caía con una paz tan dulce, tan augusta, tan santa, que al tener aquella visión, en vez del escalofrío trágico, sentí una piadosa envidia por mi amigo.

Contestando

Hoy he gozado de una sorpresa encantadora. He recibido una carta perfumada de rosa y de misterio, carta femenina... El papel de color verdegay, de forma apaisada; los trazos de la escritura finos y firmes, desapasionados, calculadores; el espíritu que los animaba tenía la poesía del buen sentido, sedante y confortadora. Era una respuesta a mi última crónica. Estimé conveniente su publicación; ¿y si era indiscreto? Procuré, entonces, pedir permiso; pero, ¿a quién? Yo lo ignoraba. Por fin, me decidí...

«Esta tarde una amiga me dió la noticia; y sea porque ella no se explicase bien o porque yo me enterase mal, la idea que yo formé fué muy confusa. Los comentarios de las personas allí presentes contribuyeron a aumentar más la confusión; cada una daba su parecer, a cual más distinto y más disparatado. Sólo coincidían en un punto: el artículo de usted era bastante extraño... (Aquí seguían algunas palabras que el divagador ha tenido a bien sustituirlas por puntos suspensivos.) Me picó la curiosidad, quería ver confirmada una sospecha que se despertó en mí, y pedí el diario. Se buscó, pero no fué hallado; debió de haberse roto. Al llegar a mi casa, mandé por él al puesto de periódicos más próximo. Efectivamente, era lo que yo suponía. Me convencí de que *su amigo* era un sér real y no un mero juego de personalidades para autobiografiar; y que la *mujer adorable* era quien yo imaginaba y no quien me habían dicho. No la trato, sólo la conozco de vista; por consiguiente, creo que puedo ser imparcial.

Ahora quiero, con su permiso, hacer algunas reflexiones, que nada valdrán, por ser mías, pero que están animadas de la mejor intención. Debo advertirle que a mí no me gustan los romanticismos, ni los

lloriqueos en las mujeres, y muchísimo menos en los hombres. Perdóneme si soy franca. (El divagador no tiene nada que perdonar.) Ustedes, los hombres, deben ser muy tontos o muy orgullosos cuando, siendo libres para dirigirse a cualquiera de nosotras—pobres mujeres que tenemos que esperar pasivamente—, se creen lastimados porque algunas veces no accedemos a vuestras peticiones, por... (Estos puntos suspensivos no los ha puesto el divagador, venían en la carta.)

Hay jóvenes que parecen niños, y niños muy mimados; se figuran que todo el mundo está pendiente de ellos, aun para ridiculizarlos, y que todo les ha de salir a medida de sus deseos; se preocupan por cualquier cosilla, al menor disgustillo le dan enormes proporciones y se desesperan por naderías, olvidando que la vida es larga, que las penas mayores todavía no las conocen ellos, y que no son ellos los que únicamente sufren. ¿El ridículo? ¡Ojalá fueran como esa todas las preocupaciones! Yo no considero el suicidio como una cursilería, sino como una cobardía, como una cosa poco cristiana. ¿Qué culpa tiene esa muchacha que *su amigo* tenga un carácter extravagante? Además, el suicidio, como todo lo malo, produce el contagio. A mi hermano le he oído contar que un escritor, no me acuerdo si francés o inglés (he querido respetar la ingenuidad de la cita), escribió un libro para desahogar sus pesares, como otros escriben versos, y mientras él seguía tan campante en esta vida, algunos incautos se marcharon al otro mundo...»

La carta tenía como firma el nombre de... En verdad que hay nombres que parecen símbolos.

El miedo de vivir

Indecisión

Esto fué escrito hace años—cuando la pasada guerra—. Permaneció inédito—como permanecen tantas cosas—. Hoy, que sale a luz, sólo tiene una actualidad refleja—la de una efemérides—, y una trascendencia inmanencial—la de una confesión que a nadie importa.

Esto fué escrito cuando, al enfrontar la vida, sentimos la cobardía del deseo; queremos y no queremos; y permanecemos indecisos ante el destino.

Noche septembrina. Dos amigos charlan callejeando sin rumbo por las calles misteriosas de Sevilla, la única. Y la luna—la hermana luna de todos los locos—esparce en torno de sus sombras el ensoñado encanto de su silencio argentino.

—. . . . . . .

—Pues, sí, te lo digo sinceramente; para mí sería una solución.

—¿Cuál?

—Hombre, la de irme.

—Es verdad, no me acordaba.

—Yo me presentaría a uno de esos maestros de energía, que trabajan por hacer un héroe de cada soldado de nuestro ejército, y le diría: mi coronel, ¿puede usted obrar el milagro de crear en mí un poco de voluntad?

—Y ¿por qué no te vas? De ti depende. Con alistarte como voluntario...

—*That is the question.* Mira, no es *calembour;* pero para ser voluntario hay que tener voluntad. Hay que vencer esos pequeños grandes obstáculos... ¡Si pudiéramos realizar las heroicas acciones y las obras geniales, sin el expediente de lo cotidiano!...

—Entonces viviríamos muy poco. Eres un imbécil

y un simple. ¿Cómo quieres bordar sin la urdimbre y sin la trama del telar? Desengáñate, esas cosas del alma no pueden buscarse fuera de nosotros. De nada te serviría peregrinar y suplicar. Lo que tú hagas no lo hará nadie.

—La eterna cantilena. «Querer es poder». La gran ilusión... de estos autómatas que se llaman hombres, seres conscientes y libres, y qué sé yo qué otras cosas... Se quiere lo que se puede, o cuando se puede. Lo más común es aquello de: «con el sudor de mi frente», «con el esfuerzo de mis brazos», «a fuerza de romper los codos», «con estudio y constancia»...

—Eso, eso, con estudio y constancia todo se alcanza. Perseverancia, previsión y, sobre todo, voluntad. Para el hombre de voluntad «lo imposible es una frase sin sentido».

—Lo que no tiene sentido es otra cosa. Por ejemplo, yo quiero querer, yo ansío obrar, y como aquel personaje de Pío Baroja: «yo he sido siempre un hombre vago, sin decisión, y... con mucha curiosidad; falto de voluntad, falto de carácter; nunca he podido decidirme a hacer las cosas espontánea y rápidamente, ni a insistir en ellas; hasta para enamorarme...»; y como aquel otro de Daudet: «no puedes figurarte lo que me cansa este llamamiento de todos los instantes a mi voluntad, para hacer las cosas más sencillas, para enderezarme, para quitarme o ponerme el sombrero»...

—¡Cómo se conoce que nunca has obedecido!

—¿Que no?... Pues si en toda mi existencia no he hecho más que guiarme por lo que me aconsejaba todo el mundo... Si nunca he ejecutado nada por mí solo. Si siempre he necesitado que alguien haya querido por mí, y me haya impuesto lo que debía realizar.

—Precisamente por eso. Porque, de una parte, el guiarse por la opinión de cualquiera no es obedecer, sino seguir lo que a uno le halaga; y porque, de otra

parte, la solicitud y el cariño de los que te han rodeado se han anticipado a todos tus deseos, a todos tus caprichos. Tú no has servido a nadie; y no puedes, por tanto, mandar ni en ti mismo.

—¿Y tú? Tú, que tanto predicas, ¿puedes mostrarme algún ejemplo?

—No se trata de mí... Se trata de esta nuestra juventud abúlica y cerebral—que vino a la vida cuando el desastre truncó la áurea leyenda y los bellos sueños...—De esta juventud, para la cual la disciplina militar será un gran bien. Ten presente aquellas frases de Ibáñez Marín: «el cuartel debe transformarse en escuela de la Patria; escuela de rigor, de método, de trabajo, de progreso, en fin.» Ten presente la frase de tu admirado Ruskin: «algunos hombres que, en otras circunstancias, habrían caído en el letargo o en la indiferencia, son redimidos y llevados a una noble vida, por un servicio que a un mismo tiempo regenera y dirige su espíritu.» Quizás, quizás la presente guerra nos reconcilíe con la vida sana, optimista, de los pueblos fuertes.

—No, no lo creas. El mal es muy hondo. Seríamos nosotros—los abúlicos y los cerebrales—muy malos soldados. Amamos muy poco la vida, para ser capaces de sacrificarla.

—Es verdad, es verdad. A ninguno de esos que hablan de renunciamientos y embellecen el dolor, se les puede exigir el anonimato de una vida cristiana, humilde, resignada.

—Cuando jóvenes—plenos y pródigos de vida—la *sirena negra* nos atrae; luego, cuando queremos cobrar los intereses que hemos creado, la *intrusa* nos hace temblar.

—Muy sencillo. Niños mimados, nuestra vanidad quisiera interrumpir la existencia para que nuestro nombre se aureolase con la gloria de una esperanza muerta en flor. Niños mimados, nuestro orgullo, ante la contingencia de que las cosas no saliesen a medi-

da de nuestros deseos, quisiéramos destruir, con la impotencia de toda rebeldía, el orden inescrutable del destino.

—Por consiguiente, según tú, no debemos prevenir...

—Pero, inocente, ¿no observas que esas preocupaciones que te atormentan no son previsiones? Una cosa es ver venir los acontecimientos, y otra ocupar con anterioridad (pre) una posición que no nos pertenece, porque sólo a Dios está reservada.

—Sí; eso es muy bonito para decirlo. Yo escribí una vez una cosa análoga; y... nunca la he practicado.

—Ese es el mal. Ten la conciencia tranquila; y todo lo demás te será dado por añadidura. El bien no es lo que resulta, sino lo que se hace bien. ¿Las consecuencias? No olvides nunca al Cristo... ni a Kant... «La buena voluntad...», «el imperativo categórico». ¿Lo demás?... Ya verás cómo te sale bien; porque los limpios de corazón, en todo han de ver a Dios. Y si la dicha pasa junto a ti, no la dejes marchar sin que se lleve como recuerdo la cruz de tus brazos y la oración de tus besos. Maeterlinck, tu maestro, lo ha dicho: «Si en esos momentos resistiéramos a las órdenes invisibles y terminantes del destino, habremos sufrido una pérdida, que nada puede reparar; porque perdimos la ocasión de escuchar a otra alma y de procurar un instante de amor a la nuestra; y lo que pasa no vuelve más.»

—¿Y ella?

—Yo ya no soy digno de ella.

—Purifícate.

—Ya es tarde...

—. . . . . . .

En la Catedral dan las doce. Los dos amigos se separan. Y aquel que quería querer y no sabía cómo, y que se desvivía por vivir sus visiones, sigue y sigue, triste, solitario, inquieto, monologando extraños

diálogos; sigue y sigue por la orilla del río, cuyas ondas va rimando la luna—la hermana luna de todos los locos—con el misterioso encanto de su silencio argentino.

Vibrando...

No hablo de ésta. Esta es el motivo

Un hecho, mientras más concreto, más complejo me parece. De aquí mi imposibilidad para juzgar; porque la crítica es sólo de lo relativo; y lo relativo, lo creo inagotable en sus relaciones. Ese fué el error del positivismo: considerar que al circunscribir el objeto, podía contenerse el entendimiento. Siempre que he querido estudiar un *caso,* el *dato,* mi fantasía rumbaba en loca cabalgada hacia la ilusión. Y a la inversa, a través del símbolo he querido vislumbrar la individualidad. Lo real, lo actual, no son para mí más que la apoyatura de mis divagaciones.

Tu quoque

Allá, en lo más hondo y en lo más alto, donde el Cristo vive muriendo de amor, donde todos somos o podemos ser nazarenos y visionarios, en aquella región de nuestro espíritu de alegres suavidades de amaneceres y de augustas magnificencias de crepúsculos, brilla la utopia cual una apoteosis de gloria. Pero, frente a la vida, cara a cara al mundo de las apariencias—cuando hemos sufrido algunos desengaños, cuando hemos visto desdoblarse a los hombres (y hemos encontrado bajo el cínico un mártir y descubierto las pequeñeces de los grandes), cuando hemos sufrido todas las brutalidades del progreso, y todos los odios y todas las luchas de la paz...—yo no puedo menos de bendecir la guerra.

Los sofismas. Las hipocresías

Hay varias cosas que no comprendo. Una cosa se puede decir verbalmente, y no por escrito; se puede expresar en este sitio y no en aquel... «Una excepción confirma la regla»... y yo creía que disminuía su verdad... Un «mal necesario» debemos condenarlo y aceptarlo. ¿Si es mal, por qué es necesario; si es necesario, por qué es un mal? Hace tiempo me hice esta pregunta; y todavía permanece incontestada.

En teoría, los dogmas; en la práctica, las adaptaciones, los convencionalismos; en la crítica, lo infalible... ¿Por qué? Los soñadores deben tener una mentalidad muy simple; pero los leguleyos—de la Ciencia y de la Vida—deben tenerla muy doble.

¡Oh, los paliativos! «La autoridad suprema, el justo título, la moderación en los procedimientos...» Lo necesario—fatal o providencial—. No hay más. Lo demás, abstracciones o casuísmos. Lo racional—«la razón humana directora del mundo»—pura vanidad de estos muñecos de hombres.

«Un alma joven habitaba con ella, sentimental, sensible, sensitiva.

El recuerdo de aquella leyenda áurea que fué rota, pesa con agobiadora tristura sobre las almas.

Y veo...

(Por la mañana, en un puesto de periódicos.) La madre retiene, llorando y besando, a su hijo. El padre lo abraza: quiere decirle algo de lo que ha leído, y sólo acierta á pronunciar «cumple»...

(A la noche, en el zaguán de una casa.) La hermana da al soldado un escapulario, como recuerdo. La tía, unas cuantas monedas. Y la novia... Aquello es triste, y yo paso de largo.

(Bajo la Giralda, a la hora de coro.) Un grupo de reservistas entra por la Puerta de los Palos...

Consolemos las tristes memorias de nuestras desventuras con las venturosas de nuestros días de aventuras; consolémoslas también con la esperanza... Lo sentimental, como la flor más pura de la vida, debe brotar en la soledad, en el silencio, lejos del *mundanal ruído*. Y para no parecer sentimental, hay que serlo de verdad.

Bellum; bellum est

La guerra es más y menos terrible de lo que nos figuramos los que la vemos a través de una representación—de la palabra o del dibujo—, como si fuera una obra de arte. Menos terrible, por lo de teatral que creemos que tiene, desde lejos y en espectáculo. Más terrible por lo que tiene de pequeños y reales dolores.

Alguien me ha dicho: la guerra, salvo ciertas ocasiones, es sosa. Y es verdad. Es sosa como la vida cotidiana. Pero hay momentos trágicos, sublimes, redentores. En ellos no vencen los impetuosos en la acción, los de medios poderosos; vencen los héroes —los sentimentales y los intelectuales—. Para saber el valor del valor es menester haber sentido el temor y haber realizado el esfuerzo... Y por eso y para esos momentos—en que la inquietud del espíritu aquieta las pasiones rastreras y la visión de la Muerte purifica todos los egoísmos—la guerra, quizás por paradójico contraste, une familias y pueblos; hace olvidar pequeñas miserias y rencores; realza esos sentimientos, que en otra ocasión son vanas palabras, lemas de Juegos florales (Patria, Fe...), enaltece y hace sensibles los grandes ideales (solidaridad humana... aun para con el enemigo).

En la guerra—y más el día que se generalicen las *balas silenciosas, frías*—los hombres son más hom-

bres... y más humanos que en la paz; tienen algo de la inescrutable, de la fatal misión del Destino. Pero hay también momentos de descanso. Y en éstos, la alegría debe reinar; que si la guerra es triste por los resultados—para los que no van y para los que vuelven —, los que están en ella y la hacen deben estar animosos. ...Y en el encanto de estas noches, dominando las notas rojas del trágico concierto y las notas de plata de los rayos de luna, debe surgir el áureo y vibrante rasguear de las guitarras españolas... Y luego, cuando duermen los héroes, besará sus frentes un sueño triunfal.

¿Habéis contemplado el cuadro de Detaille: «La Réve»? ¿No es verdad que la guerra es la gran pacificadora?

El alma ausente

(El comento de un cuento.)

A la bendita hermana de la Caridad que un día me condujo por el laberinto donde moran los cuerpos sin alma y por donde pasan las almas ausentes.

I

Así como Bécquer gustaba de visitar los cementerios de las poblaciones que recorría, a mí me atraen esos lugares donde las pupilas parecen flotar cual buques fantasmas en mares de hielo, con el girar desorbitado de una obstinación sin rumbo. Aquellas pupilas monorrítmicas o sin ritmo, en cuyo fondo sin fin debió escudriñar Miguel de Cervantes Saavedra la razón de su *Don Quijote de la Mancha*. Aquellas pupilas visionarias o sin visión, cuya glacial fijeza o glacial voltariedad sirvió a don Francisco de Quevedo y Villegas para exclamar: «ni son todos los que están, ni están todos los que son».

Si supiera que todos los que me leen, me leen sin sorna, yo desterraría de mi pluma la ironía--mil veces más amarga para quien tiene que decirla que para quien ha de escucharla—. Y más en la presente ocasión. Si queréis reir, reid a costa mía: de mi estilo, de mi figura, de mis actos, de mis ideas; pero dejad en paz a esos pobres seres tan dignos de piedad. De entre esas varias melodías de ritmos extraños y extraños motivos, que he escuchado en mi deambular por la tierra, hay una, cuyas notas fragmentarias hoy quiero hacer resonar. No ofrece nada de notable. Si la recuerdo es para que el título de estas líneas—que, como todos mis títulos, puse a la ventura—no quede como una latente ironía, como el sarcasmo cruel de un oculto burlador.

Rebuscando en mis papeles—para quemar los míos y ordenar los ajenos, como quien se dispone a marchar—hallé unas notas disparatadas, que parecían el justificante de una frase que en un rato de humor había dejado deslizar.

Y poniéndome entonces a escarbar en mis memorias, fué reconstituyendo las sueltas escenas de un drama—cuya trama he ignorado siempre—; y para hilvanarlas de algún modo las escribí unas a continuación de otras.

Y de esta guisa quedó hecha la presente divagación.

II

. . . .

. . . .

. . . .

Lo conocí una plácida tarde septembrina, en un pasear sin par por la Moncloa, velazqueña y otoñal.

No sé por qué nos saludamos y por qué entablamos amistad. Tenía pensamientos muy raros... Y decía...

—Allá en Londres, fuera por aquel ajetreo continuo, por aquella atmósfera de actividad y trabajo, o por aquel frío que enardecía la sangre y le hacia a uno consciente de su existir, yo nunca pensé tumbarme en mitad del camino... Pero aquí, en esta mi patria, en esta ciudad, y más en aquel mi pueblo, siento una pereza... una apatía... tengo una cansera... me invade una dejadez tal y me domina tal inconsciente abandono, que, a veces, aun en medio de las calles, y casi siempre en el campo, yo quisiera tenderme y no levantarme más; echarme de bruces sobre la tierra y besarla, y que este fuera el beso postrero de mi vida.

. . . .

. . . .

Volví a verlo, una blanca noche de enero—blanca y fría como una casta vida, solitaria y sin amor—acodado sobre el barandal del *Pont Saint Michel.*

No sé qué extraña vendavalada había pasado por su alma, desolándolo, agostándolo todo. Sólo puedo deciros que sus ojos miraban fijos, fijos, fijos, con una fijeza pertinaz y aterradora, las ondas del Sena fugitivas, murmurantes, brilladoras...

Sentía unas cosas muy raras. Y decía...

—...Cual si me hubieran dado una puñalada en el corazón... Cual si me hubieran dado una puñalada en el corazón; en el corazón, y con violencia tal que echasen el cuerpo hacia atrás y la cabeza hacia adelante... Y aquél emprendiese veloz carrera para recobrarla, tan veloz que la alcanzara, y no pudiera detenerse; y la adelantara, y no pudiera detenerse; y siguiera adelante... Y la cabeza se fuera quedando atrás, atrás, atrás, rebotando de acá para allá, como globo cautivo en día de huracán, y viendo cómo el cuello se iba alargando, alargando, y cómo el tronco iba corriendo, corriendo, con un correr desenfrenado, sin objeto y sin fin... Y cuando ya estuviera a punto de quebrarse el hilo sutil que la enlazara, y quedar flotando eternamente en el espacio a merced

de todos los vientos, una fuerza extraña y misteriosa la hiciera curvar súbita, rápidamente, e ir flechada al corazón, como el cuello del pelícano se curva sobre sus entrañas... Y comenzara a devorarlo con ansias infinitas, fruyendo al devorar un gozo indecible, inefable, porque ya el dolor no había de quedar impartido... Y de esta suerte, nutriéndose siempre, siempre del corazón, quedara convertido todo, todo, la cabeza, los brazos, las manos, las piernas, los pies, el tronco entero, todo, todo quedara convertido en un solo, inmenso, gigantesco, monstruoso corazón, que fuera girando por el mundo como una peonza loca... Y de pronto le nacieran unos bracitos alfeñicados y unas piernecitas filamentosas, y empezara a danzar una danza guiñolesca... Y luego aquéllos cogieran unas tijeritas, y comenzaran a sacar tiritas, tiritas y tiritas del corazón para hacer una linda labor de taracea... . . . .

. . . .

Después, no lo volví a ver más. Sabía algo de su vida, no vivida, por referencias. Me habían dicho que quería unas cosas muy raras... Pretendía volar sin aeroplanos, sin dirigibles, sin aprovecharse del invento de Montgolfier, ni de ninguna de las combinaciones de Vinci o Bergerac. Al principio se contentaba con querer inflar los pulmones y dar a la cavidad torácica una elasticidad prodigiosa. Pero así sólo conseguía elevarse a un metro del suelo, y volitar o velivolar a ras de tierra. El aspiraba a mucho más... Un día quiso arrojarse a un estanque, para que, convertido en gota de agua y absorbido por los rayos solares, pudiera cernirse, en forma de nube, por cima de las más altas montañas, y llevar en su seno el relámpago y el trueno que atemorizan a los pueblos y los hacen creer en Dios...

Otro día, por poco no se mete en un horno ignescente, para que reducido a ceniza y diluído entre los invisibles átomos del aire, fuera portador de esas vo-

ces calladas, musitadas cual un suspiro del alma, recitadas cual una plegaria, voces de esperanza, de consuelo y de amor, que el amante dirigía a la amada...

Una vez le quitaron de entre las manos una de esas claves fatales—presentes de la Parca—, con que pretendía abrir, en la cárcel de su cuerpo, una ventana por donde pudiera escapar el espíritu, y...

Y otra...

. . . .

Hasta que un día, visitando uno de esos lugares que tanto me atraen y me fascinan, como a Bécquer le atraían los cementerios, hallé... hallé entre flores, y entre las flores marchitas de tantas mentes desordenadas y de tantos corazones desacordados—tristes vendimias de la cruel tragedia...—hallé la faz desencajada de mi amigo, que con voces desentonadas desgranaba una rara canción: la extraña melodía de un himno extraño, que no acertaron a rimar ni su corazón ni su razón...

Hacía unas cosas muy raras... Apartado de todo el mundo iba y venía, sin que sus idas y venidas revelasen ley alguna de movimiento. Andaba lenta, muy lentamente, cual si viviera fuera del tiempo. Andaba junto, muy junto a la pared, cual si quisiera filtrarse por ella, porque el espacio estuviera lleno y no hubiera lugar para él. Y al andar extendía las manos—como quien va a obscuras y teme tropezar, o como niño que se suelta a andar—. Y al andar encogía las piernas—como si el suelo estuviera lleno de espinas—. Y andaba casi sin pisar, sin asentar los pies, como si los pies no llevasen al cuerpo, sino del cuerpo surgiesen para ir explorando la tierra. Y cuando se detenía, gesticulaba y manoteaba como un náufrago, como un náufrago que se hundiera en los abismos, como un náufrago que saliera a flote repentinamente.

Al romper a hablar, su voz parecía más que el balbuceo impreciso de un despertar, más que el premio-

so tartamudeo de una ausencia de ideas o de palabras, el convulsivo rugir de una conmoción geológica. Luego las palabras se precipitaban, unas tras otras, rápidas, impetuosas, anhelantes; y las sílabas y las frases se atropellaban, se enredaban, se confundían, se aniquilaban unas a otras en aquella tromba, en aquel torrente tumultuario de sonidos sin son... Y decía...

—...Al principio creí hallarme en uno de tantos congresos que celebran, por el simple gusto de escuchar cómo pasa entre ellas el viento gárrulo, esas cañas pensantes que se figuran ser centros del mundo y cetros de la creación... Nadie me entendía, y a nadie comprendía. Todos eran a pretender, y ninguno quería atender... Después. Después... Pero, no, ¡no! ¡no!... Esto es...

(Y aquí bajó la voz; su voz era entonces como el sordo murmullo de un silencio ruidoso, como el bemol que en la escala inmusical de la natura preludia el trueno de la tormenta.)

—...¿Se entera usted?... (Y sus pupilas desorbitadas, frenéticas, taladrantes, atravesaban mi cerebro con una punzadora, acerada frialdad.)

—...¡Fuí yo!... ¡Yo!...

(Y su voz aguda, agudísima, chirriante, estridente, se retorcía como lamento de un alma precita, y hería el tímpano cual si fuera una finísima y hueca aguja de cristal.)

—...Lo maté a traición, como a un perro. ¡No merecía otra cosa! Le eché una zancadilla, como las que él solía echar a todo el mundo con la celestinesca legalidad... Y ¡zás!, cayó en tierra aquel pedazo de humanidad informe... ¡Ni remordimientos sentí!... No sentí nada, nada... Es decir, sí... Sentí una rabia sorda... Me había propuesto hacerle sufrir... ¡Y no tenía corazón!... ¡Era un fantoche, un rídiculo muñeco de trapos! Un pelele que los hombres hemos puesto para hacer lo que no debemos, con el pretexto de que to-

dos lo hacen... Un tabú ante el que aplaudimos lo que nuestra conciencia reprueba... Un sentido sin sentido y sin sentimiento, un sentido inhumano, que al hacer al hombre ídolo del hombre, desfigura la obra del Creador, pues el hombre fué hecho a imagen y semejanza de Dios...

(Y al decir esto, reía, reía, reía estrepitosamente, con una risa cruel que se quebraba en cataratas, como la risa de los que no han reído nunca... Como la risa de un alma que conoció las horribles torturas de todos los remordimientos y de todas las desesperaciones... Como la risa de esos momentos terribles, sobrehumanos, en que columbramos horrorizados «el aquilino perfil de la locura», y sentimos entrechocar las paredes del cráneo, y que el corazón se estruja y se desgarra, y la vida se trunca, y el alma se parte, y las venas revientan en surtidores de sangre, que llegan al cielo e inundan la tierra.

Y luego, con una brusca transición, tan brusca que sólo por esa misma brusquedad puede explicarse, velósele la voz, presa de una turbación inmensa, y veláronsele los ojos, anegados en un mar infinito de lágrimas.

Hincó una rodilla en tierra, dobló el cuerpo sobre la cruz que los brazos formaron en la otra rodilla; y su pecho prorrumpió en un sollozar tan profundo, tan continuo, tan puro, que más que un sollozo un suspiro parecía, y que en cada suspiro iba a deshacerle el corazón... Lloró como yo no he visto llorar nunca. Con un llanto del alma. Como se lloraría en el cielo, si en el cielo se pudiera llorar... Alzó la frente. En sus ojos había una calma luminosa y ciega. Y habló queda, pausadamente, con una efusiva y dulce cordialidad.

—Tú me creerás...—Y se llevó el índice a la sien con intención de barrenarla. —No. No lo niegues. Lo dicen todos. Todos lo creen así... Y, sin embargo, no es así... No. No es eso. Es... es otra cosa. Algo peor,

mucho peor, muchísimo peor... Y, sin embargo, tiene que ser así... Así ha querido que sea quien todo lo puede... ¿Cuerpo sin alma? ¿Alma sin cuerpo? ¿Alma sin alma? No. Alma desalmada. ¿Neurastenia? No. Remordimientos. Verás... Un hombre va por el campo. Se desencadena una horrible y horrísona tempestad. Un rayo cae y lo mata... Esto es lo natural... Pero aquel hombre ha salido de su casa, de su ciudad, huyendo de su conciencia... ¿Ves ya lo moral, la justicia? Por fuera, y a lo lejos, el monólogo hamletiano, el aria triste de un alma en soltería, la charla incasada... Por dentro, y desde cerca, una palabra incumplida... ¿Conoces, amigo mío, algo más triste que un cantar interrumpido?... Una ilusión que se desvanece es ya algo perfectamente trágico... Para saberlo bien hay que retroceder a los primeros días de la humanidad... Mas para sentir en toda su fatal grandeza lo que es la muerte de un amor, hay que remontarse a los primeros momentos del mundo, cuando Dios no se servía de intermediarios para hacer cumplir sus decretos... Y la justicia de Dios pesa sobre mi alma como la mano despojada de la leyenda becqueriana.

. . . .

. . . .

III

Al despedirme de aquel a quien un día llamé mi amigo y cuyo espíritu ya no me respondía—de aquel cuerpo que perdió su alma, de aquel vaso sin esencia, de aquella caja de extrañas resonancias—me entregó un pliego escrito de una muy curiosa manera. Las letras se van enzarzando de suerte tal que el conjunto figura uno de esos dibujos que los chiquillos trazan en el suelo para jugar al «caracol». Era una muy rara escritura. Y decía... Decía también unas cosas muy raras.

Y estas notas disparatadas de una disparatada melodía, fueron las que al rebuscar entre mis papeles—para quemar los míos y ordenar los ajenos, como quien se dispone a partir—sirvieron de justificante al título de esta divagación—que, como todos mis títulos, puse a la ventura—. Si hubiera podido descifrar sus caracteres, habría llegado a conocer y a comprender el sentido de una vida sin sentido. Y si el que estos renglones escribe poseyera la magia de la poesía, el prestigio del arte, esta divagación hubiera tenido, al menos, el encanto de un cuento. Porque no goza de tal don, esto ha sido un mero comentario, el extravagante epifonema de una historia anónima. Y porque nunca he sabido descifrar el significado de aquellos caracteres, aquel pliego sólo me ha servido como de recordatorio, como el índice de un drama cuya trama he ignorado siempre. De un drama absurdo; porque, ¿puede haber drama sin que por la vida pase la sombra de *Ella?*

Este drama tiene una segunda parte. Pero no la quiero escribir. Sería hablar de dolores no consolados aún. Además, ya ha sido escrita; porque en estos dramas de amor y de dolor nada importan los sujetos y los tiempos; lo que importa es el amor y el dolor mismo—el amor y el dolor humanos, universales y eternos—. Lo bosquejó el príncipe de los ingenios al finalizar la novela de *El Licenciado Vidriera.*

La nimió y pulió un ingenio de nuestros días, que ha dejado en su *Castigo de la Cordura* un verdadero cuento ejemplar, una obra delicadamente, profundamente conmovedora.

II.—AL BORDE DEL CAMINO

Los que tienen que renacer

Once born and twyceborn characters
(W. James.)

Por moda, por vana y orgullosa erudición, creí, hace algún tiempo, que un abismo infranqueable separaba la Etica de la Política, que había una Ciencia aparte de la Vida, y un Arte por el Arte. (¡Así, con mayúsculas, y todo!) Hoy, merced a la santa y dolorosa experiencia—redentora de los apriorismos científicos—, retorno a lo que en un principio fué cándida intuición, y voy comprendiendo que si es verdad que toda cuestión social o política se resuelve en un caso de moral o de psicología, y que el arte debe nutrirse de ideas para realizar su ideal, también lo es que: «*la question morale reviens question sociale*»—como dice Charles Maurras, parafraseando el famoso lema de Ziegler—y que todo problema científico se traduce en una obra de arte.

Por eso ha dicho Maurras en su reciente obra *L'avenir de l'intelligence:* «Si se quiere evitar un individualismo que sólo conviene a los protestantes, nada de actos, sino instituciones. Sólo la institución, durable hasta lo infinito, hace durar lo mejor de nosotros.» (Y ahora que se celebra el centenario de Balmes, el gran filósofo español, yo quisiera glosar su

obra capital con esta idea sugerida por el publicista francés: el Libro, la Iglesia...) Por eso se ha dicho en frase que merece ser esculpida, que debemos eternizar en nuestra mente a fuerza de pensar sobre ella: «De la tragedia de la Ciencia nace el Arte.» Por eso... Mas basta de preámbulos. No quiero ni con el más leve sofisma, ni con la verdad misma, justificar la utilidad de mis obras ni la bondad de mis actos. Y no por soberbia. No.

He llegado a esa situación de ánimo en que el hombre se somete plenamente a su destino y no protesta contra ningún juício que de él se forme, por infundado que sea. He querido terminar el prólogo de esta mi divagación. Y no puedo; no puedo... Después de todo, quizás todo discurrir sea una mera digresión, cuya consecuencia final nunca podremos educir; el prólogo de un libro cuyo colofón lo encuentra cada individuo en el epitafio de su tumba. Y la vida misma, ¿qué es sino un inconsciente preliminar?...

Ya he dicho en otra ocasión que estamos presenciando un gran movimiento espiritual en la humanidad contemporánea; que asistimos al florecer de un idealismo, sin románticas rebeldías que a nada conducen, y sin cursilerías enfermizas; un idealismo sano, sereno, de un optimismo consciente, que ha sabido suavizar la aspereza del imperativo categórico con la paz de los hombres de buena voluntad. Este movimiento ascensional de los espíritus palpita crepitante en las páginas febriles de Sondéreguer, de Papini... «El mundo, curado, al fin, de la enfermedad que le inoculó Schopenhaüer, está lleno de alegría.» Y como la alegría es siempre agresiva, hoy se hace la guerra a todo, sin preocuparse del dolor de la guerra. La alegría que agita al mundo estalla en entusiasmos redentores, prenuncios de quién sabe qué grandezas...

Pero...

«Hay hombres—dice W. James—que para ser di-

chosos no han tenido que nacer sino una vez; y hay otros que, nacidos desgraciados, tienen necesidad de un nuevo nacimiento.»

Estos últimos, mientras viven muriendo, son pesimistas, están obsesionados por el sentimiento de su miseria irremediable. Y esta tristeza inmensa, agobiadora, lacerante, se inicia con la esfumación de los ensueños, acrece con el sentimiento de la inadaptabilidad al medio, y termina en la tragedia de las ideas, que no logran ordenarse, y en la tragedia de la voluntad, que no sabe actuarse sin dejar de ser buena. Incapaces o inhábiles para reducir a obediencia el negro caballo—de que nos habla Platón—; preocupados en moldear el barro deleznable que recibieron como dote al entrar en la vida; subiendo fatigosamente por *le chemin montant*—de que nos habla Federico Plesis—, se hacen insociables, misántropos, antipáticos. ¿Hay algo más antipático que la sensación apesadumbrada de un esfuerzo ajeno?

«No pueden reflexionar sobre los objetos de nuestros deseos, sin ver en ellos la felicidad; sobre las causas de nuestras alegrías, sin percibir en ellas la nada. Y sobre todo, la reflexión sobre sus propios actos, sobre sus pensamientos, sobre sus secretas voluntades. Les aflige una enfermedad cruel entre todas: el escrúpulo *(Wory)*, la inquietud, la obstinación a atormentarse. Este mal secreto llega a convertirlos en verdugos de sí mismos *(heatontimorumenos)*; les hace olvidar las compensaciones de los momentos alegres y de las acciones buenas, y los sumerge en tormentos mil veces más horribles que los del infierno dantesco...

Y ahora os pregunto—mis queridos lectores—, ¿conocéis algún remedio para semejante enfermedad? Yo no lo conozco. Por eso escribí este artículo. Pude hacerlo más breve: publicando un anuncio en la cuarta plana. Pero...

La sinrazón de la razón

Ay, triste del que un día en su esfinge interior
pone los ojos e interroga...

R. Darío.

Ay del que ante el primer fracaso interrumpe su camino para razonarlo y contarlo. Ay del que no contento con existir, quiere sentir palpitar su vida y explicársela.

«*...Está perdido.*»

Y menos mal si—como Goethe—logra artizar y objetivar su dolor; que el Arte—casi siempre a costa del artista—recrea la vida y la rehace y la expresa en su primera, pura, armónica individualidad.

Martínez Sierra, en una obra intensa, que ha sabido novelar la novela de muchas vidas—*Torre de marfil*—ha escrito una frase que es todo un acierto: «Ya ves tú qué raro: a mi madre le dan espanto las novelas, pero los versos no le importan; le parecen cosas de juego, flores de inofensiva palabrería». El pensar de esta madre—que es el pensar de muchas madres—, no es, después de todo, si bien se mira, sino el fondo común del pensar de toda la humanidad. Lo que se predica de la poesía se declara también de las otras dos artes fundamentales—la Música y la Arquitectura—; de la una, por ser emoción pura; de la otra, por ser necesidad primordial de la civilización. Y de las demás artes—bellas, suntuarias, industriales—, cuando son una superabundancia vital, un lujo, un adorno social, una *gracia* que hace el Espíritu a la Naturaleza.

Y de las ciencias, en cuanto se limitan a ser una experiencia del mundo fenomenal y una norma de prudencia para la vida; en tanto se concretan a estudiar y a explotar las fuerzas naturales y las energías sociales para que le sirvan de medio al hombre—

«rey de la creación»—y le permitan desempeñar en sociedad una *profesión*—profesor, abogado, médico, político, ingeniero, industrial, comerciante, barrendero, guardia municipal, etc., etc.—Y de la vida, en general, siempre que la tomemos tal como es y saquemos de ella el mayor provecho posible.

Pero he aquí que sobre el reino de la *naturaleza* y el de la *sociedad*—acciones y reacciones espontáneas, pasiones regladas y convenciones impuestas—va a fundarse el imperio de la *idea* y del *ideal*—emerjan de las profundidades del mundo cual magnífica floración, o desciendan del cielo cual lenguas de fuego del Espíritu Santo—. Y, entonces, ¡ay del hombre que sintiéndose inspirado, atraído, llamado, anhele preparar el advenimiento de la idea, propagar la gloria del ideal, y no disfrute el don divino del artista, del héroe, del santo o del genio—suprema inocencia, plena inconsciencia—... o la cualidad humana que lo sustituye a veces—completa malicia—! Y del arte, cuando no se limita a contemplar y a reproducir, sino que, además, pretende enseñar y educir—el arte de ideas, el arte de tesis, la didáctica, la sátira—cuando al cuento se añade el comento. Y de la ciencia, cuando no se sacia con un conocimiento de erudición (y bajo tal nombre comprendo, no sólo lo que como tal se designa generalmente, sino todo conocimiento que nos viene como un *dato)* y aspira a investigar, a inventar, a descubrir. Y de la vida, cuando aspira a la perfección, a la reforma, a realizar la soñada felicidad.

Pero esto no es todo. Hay más. Cuando el hombre hace un alto en su vivir cotidiano y deja de ser un contemplador del arte (uno del público), un actor de conocimiento (un profesional), y se convierte en artista de su propia vida y en espectador de las ideas, en *dilectante,* en filósofo (amador de la sabiduría); cuando en el silencio y en la soledad comienza a ascender por la misma escala y quiere trascender del mundo de las apariencias y ansía penetrar en la re-

gión misteriosa de las causas y de los gérmenes, más allá de donde se celebra el drama de los *electrones* y de los *iones*—donde la materia al espiritualizarse (en el hermoso renunciamiento de su disociación) desprende energía, y la energía al realizarse en el sublime sacrificio de su amor (de su atracción) condensa materia—; cuando al hombre no le satisface ni el *qué* ni el *cómo,* y pregunta: *¿por qué?...* no está lejano el día en que—tanto o más que por la crisis interior, por el vacío que en torno suyo hace la sociedad—exclame desalentado: ¡y *para qué!...*

La sociedad que tolera, consiente, perdona y sonríe compasivamente los extravíos de la pasión o ante los desórdenes de la conducta, es totalmente refractaria a toda palabra que ligeramente desentone. La sociedad sabe muy bien lo que se hace. Y es que la sociedad—aparte de otra razón, que por ser metafísica me callo—como la humanidad en general, como la naturaleza entera, es eminentemente conservadora y dogmática--así la reconocía el bueno de Aristóteles, y eso que era un filósofo—; y su conservación exige que no vivan en sus dominios ni los vagos ni los locos—y vagos y locos son todos los que pretenden razonar la vida en vez de vivirla—. La sociedad hace bien.

«Cuando el rey me nombre ministro a mí»—como cantaban en la popular zarzuela—mi primera real orden será para mandar a paseo a todos los filósofos. Yo no diría, como Rousseau: «el hombre que piensa es un animal depravado»; pero sí diría que quien se mete a explicar y comentar las cosas (que es como meterse en camisa de once varas) y a buscar su *por qué* (en vez de buscar el suyo y no el de ellas), es un tonto de capirote y así debe ser declarado con toda solemnidad. Ocupado únicamente en sus elucubraciones, es un miembro inútil para la sociedad. Pasando por la vida distraído y abstraído, no tarda en

tomar un aspecto atontado y hasta estúpido. Egoísta, irritable, caprichoso, no acierta a decir una galantería a las muchachas, ni tiene una palabra amable para nadie; y como *El señor YO,* de Salvador Farinas, es egoísta hasta en la penitencia. En el trato habitual de la vida se conduce con una falta de tacto desesperante; demuestra la más crasa ignorancia en los negocios ordinarios, y se manifiesta tan fastidiado como fastidioso. Pierde la tierra por mirar a las estrellas, como el rey Sabio; y como el viejo Fausto, se expondría a perder también el cielo si Mefistófeles se preocupara por un ente tan insoportable.

Y, sin embargo... Yo os revelaría un secreto si me prometieseis no contárselo a nadie... ¿Me lo prometéis?... Bueno. No, no me fío. Estoy harto escarmentado. No os diré nada. En cambio, os recordaré unos versos—que es como se pueden decir ciertas cosas—de un gran poeta. El tono—sentimental o irónico—con que han de ser declamados, lo dejo a vuestra elección:

«Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,
y más la piedra dura, porque esa ya no siente,
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.»

La razón razonada

En estos días y en estas columnas, contradiciendo mi sobrenombre—el nombre temático, el de la publicidad—, haciendo falso mi sobrenombre, en vez de comentar la vida que palpita en torno nuestro, me entretuve en quitar ilusiones, contando el fracaso de las mías.

Si no supe ser *intelectual,* ¿por qué renegar de la inteligencia, la altísima señora de todo lo creado?

Si no pude razonar y esclarecer el problema que

se plantea cada sér humano con su nacimiento, ¿a qué desdeñar la *suprema ratio* y el *eterno amore,* que es la filosofía?

Ser idealista, mejor dicho, romántico en los negocios ordinarios y profesar el *practicismo* en teoría, es una broma demasiado pesada, sobre todo para quien la da, que suele representar el cómico papel del burlador burlado. A lo sumo, podría tolerarse como un rasgo de ingenio en una sobremesa, como un juego de propósitos en una *cacharrería.* Decírselo al público—que, como es un niño, no entiende de ironías—es faltar a la verdad. Y a los niños—que, con los *locos,* son los únicos que saben decirla—, se les debe la verdad, la verdad plena, la nuda verdad. Esa verdad, que no deja de serlo—¡tan grande es!—aunque se vista con el cendal maravilloso de la leyenda.

. . .

Se dice que la filosofía no es una ciencia práctica, que termina en la duda y en la confusión.—Entonces, ¿qué hay de práctico en el mundo? ¿Qué será práctico sin la ciencia de la verdad?—pregunta Ernesto Hello.

La vida no es vibrar, ni vegetar, ni sentir, ni sufrir, ni gozar. La vida no es vivir: es saber vivir bien. Ni hacer las cosas, ni saberlas. Saberlas hacer. Eso es todo. *Savoir faire...* A la realidad sólo llegamos por vías de amor; y quien dice amor, dice sacrificio y dice perdón. Y nos sacrificamos por el sér amado, y lo perdonamos cuando lo comprendemos. Conocer—idealizar—amar.

«Dos cosas iguales a una tercera», etc.

«Dios es el acto puro», se ha dicho en la profundísima definición escolástica, que es—¡oh misterio inefable!—como una forma *activista,* la más intelectual de cuantas se han dado del Sér que es. Cuanto más nos aproximemos a El, más activos seremos. Y nada nos aproxima tanto a El como el *eterno amore* y la *supre-*

ma ratio, que es la filosofía. Querer saber; saber amar. Amor de ciencia; ciencia de amor.

Vida sin sabiduría, es vida sin amor. La vida sin filosofía, la vida perdida en el hecho aislado, en lo múltiple, en el accidente, es la vida que no es práctica. A nadie aprovecha, ni por nadie se interesa, ni a nada conduce. En su egoísmo brutal (tanto más brutal, tanto más bárbaro, cuanto más refinado, cuanto mas civilizado), no es útil ni para el ente ridículo que pretende constituirse en ombligo de la existencia.

Sin la idea, el universo dejaría de ser *universo.* La creación volvería a la nada; el mundo entero tornaría al caos de antes que «la luz fuese hecha». Sin el ideal —la idea emocional—la vida toda (arte, moral, ciencia, religión) carecería de sentido, y nadie «vería que las cosas que había hecho eran buenas» y nadie podría «descansar». Sin la palabra—la idea articulada—los seres permanecerían mudos, no responderían «al llamamiento del hombre».

Es la inteligencia, la altísima señora de la idea, la que reduce la indeterminación del cosmos a una religiosa armonía, a una obra de arte, merced a los *números,* las *esencias* y las *leyes.* La verdadera filosofía, como toda creencia religiosa, como toda obra de arte, es una afirmación de vida, de vida fecunda, generosa, sobrehumana.

La tragedia real

(Esto no tiene nada que ver con *La Tragédie Royale* de Bouhélier.)

El *divagar* trae consigo algunos males: v. gr., no decir lo que se debía—tradúzcase «lo que se quería decir»—. Y perdida la ilación del discurso, el título permanece como el recordatorio de una esperanza muerta en flor. Si al pensar no nos sentimos solicita-

dos por un *hecho*—lo inmediato, lo real—o no nos proponemos un *fin*—lo claro, lo distinto—, nuestros pensamientos, convertidos ya en fantasías, rumbarán en loca, inacabable cabalgada por el País de Maya—que a través de la ilusión nos conduce al nirvana—. Esto, solamente al pensar. ¿Qué será al exponer, y exponer en una hoja periódica, cotidiana, volandera; y exponer al público? No queda sino observar rápidamente lo que *aparece:* seguidamente inducir, inducir cualquier cosa, e inmediatamente, muy inmediatamente—aunque sea forzada tanta inmediatividad—deducir, también, cualquier cosa. Aletear a ras del acontecimiento; dar la sensación del vuelo cuando allá en lo más alto, en el cielo, descubrimos un espacio infinito; dar la sensación del descenso cuando ante nosotros se abre un abismo insondable; y seguir aleteando, aleteando siempre, en pos del acontecimiento que viene, que va, que vuelve, en el eterno retornar—¿retoñar?—de los seres y de las cosas. Nada de remontarse, ni de profundizar—.¿Analizar? —No hay tiempo.—¿Construir?—No hay manera.

El público—y público somos todos, cuando no somos ni autores ni actores—pide *resultados* (hechos, conclusiones), no *considerandos* (principios, relaciones); algo que le interese, sin que él se llegue a interesar, y cuando no encuentra lo que busca, se distrae, porque «aquello no es distraído». No olvidéis que el público es un niño. Y cuando a un niño queremos quitarle un capricho, sin que vierta lágrimas—ya que no hay crimen más grande que hacer llorar a un niño—, ¿no aparentamos consentirlo, eludiéndolo? Pues demos gusto al público—no porque paga, sino porque es justo—, aparentando ceder a ese antojo que tiene por lo que se usa, por la moda, por la actualidad; aunque lo que se gaste sea muy gastado y aunque el contenido de nuestros comentarios sea muy extemporáneo.

¿Para qué se inventaron los adverbios y las con-

junciones, las fechas y los nombres propios, sino para enlazar lo desunido, metodizar lo desordenado, modernizar lo desusado y hacer tangible lo impersonal? Y quien quiera entender que entienda.

—Dime, abuelito: lo que dicen los cuentos, ¿es verdad?—...

—Y, ¿quién escribe los cuentos?—...

—Entonces, ¿en la vida se arregla todo como en los cuentos?

—...—Quita allá, tonta; los novelistas son unos mamarrachos que no dicen más que paparruchas.

—...—No, mujer... Dale... Que no me lo ha dicho nadie. ¡Ea! Yo misma lo he pensado.

—...—Si es sencillísimo. Y si no, fíjate. Cuando en una novela has visto padecer a una persona que se te ha hecho simpática, no te has preguntado: ¿A qué vienen tantos enredos? ¿No tenía el autor más que decir las cosas claras, y todo se arreglaría?

—...—Bueno, ¿y qué? Si se acaba, mejor. Una sofoquina tonta que nos evitamos...

—Vamos a ver. ¿Por qué no se pondrán los hombres de acuerdo?—...

—Mira, no me vengas con monsergas. Todo eso de los intereses creados, de los puntos de vista, de la complejidad de la vida, de la diversidad de pareceres, son pamplinas, pamplinas y pamplinas. ¿Te enteras?—...

—Que si para adelante, que si para atrás, que si a la izquierda, que si a la derecha, que si para arriba, que si para abajo, que si patatín, que si patatán... ¡Señores, qué lío! Y luego, para nada. Porque a mí que no me digan... «Tantas idas y venidas, ¿son de alguna utilidad»—...

—¿Qué quieren? ¿Ensayar? Pues no habría más que llamar a don Reaccionario o al señor Revolucio-

nario, ¿a ver qué hacían? ¡Eh! que vengan los señores Idóneos, que se tienen que examinar de Derecho político.» Y mientras se estuviesen examinando, nada de apuntadores ni de interruptores...—...

—¿Que esto no es posible; que siempre ha de haber oposiciones? Pues entonces, dejad estar las cosas; que no estarán tan mal cuando siguen estando... Y si no que echen a todos—revolucionarios, reaccionarios, conservadores, liberales, socialistas, burgueses...—en una retorta. ¿a ver lo que sale? Sería curioso...—...

—Pues es verdad. No había caído en ello. Pero, ¿no te parece que eso del crisol de la historia y del laboratorio de la vida, no será una de tantas y lindas metáforas para apechugar con las cosas e ir tirando?

—¡Cómo! Que, ¿a qué viene todo esto? ¡Hombre, tiene gracia la pregunta! ¡Si ni yo mismo lo sé! Veréis lo que pasó.

Estaba yo escribe que te escribe las cosas que bullían en mi magín, cuando de pronto, ¡paf!, el magín dice que *nones*. Y, claro, qué iba a hacer la pluma, sino seguir escribiendo, escribiendo... como cuando estamos aburridos y nos ponemos a tirar bolitas de papel o a trazar sobre éste rayas y más rayas, que luego, mediante un hábil retoque, pueden representar un guerrero medieval, o una grácil mujer recogiéndose la cola, o una gatita lamiéndose el hocico. Y, mientras tanto, la idea jugando con el pensamiento al escondite o a la gallinita ciega. En fin, vamos a ver qué figuraciones resultan de todo lo dicho.

Supongo que habréis visto *Por las nubes,* de Benavente... Y qué, ¿qué os ha sugerido esa obra...? Pero, no, no me digáis nada. Sería el cuento de nunca acabar. Ahora me limito a preguntar.

No quiero suponer que habéis visto las tragedias griegas, porque sería una majadería; ni que las habéis leído, porque, ¿quién—sino algunos chiflados—se lee hoy el *Edipo,* habiendo tantas cosas *bonitas* que leer?

Lo que indudablemente habréis oído y dicho hasta la saciedad, será aquello de «todos honrados, y la capa no parece.» ¿Y por qué había de aparecer? ¿Es obligatorio que todo lo perdido se encuentre? Y, además, «quien tiene capa, ¿no escapa?»... Pero, callad, callad... que ya está aquí...

—¿El qué?...

—¡Qué ha de ser! sino la figura que trazó el pensamiento buscando la idea. Mirad el dibujo... y mirad el gesto impaciente del corrector... y, ¡qué veo! También vosotros...

¡Qué lástima! Tener que rubricar ahora, cuando iba comprendiendo en qué consiste la *tragedia real* de la vida... Cuando iba comprendiendo que la tragedia no se da entre Orsmud y Arihmanes, sino entre seres humanos, que por su finitud y relatividad, ni se comprenden mutuamente, ni recíprocamente se compenetran, y creyendo hacer el bien—todo el bien—y decir la verdad—toda la verdad—no ven en la parte de bien y de verdad que los otros realizan y expresan sino el mal y el error... ¿Y por eso se matan?... ¡serán niños!...

Y el buen Dios, allá en los cielos, sonriendo compasivo, como un padre bondadoso con los juegos de sus niños... En verdad os digo que esto del divagar trae consigo algunos males; verbigracia...

La tristeza de los optimistas

Seems, madam! nay, it is; I know not seems,

. . . .

Was't the Hamlet wrong'd Laertes? Never, Hamlet

(Hamlet, I, 2; V 2)

Una niña delicada y gentil a quien pregunté cierto día por qué estaba tan triste, me contestó: Porque desearía estar alegre y no puedo.

Y esta respuesta me recordó la que le oí dar a un amigo mío, cuando, niño todavía, un maestro nuestro

le interrogó por qué andaba siempre tan afligido:—Porque quisiera ser bueno y no sé cómo serlo.

Si yo intentara dar una forma más intelectual a estas dos aspiraciones del corazón, os diría: estos niños estaban tristes porque eran optimistas. Sólo los optimistas, los que creen en la alegría y en el amor, los que aman el bien y la justicia, tienen el derecho de estar tristes, porque de ellos tan sólo es digno el dolor. Y puesto ya en el disparadero de lo paradójico, no tendría inconveniente en afirmar, de una manera rotunda, que únicamente los pesimistas, los que postulan la realidad del mal, los del «piensa mal y acertarás», pueden divertirse y bailar en este fandango del mundo, ya que, según ellos, quien no lo baila es un tonto. De una manera definitiva, con esa precisión con que el arte eterniza la sabiduría, lo dijo Campoamor: «Y como buen pesimista en teoría, le va en la vida bien, y habla mal de ella.»

Yo sé de quien, en los comienzos de su juventud, lloró al leer esta frase de Gorki: «La vida es una ramera que se entrega a quien la vence.» Secáronse las lágrimas, la indignación se fué calmando. El orgullo de ser bueno, la ambición de ser perfecto—que han debido sentir todos los jóvenes, so pena de no haberlo sido nunca—quedaron abatidos ante el hecho ineludible, ante el destino inescrutable. Y si a veces brota en su pecho, cual una llamarada, la santa rebeldía del «esto no debe ser así, y no lo será», muy luego la sofoca y la apaga, hasta reducirla a cenizas—ceniza humilde, ceniza cristiana—temiendo la zumba desconcertadora: «¡Cómo!; pero, ¿usted no sabía esto; de dónde sale, pues?»

En esa *cour du flambeau*—el hermoso símbolo heleno—de que nos habla Paul d'Hervieu, los humanos nos transmitimos los unos a los otros la luz de la idea y el calor del amor; pero también quemando casi siempre la mariposuela de la fantasía, que ama la

llama y en la llama se quema. Y tras la prueba el tributo; hay que pagar la novatada del *aterramiento*. No basta el sacrificio de vivir; el público pide además la claudicación. ¿Cómo se ha de privar de su placer favorito, del placer de las *tijeretas?*

Y las *tijeretas* son tres—cual «las llavecillas del alma» que encontrara el visionario; cual «los cofrecitos» en que *Azorín* encerrara la mentalidad española—: «¡Como todos, como todos...!» «¡No te lo decía yo...!» «¡Si tenía que ser...!»

¡Oh, aquellos tiempos de infancia en que todo hombre puede ser el primero en tirar la piedra, y no la tira por la pura bondad de su corazón de niño!

¿No es verdad, mi señor don Alonso Quijano—a quien tus costumbres te dieron el renombre de Bueno—, que traspuesta esa edad es que todo era paz, todo amistad, todo concordia, no debe enfrascarse uno en la lectura de los libros de caballería, ni menos dar en el extraño pensamiento de hacerse andante caballero—corredor de aventuras, buscador de la ventura, sufridor de desventuras—, de convertirse en *Quijote* y poner por obra lo que en tales libros se ha leído? ¡Cuánto te querían y cuánto te compadecían aquellas benditas mujeres, aquel licenciado y aquel donoso barbero que en el corral de tu casa hicieron un auto de fe con todos tus libros!

Y tú, viejo Fausto, mi sabio doctor—que por tus ciencias mereciste el dictado de maestro y la fama de mago—, pobre loco atormentado por tantas locuras y en medio de tantos locos, ¿no es verdad que cuando comprendemos la inutilidad del esfuerzo y sentimos el hastío del saber que no se sabe y hay frío en el corazón, no se debe remontar el curso de la vida, para gozar a destiempo lo que en sazón no supimos recoger? Y cuán bien te debía conocer aquella mujer que allá en tu taciturna mocedad, cuando te recluías en el gabinete de estudios en vez de corretear bajo

los tilos, te pronosticara para tus postrimerías una *verde vejez;* que «quien no la hace a la entrada, la hace a la salida.»

Y tú, príncipe de Dinamarca, trágico Hamlet, triste hermano del soñador Segismundo, que, con tu eterno y extraño monólogo destrozaste tu vida y la vida de tus amores, y no supiste prender el diálogo que Ofelia te ofrecía, ¿no es verdad que cuando analizamos la justicia de nuestro destino nos hacemos injustos por nuestra fatal irresolución, y cuando nos gozamos en el dolor—que por ser tan excelso no gusta de saturaciones—se vengan de nosotros, secándonos la fuente más pura de nuestras alegrías? Y qué poco esperaba de ti quien comparaba tu ofrenda con el viajero perfume de una violeta. *(The pérfume and suppliance of a minute: No more.)*

—*No more but so?...*

La tragedia del ideal

Por algo más que por «no haber hecho las cosas tempestivamente», debemos entristecernos: por «no haberlas hecho temperadamente, eubióticamente». No todo ha de ser oportunidad en este mundo; requiérese asimismo habilidad. Y quien dice habilidad, dice arte—y no hay arte sin técnica, ni técnica sin ciencia—; y dice política—y no hay política sin derecho, ni derecho sin justicia—, y dice gramática... ¿Por qué ha de ser *parda* la gramática de los hábiles? ¿Por qué no ha de ser azul?... ¿Para qué esperar la ocasión? ¿No podíamos prepararla? Quien sabe trabajar, ¿no sabe hacer—descubrir—tiempo? Y hallar—inventar—el momento, ¿no es ser oportuno?

Hamlet, Fausto, don Quijote, fracasaron no porque fuesen inactuales, sino porque carecían de sentido. Sus locuras, al colocarlos fuera del tiempo, los sacaron también fuera del mundo—del mundo en que

vivían, que era en el que debían vivir—. Extraviaron el camino; y llegaron tarde, o muy pronto. Eso fué todo. ¿Por qué confiar a la pasión lo que la pasión no debe realizar: la justicia? ¿Por qué pedir a la ciencia lo que la ciencia no puede dar: la vida? ¿Por qué creer que basta el ensueño para renovar el mundo; por qué esperar del esfuerzo aislado de nuestro débil brazo, lo que no han podido conseguir todos los hombres de todos los siglos: la felicidad?

Un dolor de contrición, un dolor inconfesado; la inquietud de un escrúpulo, la tortura de un remordimiento, la inutilidad de un esfuerzo; una necesidad insaciada, un bien perdido, una ilusión frustrada, un deseo incumplido; una palabra que se olvida, una esperanza que no se realiza, un tiempo que no se aprovecha, una vida que se trunca; un amor que pasa... Todo eso es triste, muy triste, sí; pero no es la *tristeza del optimista.*

Esta es todo eso, y algo más. Y este *quid proprium* es lo que hace que no podamos concebirla, sino como exenta de todo egoísmo o de un egoísmo tan redimido que se limite a ser el soporte del dolor; ya que no podemos imaginar ningún sér creado que no se mantenga vivo e individual sin una fuerza de cohesión. La fuerza de atracción—que concreta y limita, da forma y figura—tenemos que admitirla aquí como un postulado, para llegar a comprender cómo el dolor universal, la tristeza cósmica, puede gravitar sobre un pobre corazón humano.

El hombre que forjó un ideal y a él quiso ajustar su vida, que elaboró un sistema y quiso proponérselo a los demás, y creyó que lo que había hecho estaba bien; y un día vió que no era así... Ese hombre puede llorar el haberse equivocado, el verse incomprendido, abandonado, escarnecido, el sentirse maltratado, aborrecido, despreciado... Porque para llorar todos esos dolores hay lágrimas en los ojos y sangre en las venas. Pero, ¿dónde hay lágrimas para llorar el

llanto que hicimos derramar a los seres queridos que quisieron seguirnos?

Además, ni Hamlet ni Fausto eran optimistas; al menos, cuando dejaron la penumbra de «lo que no importa» y salieron a la plena luz del conocimiento—de la historia y de la crítica—. Este y aquél eran unos espíritus amargados, entristecidos. Y como no es lo mismo ser o estar triste que ponerse así—como lo hacen los logreros—; y como al que es o está triste todo le sale mal—y de esto sabía mucho aquella serena alegría que se llamó don Juan Valera—; aquéllos, que se sabían tristes, antes de inmolar al sér amado—enloquecer a Ofelia, deshojar a Margarita—, debieron sacrificar su amor. Como se sacrificó don Quijote de la Mancha—el puro de intención y bueno de voluntad, el esforzado, esperanzado, generoso, animoso, constante, creyente caballero, el «rey de los hidalgos, señor de los tristes», el fiel amador.

Locura sublime la suya; pero locura, al fin. Y no perdió el juicio por la mucha lectura—como han supuesto algunos imbéciles, para justificar quizás su necedad—, sino porque no supo leer. Por eso, cuando conoció su locura—su tontería—, su dolor fué tan grande, tan sincero, tan callado, que por no sobrevivirlo se murió. Que si muchas veces «Dios vuelve loco a quien quiere perder», a él le tornó cuerdo para que atestiguase con su muerte «que no había sido tan mala su vida, que dejase renombre de loco».

El optimista que abrió su alma a la tristeza, como a una pena merecida, y en su alma la guardó, como a una prueba divina, sólo vive de su tristeza, por ella y para ella vive. Su vida sin su melancolía sería cosa inexplicable. La sonrisa tiene en sus labios la abstracta palidez de un sol boreal. Y su reir sonaría tan extraño, como en un desierto el quebrado sollozar de una vieja catarata.

A uno de estos tales le dijo picaresca una muchacha:—¿Qué te pasa, hombre, que cuando no estás triste no haces más que tonterías?—Y es que la tristeza del optimista es una tristeza del intelecto. Y no hay tristeza más honda, más intensa, más absorbente, más dominadora, que la tristeza de un ideal. Subióse del corazón a la mente, no para que fuese más llevadera compartida entre dos, sino para que, en ese ritmo del diálogo, siempre hubiese uno sufriendo, siempre estuviese uno en tono menor. Cuando la contradicción, la antítesis, la lucha, ha sido transportada del mundo de lo pasional a la región de las ideas puras, el drama se convierte en problema. Y un problema sin solución es la tragedia más sublimemente trágica que cabe en lo humano.

¿El tiempo?... ¡Bah! ¿Acaso no es tiempo el recuerdo? ¿Y hay dolor más agudo que el del recuerdo, cuando nos visita callandito y aleve en medio de nuestros afanes o en los momentos de dolor, o cuando nos asalta, taladrante y cruel, en esa hora sombría que precede al amanecer, en que parecen darse cita, cual en un espantoso aquelarre, todos los remordimientos, todos los temores, todas las congojas, todas las angustias, todos los sufrimientos, todas las penas? ¿Las diversiones?... ¿Para qué? ¿Es que vamos a profanar la flor más hermosa de la idea, el dolor santo, el dolor bendito, el casto dolor, hijo del cielo?

El dolor es el único dato positivo, el único factor que conocemos, la única verdad plenamente demostrada y evidentemente cierta que poseemos para resolver el problema de la vida. ¿Y hemos de rechazarlo por una pueril, afeminada, incomprensible cobardía? Entonces, ¿para qué tomarnos el trabajo de vivir?

La solución consoladora

«A la alegría por el dolor»

Un destierro en un valle de lágrimas; una peregrinación expiatoria... Una lucha contra la naturaleza o entre los hombres, para adecuar la necesidad y el medio, para alcanzar una posición social... Un trabajo que realizar: cultivar la materia, educar el espíritu, artizar la existencia... Una contemplación del mundo; un espectáculo de los seres y de sus hechos: de las relaciones—de las acciones, de los actos, de las obras, de los seres...—Un problema que resolver; una verdad que descubrir o probar: por razonamiento, por intuición, por experiencia.

¿Qué es la vida?—La vida, sí, ¿qué es?

Para mí, es todo eso; y, por lo mismo, puede ser una cualquiera de esas modalidades; o una cualquiera otra que pudiera pensarse. Siempre que aparezca como una escala ascendente, esto es, siempre que implique progreso y dolor; ya que la línea horizontal—que nos habla de eternidad y de paz—es un espejismo del *más allá;* ya que la perfecta armonía de las curvas—líneas de belleza y de amor—el hombre únicamente puede entreverla, y únicamente puede trazarla Dios. Como sevillano, a mí me gustaría empalmar el mañana con el hoy en esa línea en calma del árabe ensoñando o en la serena línea del ocio griego. Como ciudadano—como ciudadano de una patria de gloriosos destinos, de una patria inmortal—, yo tengo que optar por la verticalidad de la vida—que supone el esfuerzo y supone la atención—. Por eso os digo que la vida es para mí un *problema.*

Un problema, sí. Pero un problema que hay que resolver. Percibir su realidad, admitir la existencia de una incógnita, reconocer la posibilidad del misterio,

y cruzarse de brazos ante lo desconocido como si fuera incognoscible, lo mismo puede ser la actitud del agnóstico que la postura del holgazán. Ese escepticísmo que se ha convenido en llamar de buen tono; esa despreocupación de la «buena vida», que por triste contraste es la vida que no es buena; son modas anticuadas, mandadas a recoger hace tiempo. Adopte cada uno la posición que más le conviene a su modo de ser; y, en vez de criticar la de los otros, cuide de progresar en la suya, de la mejor manera que Dios le dé a entender. Y como no sirvo para caminar, ni para *cominar,* ni para luchar, ni para obrar...; y como no quiero contemplar, porque muy fácilmente llegaría a soñar; por eso os digo que la vida es para mí un *plantear de problemas.*

Y sabemos que un problema se ha planteado, cuando el dolor—el dolor de lo inconcluído—hace sentirnos la necesidad de una solución. Por eso os he dicho que el dolor «es el único dato positivo para resolver el problema de la vida». Y el dolor es esencialmente humano. Una cosa, una realidad, una idea, una relación... son dolorosas porque el hombre las concibe incompletas, desordenadas, confusas, desproporcionadas. El dolor universal, la tristeza cósmica son meras abstracciones, que el hombre hace y el hombre sufre. No creáis qne al decir abstracciones pretendo negarles su realidad. Toda abstracción supone vida, y vida muy intensamente y muy personalmente vivida; pues eso quiere decir abstracción: abstraer, llevar consigo, sacar de las entrañas del mundo, arrancar de las canteras vivas, retirar, separar, apartar del borbotar caótico de nuestras representaciones la quinta esencia, y conducirla, a través de síntesis y síntesis, a la idea-madre, a la idea-tipo, a la idea-ejemplar. Abstracción que no sea esto, abstracción que se nos dé hecha y se nos quiera imponer, no es abstracción.

Cuando el hombre, a fuerza de ahondar en su dolor, de profundizar en su tristeza, de sondear sus penas, de meditar su sufrir, llega a penetrarse de su dolor y a compenetrarse con él; cuando consigue comprenderlo, y se da cuenta del *por qué* y *para qué* de su dolor; cuando lo ha depurado de todas sus impurezas pasionales y lo ha reducido a una abstracción, y lo ha elevado a una idea y lo ha convertido en el ideal sublime de su vida, el hombre ese ha resuelto su problema.

Y resolver un problema no consiste meramente en hallar una solución teórica, sino en proponerse una resolución práctica, que ponga fin a la irresolución de la voluntad y a la disolución del corazón o de la mente. Solución rima con salvación. Y nada hay más consolador que una salve...

Y si es verdad que nada hay más sublimemente trágico que la tragedia de un ideal, también lo es que no hay gozo más plenamente embriagador, más soberanamente puro, que el gozo del «ya lo encontré».

El hombre que llegue a prorrumpir el *¡eureka!*, puede entonar el *¡aleluya!* y puede decir que ha disfrutado de un momento divino. Ese hombre ha rehecho su vida. Puede seguir viviendo.

POR EL PAÍS DE MAYA

Relicario-breviario

De las glosas desglosadas

(1911-1912)

Estas pobres glosas desglosadas tienen para mi alma una significación semejante a la que tienen para el Poeta de lo inefable "Las hojas verdes" de sus "Olvidanzas". Fueron escritas al margen de la vida, y del estudio. Son visiones y divagaciones de una romería... Perdidas cuando la primavera florecía en el alma, y cuando el otoño doraba los senderos; y halladas ahora cuando el alma y los caminos se cubren de nieve.

I.—LAS FLORES MARCHITAS...

De aquella primavera

Las ondas concéntricas

Sobre las aguas en calma del lago dormido, cae una flor, una hoja seca... el viento pasa y murmura su extraña canción... un pececillo nada... un remo avanza... Y el lago dormido despierta, y desperézase en la movible quietud de sus ondas.

¿Qué cosa es esta del reanudar, que tanto trabajo me cuesta? ¿Por qué siempre que digo «continuaré», nunca continúo o no aparece la continuación por parte alguna?... ¿Por qué es tan triste un domingo al anochecer? ¿Por qué temía tanto las vacaciones, ni muy breves ni muy largas, que interrumpen el curso? ¿Por qué me fastidiaba tanto el repasar? ¿Por qué?... ¿Qué resorte es ese de la voluutad, que yo no debo tener, y que hace a los hombres fríos, serenos, impasibles, automáticos, cronométricos, y les permite reposar, divertirse y volver a empezar?... ¿Cuál es la palabra prodigiosa que suaviza el esfuerzo, y despierta la energía y hace dormir al pensamiento? ¿Cuál es el

secreto talismán que encarrila la actividad y la detiene y la conduce, y habitúa al hombre y lo deshabitúa y lo torna a habituar? ¿Cuál es la varita mágica que eslabona las aspiraciones y los resultados en esa misteriosa cadena de la vida?... ¿Por qué nunca pude distraerme? ¿Por qué nunca quise descansar? ¿Por qué temía tanto hacer un alto en el camino? ¿Por qué?

¿Por qué la música es para mí, más que un recuerdo, un impulso de vida, un aliento vital? ¿Y por qué para mí todo recuerdo es musical?... ¿Qué antinomia es esta que yo no puedo resolver? ¿Quién me puede descifrar este enigma que yo no comprendo?... ¿Por qué para trabajar tengo que sentir en mi interior las notas viriles, vibrantes, de un himno? ¿Y por qué para vivir fuera de mí—en la calle, en el paseo, en la tertulia...—tengo que sentir en torno mío, en el aire que respiro, en las personas que vislumbro, en todo cuanto me rodea, como las notas cadenciosas de un vals lejano, como el ritmo suave de una *pastoral* de ensueño?... ¿Por qué, al recordar, los hechos pasados resuenan en mi alma como el *leit-motiv* de una presentida melodía? ¿Y por qué, al escribir, las ideas brotan al conjuro de ese *ritornello,* que en vano me esfuerzo por olvidar? ¿Por qué?... ¿Por qué escribir? Sí. ¿Por qué? El sempiterno por qué de mi espíritu inquieto.

He aquí las ondas concéntricas, que una esperanza, un recuerdo, una ilusión, un deseo... describen en el lago dormido de mi voluntad... ¿Voluntad?

. . . .
mi voluntad se ha muerto una noche de luna,
en que era muy hermoso no pensar ni querer,
. . . .

¿Voluntad?... Sí. Voluntad. Voluntad de vivir.

Las tres llavecitas

I

Aquel gran *pequeño filósofo*—el del paraguas rojo y monóculo altivo—que se llamaba *Antonio Azorín,* encerraba en tres cofrecillos misteriosos e irrompibles toda la mentalidad de nuestra raza... Y este empecatado divagador—el de la postura cómoda, pero triste—ha recogido en el llaverín de sus observaciones tres de las claves con que la curiosidad—la femenina curiosidad de todos los hombres—pretende abrir la caja pandórica de nuestro destino. ¿En qué piensas? ¿Qué haces? ¿Qué te pasa?

¿No habéis sentido alguna vez la perplejidad, la inquietud, la angustia, que tales interrogantes sugieren? ¿No habéis sufrido nunca ese bucear doloroso, ese inquirir cruel de un alma extraña en vuestra propia alma? ¿Fué el callar o el hablar la respuesta que disteis cuando alguien os preguntó: ¿En qué piensas? ¿Qué haces? ¿Qué te pasa?

II

Es corriente, es vulgar, oir decir: «Siempre pensamos en algo; pensamos, por lo menos, en que no pensamos.» ¡Bah! Yo os confieso, con toda sinceridad, que en muchos momentos no sólo no pienso en nada, sino que no pienso, sencillamente, y que me quedo sin pensamiento; momentos en que mi espíritu parece haber huído a otras regiones, a regiones ignotas y lejanas. A la inversa, hay momentos—momentos de santa pentecostés—en que la ideación es tan rica, tan protéica, o es tan vaga, tan indefinida, que sería una profanación, si no fuera una tontería, querer concretarla en un frío, esquelético esquema. Las ideas vienen

a mí no sé de dónde; rozan mi alma, besan mi frente... y yo las dejo ir, tal como vinieron, cual «vanos fantasmas de niebla y luz.» Son tan hermosas, tan hadadas... ¿Por qué empeñarse en traerlas al mundo fenoménico de las formas?

¿Quién será el impuro que ose profanar su virginal pureza? Son tan hermosas, tan hadadas...

¿Comprendéis, ahora, la tragedia de la acción...; la tragedia de la acción para un alma sin voluntad...; para un hombre que perdiera su voluntad una romántica noche de luna? Soñando..., soñando..., soñando..., quedóse parado en mitad del camino de la vida. Acaso pronunciara algunas palabras... Acaso pusiera en ellas el alma entera; y toda su alma quedara convertida en palabras... palabras... y palabras... Y acaso, un día, cuando quisiera articularlas en la realidad, y poner por obra lo que había soñado, se encontrara con el abismo que él mismo había abierto entre el mundo de las ideas puras y el mundo de las cosas prácticas... Y acaso, entonces, se contentara con repetir una vez más el «*vanitas vanitatum, et omnia vanitas*». ¿Comprendéis ahora, todo el sentido trágico que entraña y reviste para un alma sin voluntad, para un alma sin acción, el «¿qué haces?» inquisitivo, desconcertante, torturador. ¿Cómo un alma que no hace nada, o lo que hace es malo o lo hace mal, que no sabe lo que hace, ni sabe lo que quiere, ni quiere lo que hace..., puede decir lo que está haciendo, lo que ha hecho, lo que piensa y desea hacer?

El «¿qué has hecho?»—con que se fiscaliza la conducta pasada—no suele preguntarse en la vida de relación social: en sociedad todo el mundo sabe lo que hacemos, y por sabido se calla, o se olvida; ni hace falta en la vida sin relación de la conciencia, donde no hay palabras más elocuentes que los hechos mismos. Pocas veces se enuncia entre admiraciones; y cuando se nos dirige con interrogantes, no es una encuesta lo que le formula, es una condenación la que se nos

hace, bajo una de esas figuras del lenguaje a que tan aficionada se muestra la retórica humana. Pero a veces «¿qué has hecho?» adquiere la augusta solemnidad de un rito, de un algo sacramental; y sólo puede ser contestado dignamente ante el supremo tribunal de las justicias y de las misericordias.

El «¿qué harás?»—con que se indaga la motivación de nuestro obrar futuro—no debe preguntarse nunca. Sería una impiedad. Equivaldría a suponer al hombre dueño y árbitro de un porvenir que no le pertenece y le es desconocido, de un tiempo que sólo está presente en el tiempo sin tiempo del Eterno. Por eso las personas piadosas añaden el «... si Dios quiere». Pero a veces el «¿que harás?» se oculta bajo una falacia insinuante y capciosa. Cuando se nos pregunta: —Bueno, y tú, ¿qué piensas hacer?--no se sabe lo que de nosotros se solicita. Ignoramos si quien así nos demanda se habrá de contentar con nuestros sueños, con nuestras esperanzas, como tales *desiderata,* o si ha de hipotecar nuestras palabras a una realidad por venir, para obligarnos así al cumplimiento de nuestras promesas.

Finalmente, el «¿qué haces?»—con que se examina nuestra actividad actual—es una pregunta sin sentido. Dan ganas de contestar al que así procede: —Amigo mío, ya lo ves...—Pero, no; porque, ¿quién es capaz de precisar en ese «espejo móvil de la inmóvil eternidad» el antes y el después de una acción, cuando cada acción, por insignificante que parezca, es compendio y es flor del mundo entero?

¿Cómo queréis, pues, que responda a esta pregunta tripartida de la actividad—«¿qué hacer?, ¿qué has hecho?, ¿qué harás?—un alma que no ha sido consciente de su conducta hasta que el dolor... el dolor de contrición, le ha movido a exclamar: ¡Dios mío, qué he hecho!, y que por no saber conducirse siempre se está preguntando ¿qué hacer?; y para quien el remordimiento ha sido la única reflexión, y el cálculo

de la previsión se ha convertido en el canto de la palinodia? ¿Para qué postular su voluntad, si lo que le falta precisamente es eso, voluntad? A esas almas, conscientes de su voluntad, semejante examen sólo les sirve para zahondar más y más en el pesar de su falta, para dejarlas más inactivas, para anonadarlas por completo. Esas almas hipotéticas, lo que necesitan—y les basta—es el imperativo categórico del: «debes hacer esto»...

¿Y la *gracia* y la *belleza,* y la inocencia ingenua, y el puro desinterés? También. También la belleza y la *gracia.* La *gracia* y la belleza dulcificarán la inflexible rigidez del imperativo, suavizarán el áspero rigorismo de las premisas, y redimirán a las almas débiles del egoísmo de la sugestión, que ejercen sobre ellas las absorbentes individualidades, cuyo pensamiento cristaliza en dogmas y cuya voluntad es símbolo y es cifra del deber. El deber, la gracia, la belleza... La ética, la *extética,* la estética... He aquí el trébol de la vida, el trébol de la noche de San Juan...

He aquí por qué sólo hay una pregunta que yo agradezco con toda mi alma, y a la cual yo respondería si no me embargara esa misma gratitud tan inefable: «¿Qué te pasa?» ¿Sabéis de una súplica que inspire más confianza y más invite a confesarse? Quisiera uno, al oirla, abrir su pecho y desahogar sus penas... ¿No es verdad que ese ruego, que también es un consuelo, sólo puede hacerlo un alma amiga de la nuestra? ¿Y no es verdad que esas palabras, que transparentan la belleza y la bondad de un alma, no podemos concebirlas pronunciadas sin un dejo de ternura, y sin que hagan vibrar el alma, de que brotaron, con el acento de la emoción o el trémolo de la piedad? Esas palabras tienen toda la gracia, todo el encanto de una suave y seductora plegaria femenina. Son dulces y mimosas como caricias de mujer. Y suenan a voz de madre, a voz de hermana, a voz de novia... a voces que arrullan, que alientan, que palpitan

conmovidas de amor... cuando imploran: ¿Qué te pasa? Las almas enmudecen... Se hace el silencio... Un ángel pasa... Todo lo que pasa tiene una infinita y triste poesía. Sólo las almas bellas—almas artistas—pueden interesarse contemplando cómo pasa la vida... Sólo las almas buenas—almas cristianas—saben comprender y compadecer las cosas pue pasan en otras almas...

III

Hay en todo interrogatorio una como violación del secreto íntimo; pero hay también mucha impertinencia. Ese entrometerse en todo de los preguntones, es propio de espíritus superficiales, femeninos, a quienes desconcierta el enigma interior de la esfinge, y buscan en la charla gárrula un modo de rebozar su miedo a lo desconocido. Sócrates preguntaba, es verdad. Pero aquel gran mayeútico sabía preguntar. Si todo el mundo poseyera el arte de esa ciencia, todo el mundo contestaría acorde. Porque pregunta quien no se ha respondido a sí mismo, y porque no responde quien no ha cesado de preguntarse, los hombres no han podido enterarse nunca. Porque no todos los examinadores son veraces, es por lo que al contestar unos son cínicos, otros hipócritas; unos impúdicos, otros verecundos; unos engañan con la ironía y otros engañan con la verdad. Y porque hay muchas preguntas ociosas, pudo decir el poeta:

En preguntar lo que sabes,
el tiempo no has de perder;
y a preguntas sin respuesta
¿quién te puede responder?

Entonces, ¿para qué preguntas: ¿En qué piensas? ¿Qué haces? ¿Qué te pasa?

Y el que camina por el mundo distraído o abs-

traído—viviendo sus sueños o soñando su vida—ante tales preguntas, párase un momento, indeciso, absorto; balbucea extrañas, incomprendidas palabras; y torna a ruar en el vial de su romería, dejando en pos de sí una estela de incoherencias, que emergieron del cofrecillo de su alma, cuando intentaron abrirlo con una de esas tres llavecitas: ¿En qué piensas? ¿Qué haces? ¿Qué te pasa?

Las imágenes reflejas

Proyecciones especularias

Las palabras de hoy brotaron *ex abundantia cordis,* ante una inmensa perspectiva soleada que a mi espíritu se abría—como brotan entre las mieses doradas las campanillas violetas y blancas que se llaman *espejos de Venus*—. Luego vino la reflexión—y la refracción—. El símbolo hizo translúcido lo que era transparente; la metáfora dió a las palabras un doble sentido, y el título se convirtió en emblema...

Las flores especularias de mi fábula son la expresión figurada de las *artes... especulativas* y espectaculares de la expectación.

Las proyecciones y los espejismos

El arte de proyectar es un arte como otro cualquiera, y puede ser un arte bello siempre que su proyección lo sea. En rigor, todas las bellas artes no son sino proyecciones—proyecciones estilizadas de un sueño o de una emoción—. Hay proyectos de obras de arte—apuntes de Leonardo Vinci—que tienen un valor estético *per se;* y hay algunos que creen—Croce entre ellos—que el único momento esencialmente estético es el de la clara proyección en el espiritu de una imagen o de una sensación...

La dificultad surge cuando anhelamos dar forma,

llevar a la práctica nuestros proyectos; sobre todo, cuando lo que nos proponemos no es artizar nuestras representaciones, sino actuar nuestra voluntad en empresas políticas y económicas, conducirnos en la vida. Y es que todo proyecto es, por su misma naturaleza, una cosa especulativa, teórica; y cuando intentamos proyectar una teoría en la vida, surge el temor de que las puras especulaciones se conviertan en meros espejismos...

Es tan fácil pasar del ideal a la utopía, que nadie puede decir dónde termina el deseo y comienza la arbitrariedad, ni trazar la línea que separa al ideólogo del arbitrista.

¡Es tan difícil hallar una utopía que, en cambio de la tierra prometida..., y no gozada, nos ofrezca el supremo encanto de una obra artística o la honda trascendencia de un *idearium*—al igual que la *República* platónica...!—¡Y es tan falaz y tan expuesto el espejismo de la especulación, el juego de los espejos...!

Peligroso es jugar con los espejuelos—tan peligroso como jugar con fuego...—¿Hay algo más trágico que un cristal partido, que un espejo sin azogue? El tul de la ilusión se ha roto... y, por lo roto, vemos de pronto la pared que nos aprisiona o el desierto desolado y sin límites... La luz blanca se ha hecho luz espectral, y el espectro solar se nos aparece como un sombrío fantasma del averno... ¡Triste consuelo, entonces, el de la proyección, que al desvanecer hace más largo y más solo el camino!... Los espejismos son pan para un momento, y hambre y sed para siempre.

Entonces, ¿para qué proyectar? A decir verdad, no sabemos para qué... Sólo sabemos que proyectamos por proyectar.

Si el arte de los proyectos tiende a realizar las ideas, su complementario, el arte del anuncio, propende a idealizar la realidad, a embellecer, a ilusionar, a encubrir, a disimular el esfuerzo, el negocio, el

interés, la industria, la necesidad. Un proyecto puede ser artístico por sí mismo; pero un anuncio sólo puede serlo por el *modo*... Se podrían anunciar cosas hermosas—un manojo de flores, una feria...—; pero si no es la manera de darles publicidad—el pregón, el cartel...—el anuncio no será artístico, sino industrial; porque el anuncio, como anuncio, es un acto mercantil.

(Entre paréntesis: de las dos formas fundamentales del anuncio—el pregón y el cartel—la más cultivada en Sevilla ha sido la primera; y el cartel, hasta el presente, no ha sido estilizado con clara conciencia de lo que debe ser.)

La forma, el adorno, el exterior revestimiento, lo aparencial, es lo único que hay de bellamente artístico, de esencialmente estélico, en el arte del anuncio... El arte de anunciar es un arte decorativo, una industria artística. El anunciador—como el decorador—es un artífice, mejor que un artista; y con frecuencia no pasa de ser un simple artesano. El anunciante es un orador; y la oratoria es literatura, pero no es poesía.

Se ha dicho que el poeta es nuncio, heraldo, vate, adivino... Y, en efecto, en la Poesía, como en todas las Bellas Artes, hay algo de promesa, de profecía, de *anunciación*... Pero en el anuncio, lo artístico es la ilusión de arte que produce; la ilusión de que no es una industria, ni un negocio; ilusión que no trasciende ni perdura; ilusión que se desvanece tan pronto como descubrimos la trama económica, que en vano se pretende ocultar con el recamo—con el reclamo.

Hay un momento en que el anuncio *deviene* arte puro—de análoga manera que el adorno y el discurso oratorio—. Y es cuando olvidándose el anunciador de lo que anuncia y el decorador de lo que decora, y el orador de lo que discurre, se convierte en nuncio—en plasmador, en poeta—de su propia obra... Pero en ese caso, ¡adiós! del negocio.

Para que esto no ocurra—para que no se desinte-

rese del interés—, el que anuncia no debe olvidar que es un *vocero,* un abogado, un retórico, un orador, un escenógrafo, un decorador, y que el anuncio no es un sueño, sino un señuelo, una atracción y no una distracción, un reclamo, un espejuelo para encandilar... El anuncio produce también un fenómeno de espejismo.

Nótese, en este punto, un curioso paralelismo —tautológico y anfibológico—entre dos mundos, casi siempre divergentes: el de la teoría y el de la práctica. Así como en el orden teórico se dice por algunos que «el arte es un juego», y se habla, generalmente, de «la especulación filosófica», así también en la práctica—en el mundo de los negocios, en la esfera económica—se habla de «las jugadas de bolsa» y de «la especulación mercantil». Podría afirmarse que en eso ha consistido todo el progreso del comercio: en transformar la materialidad del *do ut des* en un juego, en una especulación.

Hay, sin embargo, una radical diferencia entre estos dos juegos de espejos. En la teoría se juega y se especula con ideas; en el comercio se especula con el crédito y se juega con las cosas de comer...

He aquí por qué el espejismo del anuncio es aún más peligroso que el espejismo de los proyectos. Este es como la imagen sublimada de un amor platónico; mientras que en aquél media ya algo tan serio como una solemne y formal promesa de casamiento, hay ya una *palabra que cumplir...* Ahora, que en la práctica, estas palabras de caballeros son tales, que más parecen de caballeros de industria que de espejos de caballeros.

El espejismo del anuncio—en que se traduce el negocio—carece además de la ingenua belleza del espejismo en que se proyectan los sueños.

Los espejos combinados

Aludimos con este epígrafe a un nuevo arte de especular—al arte de anunciar los proyectos—, y a un nuevo fenómeno de espejismo—al espejismo que producen los proyectos al anunciarse.

Un proyecto que se anuncia... es una divagación. Y su arte, el arte de divagar.

En la Física se distinguen varias clases de espejismos: un *espejismo inferior,* aquel en el cual las imágenes de los objetos aparecen en la tierra como si se viesen reflejadas en la superficie de las aguas; un *espejismo superior,* aquel en el que rayos luminosos se dirigen hacia las altas capas atmosféricas, y un *espejismo lateral* aquel que se produce con las capas del aire situadas en planos verticales...

Pues bien: en esta Metafísica especular, que aquí elucubramos, diríamos que el espejismo del anuncio es un espejismo inferior; el de los proyectos, un espejismo superior; y el de las divagaciones, un espejismo lateral; o, mejor, el espejismo fantástico del fenómeno denominado de *la fata morgana.*

El divagar consiste en este doble y eterno juego de los espejos combinados, que mutuamente se reflejan... Y la divagación no es más que el reflejo de un reflejo, que refleja a otro reflejo que a sí mismo se refleja... hasta el infinito...

En la vida, podría decirse que todo es combinación. Pero en el divagar no hay combinación posible. Con la divagación entramos de lleno en la región donde todo es espejismo, en el reino de Maya.

El espejo sin azogue

Ha muerto la ilusión. El reinado de la divagación ha concluído. Las nuevas generaciones no quieren divagar más.

Ya son muy pocos los que saben descifrar los símbolos de un proyecto, y muchos los que se dejan seducir por la sirena de los anuncios.

El anuncio ha segado en flor los buenos propósitos y los bellos proyectos.

Y, sin embargo..., nosotros, como buenos sevillanos, a pesar de que ha llegado la hora de poner por obra lo soñado, y de dar publicidad a lo articulado, en vez de anunciar—o por todo anuncio—seguimos y seguiremos proyectando....

Las sonrisas del espíritu

El presente

El ocaso de una sonrisa, el ocaso de la sonrisa de *la Gioconda,* pudiera servir de engarce a estas líneas, si estas líneas no estuvieran escritas sin prisa. Sin la prisa de lo cotidiano, porque estas divagaciones no son una crónica de la actualidad. Y, sin embargo, si yo os dijera que tienen una actualidad—la suya—¿me creeriais? Sí; me creeriais, porque hablo sencillamente, sin literatura, con buena fe. No es la actualidad intemporal del espíritu, que contempla las cosas *sub specie æternitate,* porque si de ésta tuviera algo, ello sería harto subjetivo, harto deleznable—por ser mío—para poder interesar a todos y en cualquier tiempo. No. Es otra la actualidad a que me refiero.

Es... es un caso de conciencia...

Pero... ¿A qué dar valor a una coincidencia, que pudo ser mera casualidad? Pero... ¿Y si esa coincidencia reconoce una ley de causalidad? Sólo puedo deciros que, hace algún tiempo, eso de las coincidencias inquieta un poco a mi espíritu. Perdonad esta inmodestia que pudiera parecer orgullo y no pasa de ser franqueza.

Como Emerson—y aun antes de haberlo leído—yo también «desde niño, deseaba escribir sobre las compensaciones, porque siendo todavía muy joven

me parecía que en este asunto la vida sobrepuja a la teoría.» Y no sólo sobre las compensaciones, sino asimismo sobre las coincidencias y sobre las concordancias. Pero no es este, por ahora, mi tema. Quería únicamente declarar que estas divagaciones no tienen otra actualidad que la de una coincidencia. Y no quisiera que, por el viso de oportunidad que le ofrecen las circunstancias, se aprovecharan de la ocasión y gozaran de un interés que en realidad no tienen.

Y ya en vías de sinceridad, una última confesión. No era precisamente la sonrisa de *la Gioconda* la que pudo servir de pretexto a estas líneas. Primero, porque el enigma de su sonrisa ha dado mucho que hablar, y aún lo seguirá dando; ya que el divino Leonardo tuvo el arte de perpetuar con la pintura una sonrisa puramente musical. Segundo, porque cuando me puse a escribir estas líneas, pensaba más que en la sonrisa de Monna Lisa, en la sonrisa del *San Juan Bautista,* en la sonrisa de la *Santa Ana con la Virgen,* en la sonrisa del Jesús de *la Cena...*

El engarce

Sonrisas del espíritu... ¿Pero hay sonrisa que no lo sea? ¿Hay sonrisa que no sea del espíritu? ¿No es del espíritu toda sonrisa?

Ríe el alba, ríe la fuente, ríen las rosas por abril... En el mundo todo ríe cuando la vida es nueva. Risa es la infancia. Y la más pura risa. La pura risa del reir por reir. La pura risa del florecer y del jugar. La risa ingenua del desperezarse de los seres, en el virgen anhelo de sus fuerzas al despertar. La naturaleza entera ríe cuando se siente niña. Sólo el espíritu sonríe. Las sonrisas sólo son del espíritu. Porque sólo el espíritu es consciente del dolor. Pero no siempre hay plena espiritualidad en las sonrisas. No toda sonrisa es plenamente espiritual. Porque no a toda sonrisa santificó el amor.

Toda sonrisa es sabia; porque en toda sonrisa hay el resplandor de una idea. Mas no toda sonrisa es santa; porque no toda idea fué depurada por el rocío lustral de las lágrimas. Para saberlo todo, ¡cuánto dolor que sentir, cuánto hay que saber del dolor! Para amarlo todo, ¡cuánto dolor que comprender, cuánto dolor que consolar! Y sólo amándolo todo y sabiéndolo todo, podemos gozar el gozo soberano de una sonrisa santa y sabia. ¡Cómo tiene que sufrir el hombre, para ser hombre, para ser todo él hombre; es decir, espíritu todo él!

Del candor de la risa primera a la sonrisa del triunfo final, ¡cuántas tristezas que vencer, cuántas lágrimas que derramar! Si es verdad que la sonrisa es una lágrima que se enjuga, ¿cuál fué, amigos míos, la lágrima que el espontáneo, infantil, regocijo de la risa riente y reidera, de la risa radiosa y ruidosa, no secó ni hizo olvidar, y se desvaneció lentamente en el pálido reflejo de una risa silenciosa, de una risa sonriente? ¿Cuál fué la lágrima que lloró el paraíso perdido de la inocencia? ¿Cuál fué la sonrisa que signó la presencia del espíritu consciente en este valle de lágrimas?

Un día—un día tenía que ser—nuestra alma debía comprender que la tierra no es el centro de las almas. Desde aquel punto y hora, desvanecido el encanto de los días de fiesta—días sin cuento—y el encanto de las sendas floridas—senderos sin fin—, el alma daríase a estudiar el sentido de lo cotidiano, de lo ordinario y corriente, de lo coordenado. Esa continua discontinuidad con que se nos aparece la tierra, cuando la imaginamos como un laberinto; esa sucesiva alternativa con que se nos impone la vida, cuando la sufrimos fraccionada en una serie de momentos. Horas de tristeza, horas de alegría... Caminos de perdición, caminos de perfección... Días amigos, que no volveréis; días inéditos, que yo temo y espero... Sendas

holladas, sendas recorridas; senderos inexplorados, senderos de perspectiva...

El alma, inquietada por esa compleja alteridad, busca afanosa una ley que aclare, que ordene, que armonice su vida, y una línea que, al expresarla, le dé un significado—la ley del ritmo de la vida, la línea eurítmica de la sofrosine—. Una ley, una línea cualquiera indica siempre la presencia del espíritu. Es su sello y señal. Toda ley, toda línea, es por su propia esencia espiritual.—No hay leyes físicas; toda ley es moral. Hablar de las leyes de la materia es hablar por metáforas; es dar un valor trascendente a los postulados del espíritu. Las leyes, que se dicen naturales, son las ideas del Espíritu Santo leídas por el espíritu del hombre. Y las leyes que se dicen morales, son esas mismas ideas cuando ligan al hombre con Dios. —Los cuerpos carecen de líneas por sí. Es el alma, la forma de los seres, la que les da forma, la que informa a los cuerpos. Las líneas de los cuerpos son para la mente humana como los símbolos de los arquetipos divinos. Y los actos de los hombres son las delineaciones que traza su espíritu en el plan divino de la Creación.

Si una ley, una línea cualquiera indica siempre la presencia del espíritu; y si toda línea es imagen de una ley, y toda ley imagen de una idea, ¿cuál fué la idea que determinó en el espíritu el movimiento fácil, suave y leve de la sonrisa, y cuál fué la sonrisa con que el espíritu subrayó la línea, la ley, en que pensaba traducir sus anhelos de gloria—anhelos de libertad, de justicia y de amor—cuando perdido el encanto de dejarse deslizar inconsciente por la parábola de la vida, el encanto de quedarse contemplando cómo se esfuma la espiral de los sueños, el alma fué comprendiendo que la tierra no es el centro de las almas? ¿Cuál fué la sonrisa con que el espíritu firmó y rubricó su presencia en este mundo de dolor?

El espíritu que, al acomodarse al mundo, o al cum-

plir su destino, halla en otros espíritus un espejo de su doctrina y de su derrota, o un espejismo de las que él sueña y ansía, ¿qué ha de hacer sino saludar, sonreir? La sonrisa es como un saludo, como un saludo del espíritu. Un espíritu que sonríe es un espíritu que saluda.

Espíritu que saluda... Hay palabras, hay frases, que nos dicen tanto, que no sabemos cómo decírselo a los demás; tan expresivas que casi siempre permanecen en el limbo de lo imbautizado por la infantilidad de nuestro corazón—por esa infantilidad que, sorprendida en su inexperiencia, se entretiene en jugar con las cosas que no son de juego... con las cosas de comer... con los frutos de las cosas... con las manzanas... con las manzanas del jardín de las Hespérides.

Espíritu que sonríe... Espíritu que saluda... Hay palabras de magia tal, que al pronto nos hacen pensar en el prestigio absoluto de las formas, como si toda la idea se hubiera revelado, y el espíritu invisible fuera materia informe, una mera entelequia, quedara reducida a nada—el mármol que es masa en la estatua, el lienzo que es espacio en el cuadro—. Y, sin embargo, si nos paramos un poco, las palabras son nada. Esas palabras tan ricas de contenido son las más humildes, las más sencillas; y porque lo son, transparentan tan fielmente el pensamiento. Tienen la magia del cristal. ¿Y quién tan pobre que no haya soñado a través de un cristal?

¿No es el saludo un deseo de salud, un símbolo de paz y una ofrenda de amor; no entraña el saludo un gesto de atención—de atención para entender, de atención para servir—, un rasgo de inteligencia y una prueba de cordialidad? Saluda a la tierra el sol, después de la tormenta, con la risa de su iris; saluda la tierra al sol, después del invierno, con la risa de sus flores; ¿cómo no han de saludarse los espíritus en esos instantes de calma, en esas horas de alegría, cuando van por los mismos caminos o a lo lejos se

columbran o en los mismos lugares se cruzan?... El espíritu, que en este valle de lágrimas, en este mundo de dolor, se halla en presencia de otros espíritus amigos—gemelos o afines—¿no ha de sonreir, si la sonrisa es el saludo del espíritu?

Saludo del espíritu... arco iris y flor... beso luminoso, suspiro amoroso... resplandor y eclosión... voz de las almas... Las almas son inefables... Las almas no hablan; sonríen, y así se saludan... Las almas no hablan; florecen, se iluminan, y así se entienden; y al entenderse, sonríen... Las almas no hablan, en silencio se miran y escuchan, y en silencio se aman; y al amarse, sonríen... Es la sonrisa el lenguaje de las almas. Es la sonrisa la llave de oro que abre el tesoro de nuestras almas. ¿Cuál fué la sonrisa con que las almas se saludaron al encontrarse en este destierro de su patria celestial?

Las perlas del collar

I

La sonrisa—lágrima que el alma enjuga, sello y señal del espíritu, y del espíritu saludo—indica siempre un acto, una actitud, de presencia, presencia de ánimo, presencia del alma. Cuando el alma deja de estar presente—a sí misma, a las otras almas, al alma de las almas—la sonrisa expira. Podrán los labios seguir plegados, brillantes los ojos, dilatada la faz. Y no ser todo sino una caricatura. En el espejo del alma persistirá el rictus de la sonrisa como una mueca, rígida, fría, inexpresiva, como la mueca de la muerte, como un algo sin alma. Sin alma; porque el alma está ausente. El alma internóse mar adentro, y la orilla cubrióse con la espuma de las olas, que en su seno levantaron los enemigos del alma: el mundo de los negocios, el demonio de la frivolidad, la carne... del alma. Porque ¿qué mayor enemigo del alma que el

alma misma: el alma ignorante en presencia del mundo, el alma débil en medio de la vida, el alma prisionera de sus formas, el alma sin alma? Sin alma no puede haber sonrisa, porque no es sonrisa la del hombre cuya alma se detuvo en los limbos de la imbecilidad; y si la hay, la sonrisa es un sarcasmo, porque no es sonrisa la del hombre cuya alma bajó a los abismos de maldad. La sonrisa es siempre del espíritu, y cuando el alma está ausente, la sonrisa no puede ser espiritual.

Con el alma ausente, la sonrisa es una hipocresía. Hipocresía, la sonrisa de los que ríen para sí y parecen sonreir para los demás. Hipocresía la sonrisa del placer, cuando el placer deja de serlo, porque le falta el amor, que es el alma del deseo; hipocresía la sonrisa de la cortesía, cuando las buenas maneras no responden a una buena voluntad, que es el alma de la conducta, el ángel de la fidelidad; hipocresía, la sonrisa del éxito, cuando vino la suerte como don del acaso y no como corona del esfuerzo, que es el alma del destino, el cielo de la esperanza. Pero no es hipocresía la sonrisa de la melancolía. No es hipocresía la sonrisa de los tristes, aunque el alma parezca ausente, como el sol entre nubes, por no conservar toda supresencia de ánimo, para deshacer la niebla del llanto.

II

Presentes del espíritu son las sonrisas, y también las lágrimas. Las lágrimas, como las sonrisas, denotan siempre la presencia del alma. Las unas velan al alma como en el misterio de un santuario; las otras la revelan con todo el esplendor de una milagrosa aparición. Las lágrimas son del valle; de las cumbres, las sonrisas. Cuando la desgracia ha aprendido el camino de nuestro hogar, y el dolor se ha hecho nuestro

mejor amigo, cuando el remordimiento lo hemos aceptado como arrepentimiento, y las adversidades como expiación de nuestras flaquezas..., y a pesar de todo seguimos viviendo, y tenemos que sonreir para que nos crean vivos, ¡qué triste es entonces nuestra sonrisa! «Nada más triste que la sonrisa de los tristes; parecen sonreir para los demás, y no para ellos mismos». La sonrisa de la melancolía es triste, como un sol poniente en un crepúsculo otoñal, cuando, pasada la tormenta, las nubes se disipan, y el aire parece dilatarse en un suspiro de infinitud, y los árboles lloran sus ilusiones perdidas, y el santo suelo de la madre tierra es un sudario de hojas y de lágrimas.

III

Otra vez es de día. El espíritu vuelve a la vida... ¿A la lucha, al trabajo, al estudio?... De cualquier manera, a la necesidad y al deber. Otra vez en el mundo de las contradicciones, de las contrariedades, de los contrastes... El espíritu... No, el hombre; porque éste es el nombre del espíritu en este mundo de dolor. El hombre se ha hecho más sabio—ha perdido la inocencia de algunas cosas, y ha aprendido que ignora otras—; parece más sano—bulle y calcula más, siente y sueña menos...—¿Más santo?... ¡Ay, del hombre que sabe del dolor, y no sabe sufrirlo!

¡Desdichado del que sólo vive con el corazón; pero más desdichado del que se vino al mundo sin corazón! Aquél no será nunca nada; pero éste será la desgracia de muchos.

¡Desdichado sobre todo el que no acertó a rimar su corazón con su razón! Toda su vida será una continua muerte. Querrá razonar el corazón, y con el corazón; querrá sentir el pensamiento, y con el pensamiento. Y su vida entera será una gran paradoja. La gente dirá: es un humorista. Y nadie sino él sabrá las

lágrimas que cuesta una sonrisa: la *dolora* que encierra toda *humorada*.

No tendría nada de particular que un día encerrara en un epigrama su corazón. Y tal vez por toda oración póstuma, se dijera: ahora, a ver el mundo—que no es lo mismo que ver mundo, aunque lo parezca—; aquéllo es ver para vivir; ésto, vivir para ver. Y con tanto ver el mundo no es extraño que le entrase la manía, el prurito de comparar; de hacer odiosas comparaciones, como lo son todas; y no en balde se llaman así, porque por una comparación fué la primera caída, por una comparación el primer pecado, por una comparación el primer crimen entre los hombres. Y puesto ya en el disparadero de los disparates, ¿quién no siente la comezón de preguntar, de preguntarse a sí mismo, sin esperar la respuesta de nada ni de nadie, unas preguntas absurdas, preguntas terribles como ingenuidades de niños; preguntas que olvidan que la tierra no es el centro de las almas; preguntas que suponen que la vida es un capricho, que la vida es un caos donde las leyes no se cumplen, ni las líneas convergen? ¡Ay del hombre que se para a comparar y a preguntar, y no atesora en su corazón un gran fondo de piedad!

Comparaciones sin término, preguntas sin respuesta, que sólo despertarán el eco de una queja, o sólo describirán la ondulación de una sonrisa... Sonrisa de ironía, sonrisa maliciosa, sonrisa de frivolidad.

IV

De frivolidad, porque a veces—muchísimas veces—el hombre siente miedo de preguntarse, y se contenta con murmurar. Murmuración discreta, murmuración trivial, que se disuelve en la fácil sonrisa de tantos espíritus despreocupados o desocupados, que obligados a convivir en sociedad se atienden finamente y

finamente se desentienden, que en escena representan sus papeles, y se ausentan por momentos, sin presentarse del todo jamás.

Maliciosa es la sonrisa de los que por pereza o por pedantería dieron la contestación antes de formular pregunta alguna. La sonrisa socarrona de los espíritus que pasan por fuertes, y están en el secreto, y vienen ya de vuelta...; y, sin embargo, ni a los infiernos descendieron ni en el limbo se quedaron, ni por el purgatorio pasaron... y de la tierra jamás salieron. Porque ¿qué espíritu que ha llegado a la otra orilla, no se ha traído el aroma embalsamado de las márgenes sagradas; qué espíritu que aspiró el aura misteriosa del más allá, sigue vibrando a ras de tierra?

V

Mas no siempre es tan superficial la ondulación del espíritu. A veces—poquísimas veces—ambiciona dejar como sello o señal de su paso por la tierra una huella más profunda. Es entonces cuando el hombre quiere ser plenamente sincero, pero sincero consigo mismo, que es la más rara sinceridad; confesarse a sí mismo la verdad, y profesarla por ella misma—como si estuviera solo y se dijera: No he de vivir mientras no posea la verdadera verdad de la verdad verdadera—. Y entonces es también cuando los labios suelen entreabrirse como los signos de una interrogación jamás cerrada. Perdida la frescura de la inspiración y la espontaneidad del impulso, el espíritu entra de lleno en la región de las imágenes invertidas. Las ideas del Espíritu Santo dejaron de ser leídas en la pureza de sus principios; y, confundidas con los fenómenos, fueron juzgadas según los resultados, aun por aquellos mismos que no cesan de predicar «justicia, verdad, trabajo y amor», y sólo premian y aplauden la habilidad y el favor de la fortuna. El plan divino que

presidía la sucesión de los tiempos y la armonía de las esferas, creríase turbado por un genio maléfico y burlón, que se complaciera en divorciar las esencias y las formas, y casarlas luego al acaso, en la loca zarabanda de una mascarada. Y en esta anarquía, lo que era momentáneo y circunstancial—el desorden pasajero, el desequilibrio parcial, el desconcierto inesperado, que son fautores de lo ridículo—se vistiera con el prestigio de lo permanente y fuera elevado al rango de una ley; y en cambio se despreciara como fortuíto o arbitrario cuanto hay de providencial en esa correspondencia y concordancia entre las almas, en esa cooperación que informa y es la causa y la base del mundo moral. Si el mundo de la representación se le aparece como una contradicción, y como una contrariedad el mundo de la voluntad, y no sabe gozar de los contrastes que el mundo ofrece, ni sabe contrastar su vida..., ¿qué ha de hacer el espíritu, que salió fuera de sí y en mitad de la vida se quedó, sorprendido y desorientado, sino sonreir con sonrisa de ironía? Con sonrisa de ironía, o de humorismo; para el caso es igual. Sonrisa de ángel caído, como si el espíritu al sugerir lo contrario de lo que indica, quisiera vengarse de las bromas que le jugó el azar, al descubrir bajo el cielo lo contrario de lo que postulara.

VI

Es la ironía sonrisa de fracasados: de los que soñaron mucho y no consiguieron nada; de los que filosofaron antes de vivir... y después de la derrota. Alterado el ritmo de la vida—que es el ritmo del placer y del dolor—, la risa y el llanto se juntaron en una misma sonrisa—sonrisa de ironía—. La ironía es en la sonrisa como un claro-obscuro, como algo agridulce, como flor sin aroma... como verso truncado por una pirueta del espíritu... del espíritu distraído

por una lejana armonía... por la armonía de una música celestial... que fué rota por una aguda, estridente disonancia. Esta es la sonrisa del que ve las cosas en vértice, y en su divergencia las verifica y las valora en su disyuntiva; que muy pronto se puso serio y no supo estarlo cuando debía; que quiso ser lógico en la vida con una lógica... por él discurrida, y práctico en la teoría con una práctica sin utilidad, y cree en el eterno paralelismo de las rutas o en el círculo fatal de los preceptos, o que en el mundo no hay ni preceptos ni rutas.

Quizás por bajo del escepticismo de la inteligencia, y del pesimismo de la voluntad, permanezca latente un optimismo paradojal. Pero a simple vista, solamente observamos: un gesto enigmático y unas palabras incoherentes. El gesto de aquel para quien «no existe la tontería individual, ni los tontos, sino sólo la tontería y un mundo tonto.»

Las palabras del que interroga:

¿Por qué cruza la tierra el inocente
de espinas o de sombras coronado?

Y, al comparar, exclama:

Cuando quise, no quisiste,
y ahora que quieres, no quiero.

Es decir, *lo de siempre.*

Un galán la adoraba,
y ella reía mientras él lloraba,
Después de cierto día
mientras ella lloraba, él se reía.

VII

Pero, no. Esto es cruel... Y no es verdad. Porque...

Cuando te veo con pena
en mí no reina alegría;
que como te quiero tanto
siento la tuya y la mía.

Nunca más comparar, nunca más preguntar.

No pretendo comprenderte
ni llegar a definirte,
tan sólo aspiro a sentirte,
a admirarte y a quererte.

Llevar sobre los hombros humildes y pacientes el mundo de mis culpas, la cruz de mi destino, con el gesto trágico de un nuevo Atlante, con el gesto resignado de un seguidor de Cristo.

Si la ironía es la única sonrisa que ha de abrirse en mi espíritu, preferible es mil veces no sonreir jamás. Mas yo quiero creer que un día otras sonrisas florecerán en mi espíritu, que otras sonrisas iluminarán mi vida.

Y el corazón te va a hallar
en donde ve sonreir,
y hay que amar y bendecir,
y lágrimas que enjugar.

¡Oh! magia infalible de la poesía. Quisiera enmudecer y ser adivinado... cuando algo vibra en mi alma sin que dependa de mi. ¿Qué misterio es este de las vibraciones iterativas, y al compás de un concierto invisible? ¿Cuál es el secreto de las consonancias entre las almas, a través de las dos categorías de lo histórico? ¿En virtud de qué milagroso imán fueron atraídos estos versos, desde el fondo subconsciente a la claridad diorámica del recuerdo? ¿Y cómo, al recordarlos, mi alma subrayó la inocencia de las palabras como el sentido de una teoría? Acaso todo el esoterismo de estos versos—como el de aquellas palabras y el de aquellas frases, de que os hablaba—se reduzca a que son demasiado exotéricos, demasiado translúcidos, de suerte que el espíritu puede iluminarlos con toda la gama de sus ideas.

El corazón te va a hallar
en donde ve sonreir...

Sonreir con sonrisa de corazón, que es la sonrisa de la simpatía. Simpatía de las almas... Simpatía, tu nombre es ya una pura sonrisa.

...y hay que amar y bendecir,
y lágrimas que enjugar.

Lágrimas que el alma enjuga, señal bendita del espíritu y del espíritu saludo cordial... He aquí la sonrisa del corazón, la sonrisa de la simpatía.

VIII

Sonrisa que consuela, que conmueve, que conforta. Sonrisa que signa, con un rasgo sentimental, la presencia del espíritu en este mundo de dolor. Del dolor que se deshizo en llanto, del dolor santo que depuraron las lágrimas. Por entre lágrimas—por entre las propias lágrimas—asomóse nuestra alma en la sonrisa de la melancolía. Por entre lágrimas—por entre ajenas lágrimas—busca nuestra alma a las almas amigas, para darse a ellas en esa cariñosa y efusiva comunión, que es la sonrisa de la simpatía.

Sonrisa de pura emoción, sin nada de fantasía. Sin esas fantasías del intelecto que aniquilan y matan el heroísmo de la voluntad; sin esas locas quimeras y abstrusas imaginaciones, que van agostando la piedad del corazón.

Sonrisa del que a sí mismo se olvida; y acalla sus dolores, y no piensa en las contradicciones de los hombres, ni en las contrariedades de la existencia, y acepta sin ira y sin envidia y sin pesar los contrastes con que le tientan los enemigos en esta su peregrinación por el desierto... Y sólo se acuerda de los demás para acordarse con ellos, y con ellos compenetrarse, y llegar así a conocerlos; y compadecerlos en sus miserias, y acompañarlos en sus soledades, y consolarlos en sus aflicciones; y llevar a sus ánimos la con-

vicción de que las antitesis y antinomias del mundo y las adversidades de la vida son vanos fantasmas que de la sombra surgen y con la sombra mueren.

Esta es la sonrisa del que en un supremo acto de humildad, de renunciamiento, de sacrificio, ansía convertirse hacia la vida divina de la fe, de la esperanza y de la caridad... Y siempre sonriente, y sonriendo siempre, desea estar presente, con todas las potencias de su alma, al alma de todas las criaturas; porque en todas las criaturas hay un algo—un signo, un saludo... una sonrisa del espíritu—: la bendición de Dios, que les dió la vida; el Amor divino, que les comunicó su gracia.

Es la sonrisa de la simpatía como un don del cielo. Brota del corazón como flor de santidad; y su aroma es bálsamo; y su vista, recreación del espíritu. La verdadera simpatía, como la caridad verdadera, «es paciente, es benigna; no es envidiosa, ni atropellada; no es soberbia, ni interesada; no se irrita, ni piensa mal; no se goza de la iniquidad, mas se goza de la verdad; todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.» Vive recatada y silenciosa en la gloria de su humildad.

¡Desventurado del que se sabe antipático o se siente apático, y no consigue vencer su apatía, ni dulcificar su antipatía! Pero más desventurado aún quien para parecer simpático tiene que fingir lo más puro del espíritu—la sonrisa—cual si fuera planta de estufa o flor artificial. ¡Ay del que quiere sonreir y no tiene gracia en su corazón!

IX

Bienaventurados los limpios de corazón. Bienaventurados los misericordiosos... Bienaventurados los que lloran... Porque ellos sonreirán... Sonreirán, con la sonrisa que es gozo espiritual y fruto del Espíritu

Santo, con la sonrisa de pura sabiduría y de pura alegría...

Sonrisa alegre, como el beso del sol y el suspiro de las flores—símbolo de paz y presente de amor, como la aurora primaveral—. Sonrisa sabia, como voz de un alma iluminada--verbo de la fe en el misterio de las coincidencias, verbo de la esperanza en el milagro de las compensaciones, verbo de amor por el ensueño de la concordia de los espíritus—. Sonrisa santa, como saludo de un alma salvada—llave de oro que abre para el alma el sagrario de las almas y el cielo donde contemplaremos y comprenderemos y nos consagraremos al Alma de las almas.

Bienaventurados los que sonríen con esta sonrisa, porque ellos están presintiendo a Dios. ¡Bendita sea la sonrisa que da al espíritu toda la espiritual espiritualidad! ¡Sonrisa del espíritu, llena eres de gracia!

Los dones

...Y de nuevo, el palmotear del contento infantil por la sorpresa; de nuevo el *aleluya* del *¡eureka!* y el *Te-Deum* del *¡Tierra!...* Y de nuevo, el arrobamiento místico del alma en éxtasis ante ese mundo de ideas, que despiertan en nosotros algunas palabras—y que enmudecen o mueren cuando la mariposa ideal que envolvían se eleva a la altura y gira por el cielo y en el cielo se desvanece en el luminoso y melodioso espiral de lo inefable—. ¡Ser poeta, y cristalizar en verso! ¡Ser músico, y dar al verso una transparencia infinita! ...Y estar persuadido de que las palabras, por muy afiligranadas y pulidas que sean, no son sino diminutas conchas, que en el océano nacieron y al océano nunca podrían contener. ¡Oh, la parábola del Angel y del santo Doctor! ...Del océano de ideas, sólo algunas perlas quedaron engastadas en las palabras, en las palabras-madres, que son joyeros de ideas.

...Y seguir, sin embargo, escribiendo... Y no acer-

tar a sonreir... ¡Quién supiera escribir! ¡Quién pudiera sonreir! Sonreir con la sonrisa del espíritu en gracia. Sonreir con la gracia de la sonrisa espiritual. Sonreir con la sonrisa de las Gracias y de la Gracia... de las Gracias de Grecia, y la Gracia de Cristo.

Eran las Gracias—en Grecia, Xáritas—deidades de belleza y de amor, que a la diosa de la Belleza y al dios del Amor—a Afrodita y a Eros—ofrendaron sus dones y otorgaron sus afectos—la rosa, el talo y el mirto; la alegría, la gratitud y la gloria—. Eran las Gracias hijas del Cielo y la Aurora; como las Musas, asistían al festín del Olimpo; y como las horas, divertían los fastos del mundo. Tres eran las Gracias—la triada risueña de las seductoras—, como tres eran las Parcas—la triada doliente de las tejedoras—. Aglaía la espléndida; Eufrosine, la plácida; Talía, la siempre joven. Eran las Gracias como el símbolo vivo de la eterna sonrisa de Grecia.

Divinidades sonrientes, «de hermosas mejillas, cuyos párpados causaban desfalleciente amor y cuyo mirar aparecía dulce debajo de las cejas». Divinidades sonrientes, que sonreían siempre con la suave euritmia y el ritmo sereno y tranquilo de la sofrosine, en medio de la imperturbable y dichosa calma de una perenne primavera, de una amable juventud; y que hacía sonreir a la naturaleza entera, dotando de alma y vida a las cosas, dando paz y contento a los seres, renovando la faz de la tierra, inundando al mundo de alegría y de luz. Divinidades sonrientes, que sonreían al hombre en el mágico don de los rayos solares y en los dones benéficos de los rayos de amor—*venustas cordis*—; y que al hombre regocijaban con el encanto musical de las esferas y el desinteresado encanto de la contemplación—*venustas mentis*.

...Es la gracia de Cristo, gracia sacramental, son-

risa eucarística... Sonrisa de Eucaristía. La Gracia de Cristo...

Danos, Señor, tu gracia, tu gracia que es luz de verdad y llama de amor viva y resplandor de belleza infinita; para que, sonrientes siempre y siempre sonriendo, podamos gozar eternamente de la divina sonrisa del Espíritu Santo. Amén.

INTERMEZZO

El desgranar de las ideas

«Une idée vierge et pure
attend son époux,
dans une modeste silence
et avec une patiente confiance».
(X.)

«Con la adoración me basta;
no quiero romper la casta
virginidad de las cosas.»
(Ricardo León.)

I

Quisiera olvidar... Olvidar la ciencia que me enseñaron y no aprendí. Olvidar el dolor que causé y que no supe consolar. Olvidar... Olvidarlo todo, menos lo que nunca se olvida.

. . . .
. . . .
porque todo se acabó
y esto sólo no se acaba.

Olvidar para renacer. Y volver a ser niño. Y no dejar de serlo nunca.

Quisiera descansar... Descansar de este no hacer nada del mucho querer hacer. Descansar de estas prisas del terminar que no termina. Descansar... Descansar de esta vida no vivida, y vivir la que nunca muere.

. . . .
. . . .
que muero porque no muero.

Descansar para renacer. Y volver a jugar. Y nunca más dejar de amar.

Uno de los maestros, que mi espíritu escogió y veneró sin que la ley se lo impusiera, un maestro viejecito, maestro de maestros, me decía: --Amando a las ideas, como tú las amas, amándolas tan bien y tanto, no harás nada de provecho, ni llegarás a parte alguna y jamás recogerás el fruto. Acuérdate de aquellos versos del ingenio más grande de nuestros días:

«De los que en la vida por amarnos mucho
tal vez no supieron su amor expresar.»

Pero no te importe. Sé tú como eres, y serás feliz. No hagas caso de lo que te digan. No quieras ser como son otros, o como ellos quieren que seas. Mira que así, serás para siempre desgraciado... Y tenía razón.

¡Ojalá estas sabias palabras hubieran resonado siempre en el ritmo de todos mis actos! Mi obrar rimaría con mi pensar, mi hacer sería el eco de mi querer: mi alma y mi vida vibrarían al unísono, en el perfecto acorde de una plácida armonía. Y, ahora, no tendría que exclamar: ¡Quisiera olvidar!... ¡Quisiera descansar!... Ni flotarían mis ideas como aquel «pensamiento» del cantar:

En el profundo del mar

un pensamiento nadaba,
y era el triste desengaño,
. . . .
. . . .

Ni el dolor del poeta tendría que glosar:

«Cierra los ojos que no pueden verla,
pliega la boca que no puede hablarla.»
. . . .
Rompe la pluma si escribir intenta,
si ya no es por ella ¿por qué divagas?

¡Tan bien como estaba contemplando el lento y rítmico, a veces voltario y loco, desgranar de las ideas!

II

Las ideas son como lo más santo, como lo más sabio, como lo más bello de la vida. Las ideas son como el aura sutil, como el aroma puro, como el nimbo de gloria que rodea a los seres. Las ideas son como algo virginal y casto, como una cosa celeste y blanca, como una novia, como la novia ideal que nunca desposamos. Así las concibo y así las amo.

Es la filosofía la poesía de las ideas. El que no las ama con amor de amante, con amor de novio, ni puede ni debe llamarse filósofo. Será un metafísico, será un lógico, será un científico, será un cosmólogo, será cualquier cosa, será un sofista, será todo menos un filósofo. Es a la ciencia la filosofía, lo que es al arte la poesia. Nada de razón, ni de entendimiento, ni de habilidad. Todo inteligencia, todo sentimiento, todo voluntad.

En ese mundo el pensamiento es lo viril; lo femenino, el eterno femenino, lo eternamente femenino, es la idea. *Alma máter* del mundo.—Idea, tienes nombre de mujer. Y lo eres en toda su adorable plenitud, con toda su delicada ternura, con toda su virtud plas-

mante y fecunda.—Mujer es la idea. Por eso yo amo tanto a las ideas. Por eso mi pensamiento ensoñaba su idea-ideal. *Alma máter* de la vida soñada.—Y amándolas tanto, y amándola tanto, nunca supe mi bello sueño realizar.

La idea es mujer. Por eso yo amo tanto a las ideas. A «las ideas peregrinas que resbalan sin dejar huella por el entendimiento de los hombres prácticos». A las ideas, reflejo de la Idea, «que es llama de amor viva y abraza amorosamente a todas las criaturas». A las ideas, que son ilusión y deseo «como una imagen reflejada, como un eco, como un deslumbramiento, como el vértigo de la danza, como un sueño», que tanto amaron Bécquer, Lulio.,. A las ideas que tan bien supo comprender y revelar Platón, el divino Platón. Y decir Platón, ¿no es decir ideas? Ideas-hipóstasis del *Banquete* y del *Fedón;* ideas almas en *Las Leyes.* Ideas siempre y en todas partes. Ideas, ideas, ideas... Y al decir ideas, ¿no vislumbráis a Dios?—Por eso el poeta—el Poeta—que vió una mujer y la mujer lo miró, pudo decir: «¡Hoy creo en Dios!»

La idea es mujer. Por eso mi pensamiento ensoñaba su idea-ideal. Y ensoñar es algo más que soñar. Es soñar con amor; con amor de peregrino, con amor de visionario, con amor de jardinero, con amor de pastor. Y ensoñar es algo más que soñar. Es soñar con los sueños que soñamos; como un miniador de su vida, como un escultor de su alma, como un orfebre del corazón, como un cantor del amor. Y ensoñar es algo más que soñar. Es vivir con los sueños que forjamos. Y mi alma vivía con el ensueño de un rosal de rosas pálidas, y un cielo celeste y un sol de oro. Y mi alma vivía en el ensueño misterioso, melodioso, luminoso, de un claro y suave y riente amanecer.

¿Habéis presenciado alguna vez el momento auroral del despertar de la conciencia? ¿Habéis expe-

rimentado alguna vez el momento primaveral del florecer de las ideas? ¿Habéis entrevisto esos «girones de ideas», de contornos vagos, de formas indefinidas, con que comienza el día del pensamiento? ¿Habéis presentido esos «silencios de emoción», de anhelos imprecisos, de suspiros callados, que anuncian el abril del sentimiento? ¿Habéis tenido la dicha de contemplar ese espectáculo, el más hermoso del mundo, hermoso sobre toda ponderación, hermoso de toda hermosura, el más hermoso de la vida? ¿Habéis gozado el encanto, el prodigio, el milagro de ver nacer al amor el corazón de una niña? ¿Y no habéis caído de rodillas? ¿Y no habéis creído en Dios?...

...La idea es mujer. Por eso yo amo tanto a las ideas. Por eso mi pensamiento ensoñaba su idea-ideal. Y amándolas tanto, y amándola tanto, nunca supe mi bello sueño realizar.

III

Y ahora... ¡Quisiera olvidar!... ¡Quisiera descansar!... Y ahora... Sobre un algo muy negro—mi alma—y una sucesión gris—mis días—, veo alzarse de vez en cuando una idea casta y pura, como una cosa celeste y blanca, como una novia, como la novia ideal que nunca desposamos... Y ahora... mi espíritu está sufriendo el loco y voltario, a veces rítmico y lento, desgranar de las ideas...

II.—LAS HOJAS DISPERSAS...

...Del pasado otoño

«Je parle de moi comme d'un arbre».

(Montaigne.)

«Fais le testament de ta pensée et de ton cœur; c'est ce que tu peux faire de plus utile».

(Amiel.)

"Yo soy aquel, que ayer no más decía..."

«Aquí quedarás colgada desta espetera...» Así decía, al terminar mi primavera... Habíame jurado no artizar nunca más mis ideas, mis emociones, mi vida. Pero... ¿Artizo ahora? ¿No será todo esto, más que literatura, vida; vida contenida, detenida, como encantada y quieta, por misterioso hechizo, entre los rasgos de una pluma? Y ¿soy yo—aquel yo—el que esto escribe? ¿No habrá empezado en mí una nueva vida, o no seré otro sér, que no es el que soy..., el que era, y que en mí, por avatar, reanuda la vida que aquel otro yo dejó morir? No debo ser perjuro, porque me siento con plenitud de vida. Pero... De cualquier manera, quiero dejar consignadas estas efemérides, quizás efímeras, quizás eficientes, perdurables... Acaso pasajeras, porque tienen prisa por perderse..., por encontrarse..., por anegarse en la eternidad. Y como no he necesitado descolgar la pluma, en esta biblioteca pública, de plumas y de libros comunales... Y como tengo delante las cuartillas, y a un lado los libros, y la mente vagabunda...

Vedme...

Frente a frente

Frente a mí... Por rara coincidencia en esta noche de otoño, me he puesto a escribir frente al pupitre donde, una noche de primavera, comencé a divagar..., hace cerca de un lustro...—Frente a la vida... Temí al ridículo, temí al mañana, temí... a la vida... Y me puse a divagar, en vez de recibir el agua lustral de la experiencia, de la existencia...—Frente a mi vida... Pasada, nada... (Hogar sin amor...) Futura ¿...? (Amor sin hogar.)—Frente a mi conciencia... La conciencia. —Y, sin embargo, tengo fe, esperanza y amor. No puedo resignarme... Tengo sed de ser... Quiero querer... Y vivo sin vivir en mí... Y pienso y deseo vivir la... mi... vida...—Yo debía estar triste y arrepentido... después de aquello. Después de lo pasado, yo debía renunciar...—Pero ¡Dios mío! si mi vida, si mi única vida, es la esperanza. Si por ella creo y amo, y sufro... Estoy contento, a pesar de todo... Estoy gozoso y alegre como si acabara de nacer, como si nada hubiera pasado por mi conciencia y por mi vida, como si no hubiera afrontado el dolor, como si no hubiera temido lo inevitable... No puedo vivir... pensando mal... para acertar... No, no quiero... Quiero vivir entre los hombres..., con ellos... sí. Pero pensando alto, sintiendo hondo..., hablando en voz baja...—¿Que así no llegaré? ¡Y qué me importa! Si estoy frente a Ti...

«Vouloir ce que Dieu veut est la seule science qui nous met en repos.»

—¿Y ahora?...—Y ahora..

Ahora, como antes y como después... Como siempre... Siempre soñando. Esperando siempre. Esta es mi única vida, mi única virtud.

A veces creo que es un vicio—que es dureza de corazón y enfermedad de la mente... —Tal vez... Sí...

Tal vez... No debe ser bueno soñar tanto en la tierra. No puede ser tan firme la esperanza cuando todo se muda... Después de tanto dolor causado—por culpa de mis pecados—no debía soñar con tanta alegría... Después de tanto tiempo perdido—en una culpable ociosidad—no debía esperar con una calma tan fuera de lo cotidiano... Y sin embargo... Y sin embargo, sigo como si no hubieran pasado los años y los pesares, como si hubieran pasado de balde, como si no me hubiera enterado de nada...

¿Esto es un mal? ¿Es malo esto? ¿Tiene por ventura tal valor el tiempo, que lo que pasa no retorna, y lo contado se descuenta, y el momento se cobra o se paga con una eternidad? Pero... ¿Acaso termina todo en la tierra? ¿Acaso la vida no vuelve y perdura? Y... ¿Y esta esperanza? ¿No ha puesto Dios esta esperanza en mí? Entonces, qué me importan *las... mis...* desilusiones: y qué el juicio de los que todo lo pesan y lo miden según *su* deseo de éxito. Espero... Esperaré... Como he esperado... *Nunc et semper...*

...A fora era un ponent dolcissim...

H. . . . .

Llamémosle así... a esto. Llamémosle *H*... La letra más elocuente porque es muda. Letra de silencio y de aspiración... Para ser aspirada por una sevillana. Para ser escrita por quien sabe... escribir. Para eso sirve... Es como un rasgo del espíritu, como un tenue suspiro de un espíritu sabio, soñador y sutil...

Es la H letra humana, letra del hombre... *Humus...* humo... Tierra y aire. *Hipo... hiper...* El cuerpo y el alma... En este mundo, todo. Lo que es polvo, y en polvo se ha de convertir, porque del polvo nació. Lo que es del alma y a Dios ha de volver; porque el alma es de Dios... Lo que es de la tierra y de tierra—la arcilla, el barro, el fango, la corteza, el *humus*—y de

tierra fué formado. Lo que es aéreo y etéreo, como el halo y el hálito divino que rodea las cosas y las anima; que al cielo ha de ascender porque es del cielo, porque es el cielo mismo. El cielo que se hace humus al humillarse, al hermanarse con la tierra: el cielo que se desvanece, que se esfuma al sentirse cielo, al *celestiarse*... Es la letra H letra de humildad y de hermandad, de humanidad... (Nunca me siento más hombre que cuando soy más humilde..., más hermano de las criaturas, más hijo de Dios.)

...Y ¿cómo decirlo todo? Hoy, ahora... Hace años... Pero... ¡qué triste es todo esto! ¡Qué triste sería todo esto, que llamamos H, si la H no fuera una aspiración!

«No me resta al presente más que una cosa: la absoluta humildad. Ya no me queda sino el ser humilde»... Dijo Oscar Wilde—y digo yo—en ese *De profundis* que entonan las almas que se humanizan y humillan...

«Ritorna lontano. La tua giornata
d'amore passó la tua ora di sole
si spense...»

«Vivo sin vivir en mí.»

...Y tan poca vida tengo, que muero, porque me muero...

Esta es mi paráfrasis—como mía triste y fría—del estribillo inglosable de la mística doctora de las moradas del alma—la «fémina inquieta y andariega»—. Y quisiera jugar con las palabras para distraerme y distraeros de la realidad, y de esa suerte alejarla e impersonalizarla como si mis palabras fueran el eco de una voz universal. Y quiero que el ritmo y la euritmia nos hagan olvidar la vida y libertarnos del *nunc,* del *hic* y del *ego,* para no afligir más de lo que están a los que bien me quieren, a los que saben compadecer porque llevan en el corazón al Cristo; para no

entristecer a los que saben del dolor... a todos, es decir, a ninguno. Quisiera que sólo gustaseis la música de las voces. Quiero como Verlaine:

De la musique avant toute chose

...Que muero... porque me muero... y quisiera vivir... Que muero con «el mal de la muerte»... y no sé nada de la vida... ...Y tan poca vida tengo... que vivo muriendo... Y tan sin vida estoy, que vivo con la vida sin vida de la muerte... ...Vivo... Fuera de mí —enajenado...—Dentro de mí—ensimismado...—Vivo conmigo, sin vivir en mí; y en mí sin vivir conmigo... ...No vivo, muero... Por vivir, y no morir... para vivir... vivo sin vivir en mí.

Pero en vano intento artizar, tal como quisiera, este dolor de mi vida. Y aunque pudiera, no sé si debería decirlo. Unos no me entenderían... Otros se entristecerían demasiado... Quisiera que lo adivinaseis. Quiero, como Emerson, decirlo

Todo en símbolo

Imaginaos a un niño prisionero en un fanal cristalino, en el centro del jardín más encantador que podáis imaginar... Imaginaos a un andante caballero que muere, de una herida recibida en el camino, al llegar a la puerta de su dama, de su amada... Imaginaos a un sol pálido enamorado de un rosal... A la hora del ocaso, cuando la luz se repliega acariciante como la mirada soñolienta y errabunda de un padre que va a morir, el sol quisiera quedarse prisionero en la corola de una rosa de su rosal... Pero una ley inexorable y fatal...

«La vida es un mal para el hombre, que no se contenta con la vida como fin y como objeto de la vida. *(Leopardi.)*» «Cuanto el hombre quisiere ser más espiritual, tanto le será más amarga la vida, porque sentirá mejor y verá más duro los defectos de la co-

rrupción humana. *(Kempis.)*» «Quise refugiarme en mi propio corazón. Y... ¡aquí yace la esperanza!» «El que ama de verdad, desea morir. El verdadero amante ama la muerte».

Este es mi cuento y su comento—la historia y la filosofía—... El cuento de «un hombre que perdió a su sombra.» Este era un hombre, que abandonó su cuerpo—tras una esquina—para más divagar, con el alma libre, por la región de las ideas puras... Y cuando quiso volver a su cuerpo... para contemplarse en los ojos de cielo de una mujer... halló que ni su cuerpo ni su alma servían para vivir la vida... Y desde entonces vive muriendo y muriendo vive... Y sólo revive, para morir muy luego, cuando divisa una sonrisa, que rima con aquella otra que iluminaban los ojos azules de una mujer, dulcemente femenina..., o cuando percibe la música de un alma que le recuerda aquella edad en que era ingenuo y puro, como un niño... que era...

Vivo sin vivir en mí.
...Y tan poca vida tengo—que muero porque me muero...

Que vivre est difficile, o mon cœur est fatigué.
¡Oh welt vie schön warst Du!...

El trigo molido...

¿Recuerdas, amigo, la frase de Amiel?

La grain, moulu en farine, ne saurait plus germer ni lever.

La dijiste la otra noche, al despedirnos, junto a la Cibeles... La comentaron los surtidores de la fuente...
La frase del pensador ginebrino me recordó entonces un refrán castellano: «El agua pasada no mue-

ve molino». Por entonces nada dije... Y cuando regresaba, rumiando entrambas ideas, o, mejor, expresiones de una sola y misma idea, pensé que acaso fuera más sugeridor el símil del agua que corre que el del grano triturado...

Frente al «no volverán» del poeta, el «eterno retorno» del filósofo... también poeta... Lo trágico, lo verdaderamente trágico, está, sin embargo, en esto: *Aquellas* golondrinas, y *esta* nuestra alma, y *ese* agua del río, y *ese* grano de trigo... ¿volverán?, ¿volverán como tales?, ¿o no retornarán?

Mas no era de esto, del momento oportuno—del momento único—o de los ciclos coincidentes en la palingenesia cósmica—metensicopsis y metamorfosis—de lo que quería hablar hoy, cuando recordaba la frase del *diarista* menos *periodista* que conozco.

Escogíla como tema, pensando en aquellos hombres, que—como nosotros, como tú y como yo—no saben sacar provecho de su trabajo, no saben explotarlo, ni especular sobre él.

Y fué la ocasión... el convite de anoche... aquel convival... que no fué del Convidado de Piedra, pero sí de un alma en pena... de vida... y que en vida pena.

El trigo molido no germina..., por lo pronto... Es verdad. Pero, reducido a harina en el molino, y luego cocido en el horno, se convierte en pan, que es el alimento que pedimos a Dios todos los días. Y luego, ¿quién sabe si *aquel* grano de trigo no vuelve a granar y retornar a germinar? Pero, en fin...

Precisamente el trigo molido es cuando sirve, es el trigo que se puede utilizar, el que aprovecha directa e inmediatamente... Siempre que seamos prácticos—calculadores, hábiles...—, es decir, cuando somos industriosos, mercaderes, o simplemente industriosos.

Las ideas—y las cosas—que no maduró el tiem-

po, que no sazonaron ni recolectaron los hombres; las ideas y las cosas—que no han sido molidas, moldeadas, plasmadas, reducidas a masa y convertidas en alimento cotidiano—; las ideas—y las cosas—que no se han hecho asimilables y no han sido asimiladas por todos los hombres, sólo pueden ser gustadas por aquellos espíritus que aman en ellas el misterio de su germinación y el milagro de su florecimiento. Pero así las ideas son divinamente infecundas. Y las cosas no son cosas, son ideas... Para nada sirven, a nadie aprovechan... Y sin embargo—o por lo mismo—son bellas... Y el espíritu que las adora, creerá profanarlas si en vez de vivir para ellas, con ellas se lucra y medra...

Lo humano no es esto. Es lo otro... Pero también lo de más allá...

Conozco a un sembrador, a quien el mundo declaró incapaz por ser libre y liberal. Era un pródigo... un hijo pródigo... No supo aprovechar la ocasión... Derrochó su vida... Perdió su tiempo... No quiso recoger lo que sembró, ni dar valor a su trabajo..., que no fué poco..., pero sin ningún interés, ni utilidad alguna... Algún día escribirá su historia; acaso del mismo modo que Amiel escribió su Diario..., aquel Diario íntimo, que en el día de hoy recordé, por aquella frase que te oí la otra noche...

«Parece que las flores—las hojas—caídas vuelven a subirse a las ramas. Son las mariposas que juguetean en torno de las ramas.»

Here lies one whose name was writ on water. (John Keats.)

"No pases día sin aprender alguna verdad"

...Primero, en la comedia «Mundo, Mundillo»...; luego, la novela «El mundo es ansí»; y, ahora, cuando Unamuno cierra el anuo ciclo de esa cosa enorme, enormemente trágica y enormemente profunda y excelsa, que lleva por lema: «Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos», y cuando Azorín continúa el curso de sus visiones y revisiones críticas en torno de las «lecturas españolas», de los «tópicos del día» y del «alma de Castilla»; ahora, cuando esto pasa, se representa en la escena de Cervantes la tragicomedia de Fortunato, la tragicomedia del hombre que ríe... y hace reir... En verdad os digo, que nunca hasta ahora fué el infortunio cosa de risa; nunca hasta estos tiempos sin fe, sin belleza y sin caridad pudo hacerse de la comedia una tragedia. En la India, el *karma;* en la Grecia, la *moira* y el *ananké;* en el Medioevo, las estrellas, el destino y el azar... Luego... la tragicomedia se dió porque se juntaron risas y llantos, duelos y lágrimas... Pero sólo ahora, después de Voltaire, nos reímos de las lágrimas... ¡Y desdichado del que descubre estas... cosas, y no se acostumbra a ellas! Estas verdades... son tristes, como dicen que es toda verdad. Pero, ¿cómo puede ser triste la Verdad?

Pero, en fin, yo no me puedo detener en estas verdades. Intentar hablar de todo lo que se me ocurre acerca de ellas sería en vano..., si no fuera una villanía, teniendo como tengo que estudiar cosas... más y menos verdaderas. Ved, si no, cuánto se podría decir.

«Es, pues, la filosofía también la ciencia de la tragedia de la vida, reflexión del sentimiento trágico de ella. Y un ensayo de esta filosofía, con sus inevita-

bles contradicciones o antinomias íntimas, es lo que he pretendido en estos ensayos... Y en cuanto a mi otra pretensión, es que esta sea filosofía española, tal vez *la* filosofía española.» *(Unamuno.)*

«Una preocupación por el poder del *tiempo* compone el fondo espiritual de estos cuadros. La sensación de la corriente perdurable—e inexorable—de las cosas, cree el autor haberla experimentado al escribir algunas de las presentes páginas.» *(Azorín.)*

Y luego, para remate y como coronamiento, el símbolo quinteriano de Fortunato... En aquella escena final, cuando *Fortunato* el Infortunado extiende los brazos en cruz, para servir de blanco... y por ganar el pan de sus hijos..., aquel buen hombre—tímido hasta la cobardía y cobarde hasta el ridículo, pero bueno, de una bondad buena—, aquel humilde espíritu, transfigurado en un símbolo grandioso, asciende a las cumbres sublimes del heroísmo.

«¡Mis hijos, mis hijos, mis hijos tendrán pan!» Y extiende los brazos en cruz, como un crucificado, como si al abrazarse con su cruz en ella se crucificase.

¡Mis hijos, mis hijos, mis hijos... que me llaman desde la nada... vendrán a la vida y tendrán pan! Sabedlo, hombres negativos...

Respondens autem Angelus dixit mulieribus: Nolite timere vos...

Krisis-Chrysós

«Divide y...» ¿vencerás? Sí, «vencerás». Pero... en el vencimiento no hay gozo. En todo vencimiento hay un dolor, que no es puro; el dolor del vencimiento.

«*Crescite et multiplicamini*»—es, en cambio, lo que manda Dios...

El demonio de la vanidad nos ha tentado. Nos ha dicho: «Seréis como Dios». Jueces... Mas Juez sólo puede ser el Creador.

Creamos al creer. Nosotros creábamos cuando—y porque—creíamos... Cuando quisimos juzgar conturbamos nuestra fe. Y un viento helado cruzó por entre nosotros y nuestra obra... Nos sentimos entonces, distintos—entre nosotros y de nosotros mismos...—Era que habíamos dejado de colaborar con el Creador, y nos habíamos hecho juzgadores, críticos.

La crítica es censura—¿cesura?—; el criterio, discernimiento. Algo que separa y divide. Y al separar y dividir origina el mudar y el morir, el esfuerzo, la enfermedad, la lucha..., la crisis. La crisis es una disolución. La crisis es una cosa pagana, gentílica..., y también volteriana. No hay crisis sin un criterio... crítico... El criterio es el sentido común, el sentido sin sentimiento, que se contenta con ver el mundo tal como es... aparentemente, y lo deja tal cual está... en la superficie—fraccionado y voluble—. La crítica es tarea de ángel caído, de hombres juiciosos—almas grises, incapaces de amar la luz.

Nuestra crisálida—el alma, la psiché—tiene alas de oro... Es áurea... Es un áura... Un soplo divino...

El oro es puro... Lo impurificaron, lo metalizaron, los alquimistas al monetizarlo, al querer transmutar en oro hasta las substancias impuras; olvidando que si el oro es preciado, es por precioso; puro, por raro... Y así el crisol no fué el depurador, el aurificador. En su seno las extrañas materias permanecieron más extrañas a la luz de un fuego que no daba calor, que no fundía... como esas almas que no saben amar.

El alma alma es toda ella amor: Eros áureo y albo...

El amor es la gran inteligencia, el Logos. Los seres que se aman se entienden y comprenden, sin necesidad de juzgarse, de enjuiciarse, de discernirse, de

criticarse. La inteligencia no es el intelecto—entendimiento que piensa—. La inteligencia es la mente creadora—espíritu que intuye—. Las ideas no se piensan, se ven... Se aman, se sienten; se crean, y recrean, y en ellas se cree...

Dios no razona. Razonan los hombres que no pueden amar. Razonan los ángeles caídos. Luzbel reflexionó—y de ahí su carcajada—cuando dejó de ser ángel de luz para tornarse en Satán... Y Mefistófeles es un pobre hijo de la Enciclopedia—un crítico para el que todo está en crisis menos su criterio...

Nuestra alma necesita ser ungida con el crisma del amor para ser salvada... por Jesucristo—que es el Ungido y el Salvador, la Razón, el Verbo, el Amor—. Su Logos no es lógico—no es crítico.—Su Logos, su Evangelio es su *Pasión*. Nuestra crisálida debe volver al Cristo.

•

Nuestra crisálida debe volver al Cristo para vivir de eternidad... Cuando nos detenemos en un momento, y a él nos aficionamos, perdemos de vista el plan total y divino de la Creación... Establecemos diferencias, discernimos..., criticamos..., hablamos de crisis..., nos esclavizamos a un criterio... Y algo helado, glacial, pasa al través... Preciso es amar siempre, y amarlo todo, para recobrar el sentido divino de la vida, que es el sentido... del sentimiento; el sentido de que nada es menos... sino *que* todo es más, *algo*... que es todo, algo que hay que comprender y amar. Nuestra crisálida necesita el crisol y el crisma del Cristo.

Crescite et multiplicamini. Hoc est præceptum meum, meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos.

"Ví a un ángel..."

Amigos, yo creo que la vida es buena como una dádiva de Dios. Si no la amamos, es porque no sabemos comprenderla, o porque no somos dignos de

ella. Parécenos falsa y fea cuado nos figuramos que la vida de este mundo, de este valle terrenal, es la única y total vida; cuando nos suponemos ser los únicos vivientes..., vividores...., vivos. La vida no es eso; ni eso es vivir. No vivimos la verdadera y venusta vida..., porque no queremos. La vida es bella y buena como *la* obra de Dios.

Al salir hoy de la casa de aquella gentil beethoveniana—musa hadada y principesca—yo me sentía bueno y ágil como un niño. Como si acabara de renacer. Creí hallarme al principio de la vida... Yo la veía bella, como si fuera un sueño o un cuento de hadas... Y hoy había estado en un cementerio... Y había estado en un sanatorio... Y no había podido estar en una biblioteca...

El día fué de tristeza, de angustia, de pena y dolor. Pero la noche, celeste y blanca, estrellada y lunática...

«Vi a un ángel cabe mí, hacia el lado izquierdo, en forma corporal.» *(Vida de Santa Teresa de Jesús, XXIX.)*

Vi frente a mí... Pero no, no lo digo... Nadie me creería... O me creerían loco... Loco, sí, de divino amor.

Esta noche ha sido para mí una noche nupcial. Mi espíritu se ha desposado con una verdad bella y buena. Toda mi alma se ha estremecido alborozada. Creo—creo con toda mi alma—que *Ella* será mía, por siempre mía, mía... Lo he adivinado en los ojos y en los labios de...

Tú no puedes imaginarte todo lo que he presentido, todo lo que he adivinado esta noche... Es decir, *tú* puedes imaginarte lo que quieras... Acaso no, sin duda. Sin duda sabes lo que yo sé desde hoy, desde esta noche alba y celestial...

Hasta hoy no he sabido, no he saboreado, lo que Dios nos reserva en la vida. Desde hoy tengo plena

conciencia de mi vida. Ya comprendo todo lo que vale el dolor... Y cuán inapreciable es el perfume inefable de la gloria... que no es de este mundo. Es el amor... Es el amor la flor misteriosa que entre espinas de dolor, alza y abre su cáliz, para ofrecernos un hálito de la vida eviternal... Yo vi una sonrisa entre lágrimas, un ensueño angelical. Yo vi a un ángel. Yo vi a...

...«Elle passe tranquille, en un reve divin».

Rúbrica y data

En esta biblioteca, que da a un jardín... como aquella biblioteca, de la dedicatoria del Poeta. En esta biblioteca donde hay mucho humo—humo de tabaco y de vanidad—, y muchos libros y muy pocos amores; que tiene una claraboya que se abre a un cielo gris y un ventanal por donde se asoman los brazos espectrales de unos árboles sin hojas...

Como recuerdo de estas efímeras efemérides —fugaces instantes de días sin fin, cual las tristes jornadas de una ausencia—y para perpetuar en un presente sentimental aquella añoranza y esta ilusión, aquel convite y este paseo, aquella frase y esta lectura, aquella y esta visión...

Ahora que la luna está entre nubes, y las hojas caen de los árboles, como si quisieran eternizarse en la tierra, su madre...

DESDE EL PAÍS DE MAYA A LA CIUDAD DE LA GRACIA

Ecos

De un dulce otoño y de una doliente primavera

(1912-1915)

Habíamos llegado al punto en que parecen converger o diverger la región de las formas y el reino de las normas, cuando un soplo de tragedia agitó el mundo y conturbó nuestra vida. Regresábamos del país de la ilusión—ilusionados con las esperanzas cortesanas—a la ciudad por nosotros amada y soñada, cuando en torno de nuestro hogar rondaba la muerte... En vano queremos evocar el encanto de los días venturosos. Entre las maravillas presentes y el futuro milagro, el misterio ha abierto un paréntesis de dolor... "Esto, lo otro y lo de más allá" era antes el titular y el pretexto de una periódica y periodística divagación: ahora es un motivo de meditación. "Esto" es la vida; "lo otro" es la muerte, y "lo de más allá", la vida que no muere, la eternidad... Unas hojas dispersas juntáronse para servir de sudario a unas flores... marchitas al nacer

I.—NUEVAS HOJAS DISPERSAS

Olvidanzas

Variaciones

¿Variaciones inefables? No. Lo único inefable de estas variaciones es el tema sobre que versan. El tema surge aquí, en estas *hojas dispersas,* no como un motivo-guía, sino como el retornelo de un aria, como el estribillo de una estrofa, como el eco de una divagación... escrita en el álbum de una mujer. Al transcribir, al transportar la divagación a este diario, la música ha cambiado de tono. La versión de ahora es una reducción de «la sonata lírica de un verano evocador». En «el cuento de una noche de otoño» se han introducido algunas variaciones.

Dedicatoria: En este día que es el suyo, día azul, día de Pureza, día de la Purísima Concepción...

...cuando suena
la música extremada
por vuestra sabia mano gobernada.

I. — Andante. *«Viene una música lánguida de no sé dónde, en el aire...»*

Esta era... Esta era una bella princesa... Bella princesa de un cuento infantil. Era aún una tierna infantina, cuando un día fué aclamada como reina. De reina fué vestida y coronada para reinar la vida de una rosa—en un reino de niños...—Estaba la bella sentada en su trono—áureo trono que lucía como un sol—. Estaba la princesa radiante de alegría—con la gozosa alegría de los días pascuales—. Yo no sé cuándo fué: si fué por la Pascua florida—cuando la tierra es verde y el cielo es azul—o si fué por la Pascua nevada—cuando son blancos la tierra y el cielo...—Sólo sé que se oía un armonio, y que olía a incienso..., que todo era puro, transparente, diáfano, musicalino..., que había paz en las almas y en los aires aromas; que eran cielo y tierra de cristal... Era uno de esos días en que las virgencitas se visten de pureza para ir al Mes de María o a las Jornaditas... Pero yo ya no recuerdo lo que entonces fué.

Mi alma, que entenebreció el pensar y el pesar endureció, no acierta a contaros el cuento comenzado, ingenuo como canción de cuna, como cantar de corros de niñas en los juegos de las placitas provincianas, pueblerinas... Cuento que es el poema de aquella princesa que un día fué reina, y otra vez hada, y luego... y hoy es la musa de mi serenata...

Erase que se era... Erase que se era una gentil beethoveniana.

II.—Allegro. *«Aún palpita en el pecho el eco lastimero de una guitarra lánguida...»*

...La gentil beethoveniana de esta sonata ha tenido un rasgo soberano; rasgo de femenil realeza, de graciosa majestad, como el donairoso arranque de

una sevillana—augusto y recatado; digno el gesto de una infanta de España; digna ella de ser reina de una corte de amor—. La princesa de mi cuento... de hadas ha sutilizado, estilizado, esfumado en un solo matiz—monotono y monocorde—la rica, multiforme polifonía de su alma—pasional, altiva, vibradora—para acordarse y ponerse a tono con la música—música en tono menor—de la poesía triste y vaga del poeta de lo inefable.— ¿Adivináis?

Ella—la llena de gracia, por plenitud de vida, la gentil beethoveniana de mi serenata—adivinó por el dolor de su amor al poeta que habíamos conocido y compadecido por el dolor de su arte y de su alma.

Fué Beethoven como el lazo de unión—entre todos... para todos...—Fué Beethoven la misteriosa clave que abrió el corazón del inefable al *pensieroso* y al preocupado, y a esta mujer morena y sevillana digna de serlo; la estrella guiadora que, acaso por impensado hechizo, por influjo magnético, hizo converger en un punto el vial de dos almas. Diríase que el motivo beethoveniano—que el poeta escogió como intermezzo de su obra—fué el preludio de una amistad.—Por Beethoven, el peregrino de todas las rutas ideales, el romero ilusionado de todos los amores, halló en la mansión hadada aquella reina, que lo fué por inocente juego en la divina comedia de los días infantiles del colegio.—Y por Beethoven esta reina vino a ser la musa de la música de esta velada.

III.—Presto. *«Para el llanto tienen lágrimas.»*

...El automóvil ha cruzado las calles de la ciudad... Raudo, sin ruido, aristocrático, como por la mente la imagen silenciosa de una idea fija y fina, señoril y señera... Un sol pálido en el cielo... Un sordo rumor en la tierra... Una leve niebla en torno de las cosas, de las almas, de la ciudad... ...Cerca de las afueras, donde

un barrio aristocrático fina y confina con los arrabales y la campiña, en ese como espejismo de una ciudad inédita, futura, de calles sin casas, de solares sin hogar, de indecisas perspectivas, donde ya no está el campo, ni todavía hay ciudad... existe una casa de salud para el cuerpo, y de paz para el alma... El automóvil se ha detenido ante la verja del jardín...

...El Sanatorio parece un ave aurirroja posada en un jardín... Por la fachada que mira al Oriente, tres naves avanzan, sin encuadrar... Entre las alas, como un corazón, la capilla... *Ella* ha recordado el colegio de su infancia, cuando era una *madrecita,* y cuando un día fué vestida de reina, para reinar la vida de una rosa, en un reino de niños... Alguien dijo: Por esta estancia, que da al sol del mediodía, pasó y posó el poeta... cuando enfermó del mal de amores, cuando enfermó de enfermedades de belleza... El romero visionario recordó un cuento—«El castigo de la cordura»—; y le dió otro final... Por entre aquellas almas pasó, como «pasa un ángel», el ánima inefable del poeta...

En la noche de aquel día, la música de la poesía del poeta fué evocada al piano...

IV.—Finale. Maestoso. *«Esta música que tocan en la velada..»*

...Fué aquella una velada en honor del poeta... Así lo quiso la reina de la fiesta—una mujer plenamente femenina; de un arte, más que literario, musical; musa, más que goethiana, beethoveniana...—Fiesta íntima, fiesta del espíritu, fué la de aquella noche consagrada a la música del más lírico, del más musical de nuestros poetas. A la música de sus poetas favoritos—Glück, Mendelsohn..., Schubert..., Schuman..., Beethoven...—A la música de los versos del poeta, inspiradora de la música de otros músicos, sus admiradores, García

Morales y Benedito... A la música de la vida y del alma del poeta, ensoñada y presentida por sus amigos, y que hizo revivir la musa beethoveniana... Una fiesta musical fué aquella velada en honor del poeta. Así lo ordenó esa ley rítmica de infinita belleza y de eterna justicia que rige al mundo; y en virtud de la cual ningún deseo de una buena voluntad deja de ser cumlplido...

¿Recordáis?...

Todo ello fué por obra y gracia de una mujer. La musicalidad femenina de una musa musical obró el milagro de dar resonancia a la antología de los temas líricos que el poeta escogió de entre los músicos que mejor se acordaron con la melodía de su poesía, y que él recordó para ilustrar y decorar algunas de sus obras—aquellas que pertenecen a su primera juventud...—Y lo maravilloso fué que esta regia musa beethoveniana—de un alma apasionada y vibradora, más impresionable por las proporciones arquitectónicas de la sinfonía que por las líneas esculturales de la melodía—hizo el sacrificio de sus gustos, en aras del poeta, y puso todo el amor de su alma en la interpretación de la música triste y vaga de su poesía inefable... la música de Schuman..., Schubert..., Mendelsohn..., Glück...

¿Adivináis?

¿Comprendéis ahora la belleza magnífica del gesto; toda la cordial cortesía, todo el valor inapreciable del preciadísimo regalo? La dádiva ha sido más que regia: ha venido nimbada con la aureola del sacrificio. Por rimar con la poesía del poeta, la gentil beethoveniana ha dejado penetrar en su claro y sano espíritu, todo equilibrio y sanidad, medio día y primavera de Sevilla, la melancolía del ocaso y la vaga tristeza de la luna...

el otoño triste llora;
mas qué importa que caigan
de los árboles las hojas.»

En aquella noche de otoño, que no era de estación alguna y tenía el encanto de todas las edades del año, todo parecía dormir... dormitar acaso... Sólo velaban las almas. Sólo velaban las almas en las estancias «malvas, rosadas, celestes». En la estancia elegante—de un cielo áureo y albo, sinople, verdegay—todo vive como encantado... Las almas se deslizan... Giran... Se aquietan en torno de un piano... Todo suavemente, silenciosamente... El mundo lejos, muy lejos, como si no existiera... La vida parece detenida en un remanso de eternidad... Todo—los instantes y las cosas—está como si al morir se hubiera hecho inmortal. En la estancia verdegay, como en el cielo de la esperanza, sólo viven las almas. Todo se ha hecho alma, y las almas música.

Todo suspenso, todo!, la música de plata
de los versos lunarios, la soñada lectura.

Nacía, gris, la luna, y Beethoven lloraba
bajo la mano blanca, en el piano de ella.

Silencio y soledad... afuera. Adentro... música de almas—luminosa, musicalina, perfumada.—Sus manos—las manos de Ella—teclearon como si acariciaran, como si ungieran, como si modelaran el misterio...

. . . .

Mas en la velada de aquella noche, Beethoven permaneció como velado—¿inédito?, no; latente...

La musa beethoveniana hizo el sacrificio de sus gustos en aras de la música del poeta... He aquí por qué decía al comenzar: «La gentil beethoveniana ha tenido un rasgo soberano...»

Envío.—«En este día de nívea blancura, día de ingenuidad y candor, en este día de adviento...»

II.—NUEVAS FLORES MARCHITAS

Improvisaciones

¿Improvisaciones? Pero... ¿no ha sido una improvisación toda la obra de nuestra vida? ¿Qué serán entonces nuestras divagaciones? Y por otra parte, ¿con qué título hemos de llamar improvisaciones a nuestras divagaciones—a éstas y a las otras—, si siempre hemos abominado de todo lo que sea improvisar? He aquí una de las fases de la tragedia de nuestro destino: soñar con la inspiración divina, anhelar la intuición genial; y dejar, en cambio, que la vida se deslice, impremeditadamente, imprevisoramente, en un vago deseo, en un vano ensueño, que como las intenciones del refrán van empedrando el camino por donde *«si va tra la perduta gente.»*

Estas—y las otras—improvisaciones carecen de espontaneidad; porque nuestro natural es... un tanto artificioso. Más que repentizar, lo que hemos hecho es interrumpir el *improntu* de nuestros ingenuo instinto. Mas ahora la interrupción... nacía del corazón.

Cuantas veces hemos intentado comentar la actualidad de esta primavera en nuestra *Ciudad de la Gracia,* tantas otras el recuerdo de un dolor continuamente presente en el alma, ha desvanecido la interpretación que nos había sugerido: la poesía de la *Minerva Bética,* el *teatro* de la *Gracia* y el *genio alegre de las fiestas* de Sevilla...

"La Sevillana-Sevilla"

Algo que se va fué el libro del pasado otoño. *La Sevillana-Sevilla* es el presente de esta primavera.

Algo que se va llegaba a nuestras manos en aquellos angustiosos días de noviembre en que el corazón sufría el dolor de presentir que se iba de entre nosotros alguien que nos había revelado lo entrañable de la fraternidad humana—alguien a quien habíamos amado más que a nosotros mismos—. El libro de los recuerdos sentimentales no pudo ser comentado, porque el espíritu estaba pendiente del vivo recuerdo de un sér que ya no era entre nosotros... ¿Qué misterio es este que hace sinónimos los pretéritos de los verbos *ir* y *ser*?

¿Por qué es tan corto el camino?
¿Por qué la vida no vive?
¿Por qué se mueren los niños?

Algo que se va... Alguien que se fué... Y ahora en este mayo melancólico y nostálgico hemos recibido el regalo de unas dulces memorias poéticas.

Memorias poéticas son en realidad los poemitas de este libro en que el tierno y delicado poeta de las *Noches de luna*, de las *Flores del campo*, canta, *A la lumbre del hogar*, las gracias de la Sevillana y las grandezas de Sevilla. Notemos una curiosa coincidencia. La primera obra que publica el autor de la *Historia de muchos Juanes*, después de haber sido nombrado cronista oficial de la ciudad, es una lírica historia, una crónica poética—no simplemente rimada, sino también poemática—de las fiestas solemnes y de los artistas renombrados, de las bellas tradiciones y de las efemérides gloriosas, de los varones virtuosos y de los príncipes heroicos, de los genios inmortales de «la ciudad que el Betis besa». No se crea por ello que el nuevo volumen del crítico sagaz,

del ilustrado humanista de la *Estafeta literaria* y *De re-literaria* sea una ordenada y sistemática narración en verso de la vida de la «siempre leal, siempre heroica, siempre noble y siempre invicta» capital de Andalucía.

La Sevillana-Sevilla es una serie de evocaciones del antaño famoso y de canciones del momento—hoy convertidas ya en testimonios de una época que se va esfumando en el pasado—enlazadas unas y otras por el ejemplar novelista de *Los cuatro ochavos* y de *El duro del vecino,* en una cronología intemporal, más estética que erudita, y con un arte tan singular y encantador, que el corazón, al vivir los momentos estilizados en el libro, cree vivir en toda su plenitud la existencia esencial de la ciudad de la Giralda. El inspirado glosador de *La musa popular* no necesita dar a lo épico proporciones de epopeya ni al cuento trascendencia de historia; bástale un ingenuo romance, una sencilla anécdota para remontarse a las más altas cumbres de la belleza.

Sevilla no es sólo el fondo áureo de este cuadro por donde pasan y en el que permanecen la *Noche del Jueves Santo* y la *Procesión del Corpus,* Miguel de Cervantes y Calderón de la Barca en la apoteosis de sus centenarios, los sacrosantos misterios de nuestra Religión y las venerables figuras de ilustres sevillanos; Sevilla es también el *spiritus intus* de esta realidad tocada por la magia de la fantasía; espíritu que ha encarnado por modo maravilloso en la Sevillana, que es reina y señora de Andalucía, alma de Sevilla, personaje central del cuadro, heroína del libro de Luis Montoto.

La Sevillana y Sevilla están de enhorabuena. Han encontrado el poeta y el cronista que ambas se merecían.

En la fiesta de la flor

...¿Y tú me lo preguntas?

Ya lo sabrás, mujer adorable de Sevilla... En vísperas de feria la Ciudad de la Gracia ha de celebrar *la fiesta de la flor.*

—¿La fiesta de la flor? ¿Y qué florecer hemos de festejar con ella?

—¿Y tú me lo preguntas, mujer, que eres la flor de toda fiesta? Pues la fiesta de la flor ha de ser la fiesta de la caridad, flor de tu corazón lleno de gracia.

La flores dan su nombre, su esencia, su aroma a muchas de nuestras diversiones; son la aureola, el símbolo y lo esencial de nuestros más bellos regocijos. ¿No recuerdas? Desde hace varias primaveras, cuando llega el mes florido y floreal, una flor natural sirve de premio de honor en los Juegos Florales, la fiesta de la poesía y del arte; porque el arte es un puro juego, una mágica recreación de las almas, y la poesía—como dice *Aurea,* en la comedia quinteriana—es la flor de la vida. Algunos años en el cartel de nuestras fiestas se han anunciado Batallas de flores. Y quizás habrán sido estas las únicas veces en que tú hayas dado gracias al cielo, porque en Sevilla no hubiese tantas flores como la fama pregona, y que de existir habrían perpetuado la cruel paradoja de los proyectiles floridos. Una lluvia de flores es algo hermoso, pero una batalla...

Las flores sirven para adornar, para perfumar, para ser dichas a las mujeres bonitas... Y para que las mujeres bonitas las prendan en nuestros ojales... el día de la fiesta de la flor.

Toda flor es no sólo la corona de una existencia, que en ella culmina, sino también el germen, la promesa de una nueva vida. Y la flor de la fiesta de ese día será para Sevilla una señal de tiempos mejores.

Para los pobres enfermos del pálido ensueño—pobres flores marchitas de un jardín abandonado—, una promesa de salud. Para los misericordiosos, para los generosos, que aquel día lleven prendida una flor en el pecho, ésta no significará un mero recuerdo sentimental, sino que tendrá el alto valor representativo de una condecoración, de una insignia de hidalguía, de una venera nobiliaria, de una cruz laureada para los héroes, de una medalla bendita para los fieles. Y para ti, mujer, postulante florífera, la flor tendrá toda la unción de un *¡Dios se lo pague!*

Y has de saber, mujer adorable de Sevilla, que mi ruego es desinteresado. Las flores que se abren en esta primavera tienen para mi alma el perfume de un sufragio... Todas las flores con que me brinda esta tierra bendita yo las quisiera para llevarlas al camposanto.

"El Duque de El" en Sevilla

¿No es verdad, amigo, que cuando una pena—una pena penita—penetra en el alma, parece que el alma, fuera de sí, se nos escapa, y en medio del camino—en mitad de la ruta del tiempo—se sitúa, ojo avizor, acechando el porvenir? El dolor que a los insensibles sólo sirve para aguzar los resentimientos, es para los sufridos el temple que pone a los sentidos en tensión de presentir. Y los que presienten no gozan casi nunca al presente de las fiestas que anunciaron.

El pesar, amigo *Xenius,* no hace pensadores, sino pesarosos, preocupados; espíritus inquietos e intuitivos, que no llegan a la visión apolínea del mundo, conmovidos como se hallan por una romántica previsión de las cosas; previsión que ansía anticiparse a los acontecimientos, pero no precipitarlos; previsión estética que nada tiene de previsora.

Como si estuviesen en vísperas de un día que no llega, así viven y sueñan, en estos momentos de an-

gustia universal, aquellos que no han perdido todavía la esperanza. Y así habló el que esto escribe de la Fiesta de la Flor, y así ha de hablar del estreno de *El Duque de El:* con el corazón en perpetua víspera.

En vísperas de feria llegó *El Duque de El* a Sevilla. La Ciudad de la Gracia celebraba la Fiesta de la Flor, el mismo día en que reflorecía *La flor de la vida.* En la tarde de aquel día, cuando ya la Sinfónica Madrileña se había despedido, con las notas vibradoras y vibrantes de la «cabalgada» de la *Walkyria,* y cuando en todos los ojales lucía una flor, los hermanos Quintero fueron al Ateneo para cumplir la ceremonia de ritual.

El día que estrenan los Quintero, todos los fieles de la comunión quinteriana, hállense reunidos en un lugar o dispersos por el mundo, a la misma hora, a las seis de la tarde, en punto, levantan la copa para brindar por el feliz éxito de la nueva obra.

La libación de aquella tarde fué hecha en el palomar del Ateneo: en el mirador donde se fundó *Bética* y donde se inició *Ariel.* Pero...

Pero antes que Serafín diese la señal, alguien se anticipó a beber; y una caña de manzanilla quedó apurada...

Esto produjo un leve malestar en los supersticiosos. ¿Es que el juicio y el éxito no serían unánimes? ¿Es que la crítica pecaría de precipitada? Eso no lo podemos decir los que en este año vestimos de luto.

Ahora ¿quién piensa en la feria?

A la Srta. A. de D. en Moscow.

...Ya ve, amiga mía, cómo también aquí hay ojos que miran al cielo a través de las lágrimas, y en las noches estrelladas buscan la amada lucecita—la llama azulada—desprendida del hogar. Cuando el fuego se extinga, y la gran pacificadora—el hada pálida del

reino de las sombras—se aleje de los campos de Europa, la paz renacerá... y por el dolor unánime, los pobres corazones humanos tornarán a latir fraternalmente. Pero, mientras vistamos de luto, ¿quién piensa en la feria?

Al hablarme usted de Sevilla, como de una cosa lejana y bella, como se añoran las horas felices en los días amargos, mi alma evoca aquella primavera pasada—pasada junto a su corazón perennemente extático, extasiado, estremecido—, en que juntos paseamos por el real ilusionado de la feria.

La feria de Sevilla no ha sido nunca un mercado para este divagador, a quien sólo ha interesado el juego de la vida y el espectáculo del mundo. En la fiesta de la feria no gustó comprar ni contemplar, cuando niño, sino lo que a los niños ilusiona: los juguetes y las confituras, los títeres y las vistas. Luego buscó lo que en ella había de típico, de castizo, de clásico; y recogió lo que de ella habían dicho los poetas y lo que de ella podía ser llevado al arte. Y así fué estilizado el ritmo de las danzas y la arquitectura, y el paso de Eros—el héroe divino—y el aroma del eterno femenino.

En la fiesta de aquel pasado Abril—que nos abrió tan amplias y rosadas perspectivas—la música de mi patria sonó en sus oídos como un eco de la música de su raza. Los motivos españoles de Albéniz y Turina se acordaban con las notas eslavas de Rimsky Korsakow y Glauzonnowd.

¿Y ahora? ¿En qué cielo se esconde lo que era la dicha de la tierra?

Cuando íbamos a la feria, y vivíamos en esa ciudad de ensueño que «en el prado por Abril» proyecta la Ciudad de la Gracia, siempre que mirábamos a lo alto divisábamos en la lejanía la Giralda. En aquel mágico espejismo de Sevilla, la silueta gallarda y gentil de la «turris fortissima» aparecía como algo más que el fondo decorativo y emblemático de un

cartel: surgía en el horizonte, allí donde la tierra se hace cielo, como lo que daba una perspectiva real a nuestros anhelos, aquello que nos advertía que no era una ficción el encanto de la fiesta.

Al presente, lo lejano es la feria. No es la ausencia ni el olvido; es el dolor lo que nos aleja de ella. Si quisiéramos verla, habríamos de subir a la Giralda. Y aun viéndola, no podríamos gozar de su alegría. La distancia embellece las cosas; pero hay presencias que entristecen el ánimo. Y ahora el corazón no está para fiestas.

Si no hubiera sido por el cuadro de un pintor inglés digno de ser andaluz, no hubiéramos pensado este año en la feria. Por la lejanía del arte nos hemos acercado a la fiesta lejana.

Pero el cuadro de Gustavo Bacarisas, *Sevilla en fiestas*—que podía titularse *Camino de la feria*—, nos recuerda su obra maestra, aquella melancólica *Soleá*, maravillosa y misteriosa encarnación de nuestra raza...

EPÍLOGOS

Epifonemas, Epifenómenos

Episodio, Epicedio

(1908-1911)

¿Epilogos? ¿De qué? ¿Del libro..., de la parábola..., de la vida? Pero... ¿Es esto un libro?; y si lo fuera ¿cómo puede epilogar un libro lo que se escribió sin pensar en él? Y ¿es esto el término de la parábola?; ¿dónde concluye una parábola?; ¿no es la parábola una curva abierta hacia el infinito, y que hacia el infinito se prolonga (una elipse cuyo eje mayor es infinito, una hipérbola cuyo eje real también es infinito)? ¿De la vida, acaso? De mi vida, no... Pero de algo de la vida mía sí son Epílogos las divagaciones que siguen. Y, sin embargo, estas divagaciones vienen a ser como remate de este libro, porque hacen relación al foco —de nuestros amores—y a la directriz—de nuestros ideales—de la parábola de nuestra vida. Tratan del vano renombre de un sobrenombre, desde que surgió de las sombras de lo inédito hasta que se sumió en la soledad y "en el silencio del olvido". Recuerdan el "canto de la palinodia" y "el canto del cisne". Y son el parámetro de la parábola de "Jacinto Ilusión".

I.—EN BUSCA DE UN NOMBRE

La explicación debida

El alias y el alter ego

Fué en el camino... De la lejanía llegaba el murmullo de la murmuración. Un buen amigo recogió el rumor: y al hacerse eco de lo que se decía, dió al murmurio un tono de súplica.

—Allí por donde pasaste hubo un momento de curiosidad y un movimiento de suspicacia. Cierta conjetura fué tomando cuerpo y apariencia de verdad. Se ha llegado a creer que *tú no eras*, que no exístías, que tú eras yo. En nombre de mi amistad y en aras de mi tranquilidad, te ruego que desvanezcas la sospecha y declares paladinamente que *tú eres*... tú, que yo soy... yo.

Así me habló el amigo. Sin su demanda, yo hubiera dejado pasar y pensar *(laissez passer, laissez penser)*. A petición de parte, tengo que ser árbitro en la cuestión; deshacer el enredo de esta comedia de equivocaciones. Ante todo...

El nombre no hace la cosa

Le nom ne fait rien a la chose. El nombre no hace la cosa... Esto se dice y se repite. Y ya sabemos cómo se saben las cosas aprendidas por referencias, y referidas de memoria. No hay como repetir mucho las oraciones para olvidar el verbo espiritual que las inspirara. Las frases que todo el mundo hace, se hacen de todo el mundo y quedan hechas para siempre; son algo acabado, sin vida y sin sentido—sin el sentido original que originalmente tuvieron—; necesitándose, para reanimarlas y darles fluidez, de esos espíritus desfacedores de rutina que de cuando en cuando aparecen para trazarnos nuevas rutas en la vida.

A pesar de esto, a pesar de mi enemiga a seguir los caminos trillados, yo digo convengamos... Por ahora, no anhelo forjar hipótesis (¿será el nombre una invención de la mente, un ente de razón, o será una como emanación—perfume, color, sonido—de las cosas, que despierta en nosotros ciertas vibraciones—acordes o no con la cosa en sí—y que concretamos en un símbolo?); ni pienso formular teorías (que podrían relacionarse con el realismo, el ontologismo, el trascendentalismo, etcétera, de un lado, o con el nominalismo, el criticismo, el inmanentismo, etc., de otro); ni deseo recordar creencias (¿cómo olvidar, no obstante, el pasaje bíblico: *adduxit ea ad Adam, ut videret quid vocaret ea: omne enim quod vocavit Adam animae viventis, ipsum est nomen ejus?)*... Por ahora, como decía, quiero recibir como bueno el adagio citado.

El nombre no hace la cosa... Las cosas están hechas. Y el hombre no hace más que llamarlas, nominarlas, rotularlas. Perfectamente. Pero, ¿acaso las cosas existen para el hombre, si no han sido pensadas?; y ¿por ventura está definido el pensamiento si la idea no se encarna en un verbo? Sin duda alguna,

la palabra «alma», por ejemplo, no crea la realidad que representa; mas, ¿no es evidente que la hace ser de distinta naturaleza para quien crea en ella que para el que no tiene esa fe?

Ya decía el maestro Fray Luís de León, en el tratado *De los Nombres de Cristo,* que «nombre es aquello mismo que se nombra, no en el sér real y verdadero que ello tiene, sino en el sér que le da nuestra boca y entendimiento». Y añadía: «El nombre es como imagen de la cosa de quien se dice, o la misma cosa disfrazada de otra manera, que substituye por ella y se toma por ella.»

Podría decirse, en verdad, que si el nombre no hace las cosas, el nombre sí hace al hombre; porque no hay hombre que no se llame y no responda de algún modo.

Por el nombre las cosas se hacen inteligibles, se humanizan, se hacen del hombre. Y el hombre—el sér que responde y es responsable, el que llama y da nombre a las cosas—es, a su vez, nombrado y llamado por Dios.

Vocabit Dominus Deus Adam. «Llamó el Señor Dios a Adam...» «Y llamó el hombre el nombre de su mujer, Eva, por cuanto ella era madre de todos los vivientes.»

Y los hombres se han llamado unos a otros, hasta el punto de que ha podido afirmarse que no hay hombre sin nombre. Así se ha podido decir: «El hombre es conocido por el nombre». Y así se ha dicho...

Por el nombre te conocí

Novite ex nomine. «Por el nombre te conocí.» Díjole el Señor a Moisés.

«Es innegable que los nombres tienen una fisonomía propia adquirida por el uso, aparte de la que algunos poseen ya por su significación»—ha dicho Ganivet en las *Reflexiones psicológicas que le sugiere*

al corresponsal la lectura de la Guía de la Ciudad...— Y agregaba que «así como existen nombres característicos de las personas, con estos nombres se forman después nombres característicos de las naciones.»

Todo hombre tiene en la sociedad un nombre. Y cada uno vive con el secreto anhelo o confesado afán de hacerse un nombre para la posteridad. Frecuentemente el nombramiento primitivo no basta para individualizar a nadie, para personificar la personalidad de una persona... Son las relaciones de familia, los vínculos políticos, las aptitudes reveladas, los hábitos contraídos, etc., los que van marcando *a posteriori* y de un modo más significativo su peculiar vocación y destino. Y entonces el que se siente hijo de sus obras y sueña con la gloria de su *gracia,* busca como el *Ingenioso Hidalgo,* al hacerse andante caballero, un renombre que le sirva de mote en sus empresas y de título en sus blasones; o bien ese gran denominador común que es el pueblo—o su primo hermano, el vulgo—lo adjetiva con un sobrenombre, a veces, con un mal nombre... Así *plus minusve* fueron originados los apodos y los apellidos, y también los seudónimos.

Un nombre propio no es propiamente tal--no es el propio de uno—hasta que no deja de ser un nombre común a muchas personas—un apelativo personal—, para devenir el epíteto substantivo y substancial con que se caracteriza y califica a quien así—y a sí mismo—se ha confirmado. Y un supuesto, un falso nombre, un seudónimo, ¿puede llegar a ser un verdadero nombre propio?

Se oye decir con una insistencia alarmante que los hombres buscan en la seudonimia una máscara, un propugnáculo a su vileza, a su paupérrima energía, a su hipocresía. Y ¿no es posible que ese *misnomer* responda a motivos más puros de lo que se sospecha y supone?

¿No podrá explicarse el seudónimo por una nece-

sidad legítima, por el deber de velar nuestros sueños y nuestros ideales a aquellos seres que nos rodean de atenciones y que nos despreciarían si supiesen nuestras aficiones artísticas, nuestras debilidades literarias? ¿Y por verdadera modestia—por la sincera humildad del que quisiera dar a su obra la impersonalidad, mas no la irresponsabilidad de lo innominado—; o por viril pudicia—por ese heroico y genial pudor del cual decía Amiel que era la salvaguardia del misterio?—¿Y por humorismo—por ese regocijo íntimo que nos proporciona el estar en el secreto de lo que se trata, y ser, por ende, árbitros de la risa y del sonrojo de los que sólo nos conocen a medias, bastando para ello con que le ayudemos en la humana tarea de despellejar al prójimo ausente, para luego descubrirnos de repente, y gozarnos en ver cómo se turban y cambian de color y mudan de parecer aquellos que nos estaban poniendo como nuevos... sin saberlo?

Pero el seudónimo no sólo se emplea como un pronombre—como un nombre que se usa en vez del nombre propio—. A veces implica una doble o múltiple personalidad, designa una nueva manera de estar la persona o define un nuevo sér, un nuevo individuo. En estos casos, el alter nomen no será *seudo* más que en relación con el hombre aparente, con el hombre que aparece en sociedad; y, en cambio, será un verdadero idionomen del... otro yo.

He aquí cómo del *alias* hemos pasado al *alter ego*. Veamos ahora quién sea el *otro yo* de mi amigo, y cómo se nombra, se apellida y apoda. Que es de lo que se trata, después de todo.—Y sobre todo...

No conviene que el hombre esté solo

Así se ha dicho de una vez para siempre, y por quien supo decirlo como nadie. Paráfrasis de esta frase es la máxima que dice «no hay hombre sin hom-

bre». Inspirada en un pasaje del Evangelio de San Juan, ha llegado esta sentencia a ser un verdadero refrán, ejemplar como un adagio, sabio como un proverbio, bello como una parábola, y tan lleno de sugeridoras enseñanzas, que sería en vano pretender agotar la riqueza de su contenido ideológico.

La idea de *alteridad* que late en sus palabras, constituye no sólo el nervio de una teoría, sino la noción básica de todos los sistemas sociales, desde la doctrina aristotélica, que definía al hombre como un animal político, a la moderna escuela sociológica, que concibe la misma conciencia como integrada por una síntesis social. El hombre es por esencia un sér social. Alteridad es también el dualismo de cuerpo y alma, de materia y espíritu que se da en el hombre y en el cosmos.

Y el *altruísmo*—que es el sentimiento de la alteridad—podemos representárnoslo como el postulado humano en que se traducen todas las categorias de los imperativos morales y preceptos religosos; la forma sensible de los predicados de fraternidad y solidaridad que presuponen las diversas predicaciones; el dato empírico que sublimó el cristianismo hasta convertirlo en el amor de los amores, en la virtud de la caridad; el altruísmo es la sombra del mandamiento de la ley de Dios: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo».

Ahora bien: si el altruísmo—según ciertos psicólogos—pudo nacer del egoísmo, el hecho de la alteridad pudo engendrar el pensamiento de lo que designaremos—por denominarlo de algún modo—con el término bárbaro de *alter-egoicidad.*

Si el que esto escribe dispusiera a su antojo de la paciencia y de la benevolencia del lector, amén de la inteligencia indispensable para ello, esta sería la ocasión propicia para excederse a sí propio hablando de la duplicidad del yo, del desdoblamiento de la personalidad. Y de esta manera dilucidaría el devenir, la

dialéctica del *yo* y del *no yo* en la filosofía alemana; examinaría la procesión, la ronda de los fantasmas, de los dobles, de los vehículos y los planos, así como el metabolismo de la metempsicosis y de las metamorfosis, de la reencarnación y del karma en que creen el espiritismo, el polipsiquismo, el ocultismo, el esoterismo, la teosofía y otras filosofías seudocientíficas y semireligiosas; analizaría el proceso de los fenómenos de la desagregación psíquica, de la disociación mental, de la despersonalización o desmembración de la personalidad, que investigan los fisiólogos, los psiquiatras, los neurópatas, y que constituye un capítulo muy interesante de la psicología experimental... y morbosa.

Todo ello nos serviría para mostrar y demostrar la exactitud de algunos proverbios—tales como «no hay hombre sin hombre» y «el hombre es para el hombre un espejo»—y asimismo para probar y comprobar la veracidad de una sentencia shakesperiana...

¡Cuán diverso es el hombre del hombre!

Mas el que esto escribe no quiere profundizar en la raíz filosófica de estas literaturas. Por ahora, se contenta con aspirar la esencia de algunas flores abiertas en los pensiles del arte.

En el arte literario español—en el teatro y en la novela sobre todo—se ha reflejado el dualismo que, en gran parte de nuestra historia, ha escindido la vida nacional, y en el cual se ha desdoblado el alma de nuestra raza.

Ese dualismo—que unas veces procede como una real y racional diarquía, y otras se produce como una justa y legítima anarquía--se revela en la novela y en el teatro por un característico paralelismo de la acción o por un curioso antipodismo de los personajes, por una rígida perpendicularidad de los caracteres o por una extraña tangencialidad en los ideales...

Ejemplo de desdoblamiento por polarización nos ofrece la novela sobrehumanamente ejemplar de la sin par pareja desparejada de Don Quijote y Sancho. Modelo de desdoblamiento por espejismo, por proyección del ensueño en la vida, es la divina comedia de Segismundo, el príncipe bohemio.

Notemos de paso una curiosa coincidencia. La comedia benaventina de los polichinelas, representa en la escena española del siglo XX lo que la vida del Ingenioso Hidalgo en la novela española del siglo de oro y en la historia humana de todos los tiempos. Y el drama calderoniano de *La vida es sueño,* ¿qué repercusión tiene en la literatura de la España contemporánea? (Buscábamos, por euritmia, una novela... Y hemos hallado un poema dramático, prólogo de una comedia romántica: *La flor de la vida.)*

«Habilidad es mostrar separado en dos sujetos lo que suele andar junto en uno solo»—ha dicho Crispín en *Los intereses creados*—. Y Berto Cellini, dialogando con Aurea, así habla de aquel su otro yo, que dió vida al futuro *Duque de El:* «Le seduce fingirse otra persona, sea quien fuere, porque dice que no está contento con ser un hombre solo.»

Mas no es sólo habilidad—y fingimiento—, artificio de la trama, traza del ingenio o ardid de la farsa; es tambrén profunda realidad psicológica, este fenómeno de la dualidad anímica, del desdoblamiento de la personalidad.

No sé quién fué—si el claro filósofo de las *ideas fuerzas* o el joven pensador que socializó la moral y el arte, o tal vez uno y otro—el que dijo: «Cuando más se posee un sér a sí mismo por medio de la inteligencia, más capaz es de poseer a otros seres.»

Y así como los tipos del arte llegan a conseguir una vida más real que los seres de la misma realidad, así aquel nuestro *alter ego*—el de los bellos pensamientos, el de los altivos sueños—logra obtener una existencia más plena, más fecunda, más intensa que

la del individuo terreno—el de las bajas obras—. Y en ocasiones, el divorcio de entrambos es tal, que aquél deviene un nuevo sér, libre, independiente, intemporal—según la frase de Simmel.

He aquí la esencia y las esencias, la quintaesencia y lo esencial de algunas flores abiertas en los pensiles del arte español.

Si dispusiéramos de tiempo nos gustaría saber de qué raíces emergieron estas flores. Pero ya no es tiempo de andarse por la ramas. Hora es ya de recoger el fruto...

«Y tomó de su fruto, y comió y dió a su marido...»

No sé por qué extraña asociación de ideas, evocamos el capítulo III del Génesis la primera vez que escuchamos—apenas salidos de la infancia—el lírico drama de *Lohengrin*.

¿Adivináis? ¿Recordáis el diálogo entre Elsa y el Caballero del Cisne? ¿Comprendéis?

Es el *por qué* torturante, es la inquietadora—femenina y poética—curiosidad; es el eterno mito de la Caja y del Arbol. (Y a propósito del Arbol: ¿acaso son distintos el de la Ciencia y el de la Vida?)

Queremos rasgar el velo, romper la esfinge y buscar en lo ulterior y en lo interno... ¿Para qué? ¿Para encontrar la desilusión tantálica, y luego atronar los espacios con el sarcasmo de una carcajada, y luego olvidar... para volver a empezar?

Y cuando un romero cruza la senda, como algo que serpentea o como algo que apresa, nos acercamos sitibundos para desvanecer el silencio virginal de lo oculto, para sorprender el misterio de su vida.

Si no hizo mal a nadie, ¿para qué desenmascarar?

¿Creéis que sólo se escribe para obtener renombre, para abrirse paso o para ganar el pan? ¿No concebís que además de la gloria, del poder, de la vida

—estímulos muy naturales y muy humanos—pueda haber otros motivos para publicar, enseñar y propagar el pensamiento, como el de revelar la idea por la misma idea, cual un algo impersonal, desligada de todo sujeto pensante en particular? ¿Y el puro placer de escribir por escribir?

¿Pensáis que por algunos secretos que descubráis —al parecer—llegaréis a comprenderlo todo? ¡Poetas!: no os inquietéis; por mucho que avancemos, el infinito siempre tendrá un tálamo para el misterio...

Hace cuatro años se publicó un libro curioso y paradojal. Se titulaba: «Unos cuantos seudónimos de escritores españoles, con sus correspondientes nombres verdaderos». ¿Sabéis quién era su autor? Yo no lo sé; el autor se ocultaba también bajo un seudónimo.

Respetad la callada soledad de lo íntimo; y si algo sospecháis, no lo murmuréis; y si algo descubrís, no lo propaguéis.

Lectores míos: yo quiero cumplir el encargo de mi amigo: yo quiero dejar las cosas en su punto, y dar a cada uno lo suyo. «El que ha escrito sin ser escritor, es un chiflado: ese soy yo. El que no ha escrito, y por tal ha pasado, es un muchacho burgués: ese es el otro.» Ya sabéis, lectores míos, quién es *él* y quién soy *yo*. El, es *mi amigo*... Yo soy...

II.—DE LA SEUDONIMIA AL ANONIMATO

La despedida obligada

Epitafio

I

—¿Qué es un *Jacinto?*—La flor de un cebollino.
—¿Qué es una *Ilusión?*—El sueño de un sueño que se sueña a sí mismo.

(Palabras tomadas del Manual de los «hombres discretos».)

—¿Qué te ha producido el divagar?—Nada. La nada de un nadie, donde nadie nada. ...Remordimientos por el tiempo perdido. Remordimientos por los dolores causados. ...Inquietudes por las ideas presentidas. Inquietudes por las ideas reveladas. La inquietud de toda anunciación. El remordimiento de toda palinodia. Nada.

Unas misteriosas cartas de mujer. Unas lindas flores marchitas... Algunos saludos de afecto... Algunos signos de inteligencia... Los más agradecidos, los de personas lejanas: británicas, bohémicas... Algunas lágrimas adivinadas. Algunas sonrisas entrevistas... Nada. Para la gente, nada. Para mí, mucho. Todo. La vida entera de unos años de mi vida...

(Palabras de un monólogo oído en la «Plaza del Triunfo.»)

Toda la vida de unos años, en que vivió la esperanza y el recuerdo de mi amor... Del amor de mi vida. Por un amor nació, y con un amor muere, este mi afán por escribir. Nació donde, y cuando, *El Guadalquivir* muere. Muere donde, y cuando, *Andalucía* nació.

...Así como así, ya me pesaba llevar como lema una flor de ensueño... Amigos, ¿creéis, por ventura, que se puede escribir sin tener un amor?

(Palabras estampadas en las páginas de una Revista de Juventud... como esas florecitas que las niñas ponen como recordatorios entre las hojas de sus Devocionarios.)

II

Aquí termina el peregrinar bohemio de aquel que un día os habló de esta manera: ¿He aquí que un romero—visionario y vagueador—se detiene para deciros sus divagares por el país del pathos, por el mundo de sus representaciones, por el mundo de su voluntad, por el reino de Maya, por la Ciudad de la Gracia...

III

...Y cuando pasen algunos años y el que dió vida a estos divagares se halle convertido en un pequeño burgués, barrigoncete y calvo, y ande balduqueando por esos pueblos de Dios, con más hijas a casar que don Segismundo Caín de la Muela, o lo que es peor —¿peor?—siga zanganeando en esta Sevilla de nuestros amores... Cuando esto ocurra, y alguno de los contados lectores que tuvo—el cajista, a veces el mismo autor, a veces uno que distraído no vió la firma, o uno que aburrido se leyó todo el periódico... en que divagaba: total, media docena escasa—preguntara por él, por «aquel chiflado, sabe...», y para más seña-

larlo, se llevara el dedo índice a la sien con intención de barrenarla... Cuando esto pregunten, «no digáis que agotado su tesoro...», no, no lo digáis, porque esto sería repetir una rima de Bécquer, que no viene al caso; ni con triste acento excláméis, señalando las colecciones de los periódicos en que colaboró—*hic jacet*—, porque esto sería demasiado enfático, demasiado sepulcral; decid más bien, con tono retozón y leve, como si sonrierais: «por ahí divagaba...»—JACINTO ILUSIÓN.

Nota del Editor, que todos llevamos dentro.

Todos los trabajos que J. I. ha dejado inéditos y que se publiquen con su firma, deberán ser conceptuados como «póstumos». J. I. ha muerto definitivamente. Esto es lo único bueno que ha hecho en su vida. ¡Pobre muchacho! R. I. P. A.

RECORDATORIO

(18 de noviembre de 1915)

«...Mas desde estas consideraciones volví a recaer poco a poco en los antecedentes y pasados sentimientos, acordándome de aquella criatura vuestra, de su vida y conducta fiel, tan piadosamente ordenada a Vos, como santamente halagüeña y suave para mí; y no pudiendo reprimir el sentimiento de verme privado de su compañía, me dió gana de llorar delante de Vos, por su muerte y por mi vida... Así solté el dique a mis lágrimas, que hasta entonces tenía represadas, dejándolas correr cuanto quisiesen, hasta que nadase y descansase mi corazón en ellas; como efectivamente descansó, por ser Vos el único testigo que había de mi llanto, no habiendo allí persona humana que diese a mis lágrimas alguna vana y torcida interpretación.

Ahora, Señor, también os lo confieso por escrito: léalo el que quisiere, e interprételo como gustare... Si tiene bastante caridad, llore él también por mis pecados delante de Vos, Dios mío, que sois el Padre de todos los fieles, hermanos en vuestro Hijo Jesucristo. Amén.

(*San Agustín*. «Confesiones», Lib. IX, cap. 12.)

PROGRAMA-PARAGRAMA

No es por un vano juego de palabras, por que hemos designado con el anterior epígrafe el *índice* y la *fe de erratas* de estas divagaciones. Es que, realmente, aquél más que índice es un programa, y ésta más que una fe de erratas es un paragrama... Y es más, una atenta lectura del programa hará ver que a las vegadas es también un paragrama. Al hacer el sumario de los títulos del texto no nos hemos limitado a registrarlos tal como aparecen, sino que los hemos redactado tal como debían ser según el contexto del plan—racional y real, lógico y cronológico—de la parábola de nuestra vida.

ÍNDICE

IN MEMORIAM

PROEMIAL

POR LA ERA DEL «PATHOS»

(1906-1908)

POR EL MUNDO DE LA REPRESENTACIÓN

(1908 1910)

POR EL MUNDO DE LA VOLUNTAD

(1909-1911)

POR EL PAIS DE MAYA

(1911-1912)

DESDE EL PAIS DE MAYA A LA CIUDAD DE LA GRACIA

(1912-1916)

EPÍLOGOS

(1908-1911)

RECORDATORIO

PROGRAMA PARAGRAMA